



DAD AU

CIÓN GE

PR5317

33 NOM

c.1

RALD

133004

3217

Narciso Davila.



84876/121



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

84764144

82-3=6

EL DIA

DE SAN VALENTIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

3-23-83 MICROFILMADO 12-50

29301



EL DIA
DE SAN VALENTIN,

6
LA LINDA DONCELLA DE PERTH.

(Saint Valentine's Day, or the Fair Maid of Perth.)

POR SIR WALTER SCOTT.

TRADUCCION AL CASTELLANO

POR DON J. M. MORALEJO.

N. D.

*
TOMO PRIMERO.
*

PARIS,

LIBRERIA DE ROSA

1836



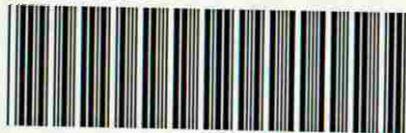
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA
RISOLIMADO
IMPRESA DE ECHERAT
CALLE DEL CUADRANTE.

P253/F
S.M.A.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE N. L. LEÓN

135884



1080045566

El Traductor.

U A N L

Con justicia se aplaudieron en Inglaterra y en otros países las novelas de Walter Scott; se van traduciendo en casi todas las lenguas cultas, y siempre merecerán el lugar más distinguido entre todas las obras de esta clase.

A pesar de lo poco que la lengua inglesa

permite por todas sus calidades, como que parece otra en las novelas de este literato, haciéndose esto palpable sobre todo en la elección de palabras que sabe adaptar al lenguaje característico de los personajes.

La presente novela titulada LA LINDA DONCELLA DE PERTH, sobre tener todo el interés histórico que ha podido inspirar al autor el suponer los acaecimientos en su patria, es por lo mismo una de sus más hermosas novelas, capaz de excitar la curiosidad del lector; hay en las imágenes lo que basta para divertir y agradar. Las máximas de moral esparcidas por toda ella pueden formar la base de las virtudes sociales, que deben inspirarse á la juventud.

Esta novela es instructiva: está escrita con presencia de las reglas del decoro, pudiendo por ello andar en manos de todos, y considerarse útil para todas las clases, para ninguna perjudicial.

La superstición, hipocresía, ambición y codicia de aquellas corporaciones que, so color

de conducirnos por el camino recto, llegan á dominarnos y tiranizarnos, se reconocen muy luego en diferentes sujetos como el prior de Dominicos y otros, haciéndose nos evidente por este medio, que si fueron en aquellos tiempos lo que antes, ahora deben por necesidad ser lo mismo; es decir, que la felicidad comun nunca puede acordarse con los goces exclusivos, á que siempre aspiraron; que de consiguiente deben cortarse los abusos, y nunca volverles aquello, de que una vez se les privó en consideración al bien general.

El padre Clemente, á quien los ultramontanos llamarían jansenista es una imagen de los pocos buenos eclesiásticos de aquel tiempo, y cuya escasez deploramos aun ahora, saltándonos á los ojos esa multitud de tios disfrazados con el traje clerical, y esos nublados de pájaros de todos colores, que debiendo cantar como el diestro rruiseñor y absorber el espíritu en la contemplación del divino autor, no son capaces sino de incomodar y aturdir con sus

graznidos, porque no se dedicaron al estudio de la melodía espiritual, profanando un trage con que supieron distinguirse tantos y tan insignes varones en letras y virtudes. ¡Cómo no gemirán las masas de la sociedad en las tinieblas de la ignorancia y en languidez de pura inercia, si esta clase de hombres al tiempo de apoderarse de las conciencias, se mezcló en la política, tomando en ella la parte mas activa por todos los medios, esmerándose en poner obstaculos á la ilustracion para embrutecer y llegar á dominar en grande! Las lecciones de este verdadero religioso hicieron concebir á Catalina todo el horror, con que debe mirarse la costumbre de batirse en duelo, tan indigna de la especie humana, abominable en su fondo y circunstancias todas, pero, por fatalidad criminal, tan pestifera que llegó á impregnar las almas de los mismos que se tienen por ilustrados, y que se llaman sensibles y filantrópicos; en un siglo, diré, tal vez el mas apto, para convencer á todos, sobre que ni la autoridad, ni la sabiduría, ni nada

que pueda decidir los derechos y justicia de las partes puede hallarse ni en la punta del arma blanca ni en la boca infernal del cañon devastador; que solo hay en las armas la fuerza brutal, la destreza en su manejo que se vió precisado el hombre á procurarse, para defenderse de la malignidad del hombre mismo. Como estaria la sociedad si hubiera muchos cartujos como este.

Los caracteres de los duques de Rothsay y Albany, tanto como los de los condes de Douglas y March prestan abundante materia, para que pueda el crítico hacerse con términos de comparacion en bastantes de las mismas clases existentes. Todos los personajes de esta novela tienen sus ejemplares en casi toda la historia de todos los paises, porque se han empeñado los hombres en serlo, sin querer olvidar ni aprender.

Esta era una de las novelas de Walter Scott que no teniamos traducida en nuestra lengua; pero ahí está ya lo mejor que se ha podido;

VI

EL TRADUCTOR.

haciendo hablar al Escocés su autor en castellano castizo. Contamos con la benignidad del público, luego que haya leído y comparado. Entonces será, cuando nos haga justicia, y si logramos su aprobación, daremos por bien habido nuestro trabajo.

EL DIA

DE SAN VALENTIN,

LA LINDA DONCELLA DE PERTH.

CAPITULO PRELIMINAR.

Las cenizas yo pisaba
De reyes asesinados;
Y sucesos desgraciados
Que María bien lloraba
Mas á lo lejos miraba.

EL CAPITAN MARJORIBANKS.

No hay cuartel en Edimburgo de que no tengan sus habitantes algo por que gloriarse. Como se les crea sobre su palabra, reúne la ciudad en surecinto tanta variedad como hermosura, tanto interes histórico cuantos sitios pintorescos hay. No pretendemos se forme en favor del

P125317
5 M

CAPITULO

FONDO
DEL EST

1

VI

EL TRADUCTOR.

haciendo hablar al Escocés su autor en castellano castizo. Contamos con la benignidad del público, luego que haya leído y comparado. Entonces será, cuando nos haga justicia, y si logramos su aprobación, daremos por bien habido nuestro trabajo.

EL DIA

DE SAN VALENTIN,

LA LINDA DONCELLA DE PERTH.

CAPITULO PRELIMINAR.

Las cenizas yo pisaba
De reyes asesinados;
Y sucesos desgraciados
Que María bien lloraba
Mas á lo lejos miraba.

EL CAPITAN MARJORIBANKS.

No hay cuartel en Edimburgo de que no tengan sus habitantes algo por que gloriarse. Como se les crea sobre su palabra, reúne la ciudad en surecinto tanta variedad como hermosura, tanto interes histórico cuantos sitios pintorescos hay. No pretendemos se forme en favor del

P125317
5 M

CAPITULO

FONDO
DEL EST

1

cuartel de Canongate el concepto ni menos elevado ni menos importante. El palacio puede hacernosle formar superior por lo extenso de su perspectiva y lo ventajoso de su situacion. Calton-Hill mereció siempre la preferencia por su panorama sin par, sus torres, puentes y arcos triunfales, con los que se le dió despues vistoso realce. Convenimos en que High-Street tuvo fortificaciones, sin que para probarlo podamos presentar algun vestigio. No descendemos á tratar de las pretensiones que tienen ciertos cuarteles, parecidos al hombre rico de poco acá, y que se llaman la Antigua Nueva Ciudad, y la Nueva Nueva Ciudad, por no decir nada del cuartel favorito, llamado Moray-Place que es la mas nueva Nueva Ciudad. No queremos entrar en competencia sino con nuestros iguales, bien entendido en edad, porque iguales en dignidad no reconocemos alguno. Nos gloriamos de ser el cuartel de la corte, de tener el palacio, como tambien los huesos y los sepuleros de nuestros antiguos monarcas; podemos hacer que renazcan hasta un grado nunca conocido, y en los parages menos no-

bles de la ciudad, los tristes y solemnes recuerdos de la muy antigua grandeza, que reinó en el recinto de nuestra venerable abadía *, desde el tiempo de nuestro santo David hasta la época en que las paredes de este edificio se alegraron de nuevo, y levantaron sus ecos, por tanto tiempo en silencio, al recibir la visita de nuestro actual monarca **.

Mi larga permanencia en aquellas cercanías, y lo morigerado de mi conducta, me hicieron ganar una especie de intimidad con la buena mistress..., ama de gobierno en esta principal parte del antiguo edificio, llamada el cuarto de la reina María; pero una circunstancia muy reciente me ha dado privilegios mucho mas grandes, de modo que podría, segun creo, aventurarme á emprender una tal hazaña como la de Chastelart ***, á quien ajusticiaron por ha-

* Holy-Rood.

** El autor, verdadero tory ó realista neto, alude al viage de Jorge IV, en 1822, viage no sin importancia por el modo con que influyó en la opinion política de la Escocia. Describese por menor este viage en el tomo III del *Viage literario por Inglaterra y Escocia*.

*** Caballero del Delfinado, resobrinno, ú nieto de Bayardo, se-

berle hallado escondido á media noche en el dormitorio de la soberana de Escocia.

Llegó el caso de que la dicha mistress... como encargada de hacer ver á los curiosos los cuartos de que se componía la morada de la reina Maria, los enseñaba un día, como hacia con los demas, á un *Cockney* de Londres*. No era este uno de los viajeros comunes, de ordinario pacíficos, taciturnos, de boca siempre abierta y ojos espantadizos, que oyen con una complacencia tibia el relato banal de un *Cicerone*** provincial. Nada de eso. Era nuestro personaje un agente el mas activo y despierto de una gran casa de la ciudad de Londres; hombre, que no dejaba pasar ocasion la mas indiferente, sin aprovecharla en hacer lo llamado por él

gun *De Thou*, uno de los de la corte de Maria Stuart, y cortejo de su soberana, dos veces sorprendido en su cuarto, y condenado á muerte la segunda. « Chastelart, dice Brantome, tenia mucho talento, y se servía de una dulce y bella poesia tan bien como cualquier otro caballero. »

* *Cockney*, ó papamoscas; apodo puesto á los naturales de Londres.

** Nombre que dan los Italianos á los que se ocupan en mostrar cosas particulares, como monumentos, antigüedades, etc.

(N. D. T.)

negocio; es decir vender las mercancías de sus principales, y mucho menos se descuidaba en poner á cuenta el *item* de comision. Había ya recorrido con una especie de impaciencia toda la crujida de aposentos, sin habérsele presentado coyuntura para decir una sola palabra de la materia concebida por él como punto principal de su existencia. Ni la historia misma del asesinato de Rizzio fué bastante, para excitar en el alma de este mercantil emisario, sentimiento alguno; solo llegó su atención á fijarse, cuando el ama de gobierno, apelando en apoyo de su relato á unas manchas de sangre que habia en el pavimento*, se las indicó diciendo:

— ¿ Ve vm. estas manchas de sangre? Pues con nada se quitan; tienen, aqui donde vm. las ve, doscientos y cincuenta años, y durarán mientras permanezca el pavimento. No salen con agua ni con nada del mundo.

Es muy del caso saber que nuestro *Cockney*

* No hay un solo viajero á quien no se le haya hecho notar esta sangre, que nada ha podido borrar.

P25317
M



FONDO
DEL LST

1

tenia de venta, entre otras cosas, lo que llaman elixir detersivo; y como unas manchas de doscientos y cincuenta años debian serle asunto de grande interes, no como manchas de sangre del favorito de la reina, muerto en su mismo cuarto, sino en cuanto le ofrecian la mas oportuna ocasion de probar la eficacia incomparable de su especifico. Púsose nuestro amigo al momento de rodillas, no cierto impedido del horror, ni menos movido de veneracion.

— ¡Señora! exclamó. ¡Doscientos y cincuenta años ha que cayeron estas manchas, y nada fué capaz de borrarlas! Mas que hubiera quinientos, va vm. á ver como yo las quito en cinco minutos con cierta cosa, que tengo en mi faltriquera. ¿Ve vm. este pomito? Pues, señora, con un poco de este elixir haré que desaparezcan en un instante.

Diciendo, pues, y haciendo, moja un pico de su pañuelo en el irresistible licor, y principia luego á frotar el pavimento, sin hacer caso de los reparos que le oponia la buena mistress.... Quedóse esta pasmada ni mas ni menos que la

señora abadesa de Santa Brigida al ver que un profano apuró de un solo trago un frasco de aguardiente, expuesto hacia ya muchos años al público, y venerado como una reliquia, porque decian contenia las lágrimas de la misma santa. Parece pues que así como la superiora de Santa Brigida esperaba interviniera en el caso su patrona, tambien el ama de gobierno de Holy-Rood confiaba en que se aparaciese el espectro de David Rizzio para impedir la profanacion, cometida por el mercader Cockney; pero no le duró mucho tiempo el pasmo y el silencio. Levantó la voz, dió tan grandes gritos como la reina Maria al ver el asesinato de Rizzio.

Paseábame yo á la sazón esta misma mañana en la galeria próxima, discuriendo en adivinar, porque los reyes de Escocia, que había todo alrededor de mi colgados en las paredes, estaban retratados con la nariz tan corba como el llamador de una puerta. Resonaron al momento los gritos en las paredes; gritos lamentables, en lugar de acentos melodiosos y de gozo, que se habian oido otras veces en el pa-

P25317
53



FONDO
DEL EST

13

lacio de los reyes de Escocia. Sorprendido yo de este ruido alarmante en un parage tan solitario, acudí luego hácia la parte de donde procedía, y he aquí que veo al bien intencionado viagero frotando á mas y mejor las tablas del pavimento, como lo hiciera la criada mas activa y curiosa, al tiempo mismo en que mistress... le tiraba de las faldillas del frac, trabajando en vano por hacerle desistir de su sacrilego intento. Costóme algun trabajo convencer á este celoso quitamanchas de medias de seda, chalecos bordados, de paño superfino, y de tablas de abeto, que habia ciertas manchas que debian quedar indelebles, por los recuerdos que pueden excitar al verlas. Nuestro buen amigo no podia ver en el caso mas que un medio el mas seguro de probar la eficacia de su famosa mercancia. Por último vino á comprender no le era permitido por esta vez la demostracion que intentaba. Retiróse, pues, refunfuñando y diciendo á media voz: que él habia oido decir no eran muy limpios los Escoceses; mas que jamas hubiera creído llegarán al extremo de consentir estuviesen.

manchados de sangre los pisos de sus palacios, como el espectro de Banquo*; cuando para limpiarlos les bastarian algunas gotas del infalible elixir deterativo, preparado, y á la venta por los señores Serub y Rub, en botellas de cinco, y diez chelines cada una, marcadas con las iniciales del inventor, para perseguir al que intentare falsificarlas.

Libre ya mi buena mistress... de la odiosa presencia del devoto de la limpieza, me dió muchas y tan repetidas gracias, que lejos de haber puesto fin á las muestras de su gratitud cuando recibió el favor, segun se acostumbra, está todavía tan vivo su reconocimiento, como si en nada me le hubiera manifestado. El recuerdo que conserva de mis buenos oficios me hace disfrutar del privilegio, con que puedo recorrer á mi gusto las desiertas salas, bien como si fuera el espíritu de un gentil hombre, ya ocupando el pensamiento

En los sucesos de antaño,

En Macbeth

como dice una cancion antigua, ya algunas veces suspirando por la buena suerte de casi todos los compositores de novelas, en descubrir algun escondite misterioso, ó algun armario viejo y macizo, que premiara mis cuidados con presentarme un manuscrito algo ilegible, donde por lo menos se consignasen los detalles auténticos de algunos sucesos, pasados en los antiguos tiempos de la malhadada María.

Mi apreciable mistress Baliol sentia como yo que no se repitiesen aventuras tan ventajosas, y que un autor esquivara de planton á la orilla del mar, tiritando hasta dar diente con diente, sin que una ola le arrojase á los pies una cajita, donde se hallara una historia como la de *Authomates**. Que se perniquebre visitando cuevas llenas de barrancos y piedras sin hallar

* La historia de *Authomates*, es una novela filosófica del mismo género que la de *Robinson Crusoe*. El autor olvidado en las biografías, fué no obstante el maestro del célebre Gibbo: llamábase Juan Kirkby, y compuso además del *Authomates*, una gramática latina. En el prólogo de la historia de *Authomates* refiere Juan Kirkby que una ola le trajo el manuscrito á la orilla del mar donde se paseaba pensativo.

mas que ratones, ratas, y otras sabandijas; que tenga su morada en diez ó doce tugurios lóbregos y hediondos, sin ver otro manuscrito que la cuenta de alimentos y alquiler, que le presentan mensualmente. Una lechera, en estos tiempos de depravacion, podria tambien lavar y adornar su lechería con la esperanza de hallar en un zapato viejo el realito de á diez cuartos de la otra famosa hechicera*.

— Es una desgracia y una verdadera desgracia, primo mio, dijo mistress Baliol, que debamos lamentarnos, vista la falta total de auxilios á que se ve reducida una imaginacion ya gastada. Considero además que tiene vm. mas derecho que otro alguno á quejarse, por no haber premiado las hadas tantas diligencias, en probar á la faz del mundo entero, que aun estamos en el siglo de la caballeria; vm. caballero de Croftangry, que ha hecho frente al furor de un atrevido aprendiz de Londres, tomando la defensa de una hermosa dama, dejándose ver tan celoso por la conservacion perenne de la memoria de

* Pieza que se reproduce segun se va gastando.

PR 5317
5 M



FONDO
DEL EST

13

Rizzio y su muerte.—Primo, ¿no es lástima, considerando el hecho caballeresco, tan conforme á las reglas, que no hubiese sido la señora algo mas joven y la leyenda algo mas antigua?

— ¿Por qué dice vm. eso? Yo dejo á los estatutos del orden errante la decision sobre la edad en que una bella dama pierde los derechos de pedir favores á un caballero; pero en cuanto á eso de la sangre de Rizzio, levanto muy ufano el guante, y sostengo contra todos en general y cada uno en particular de contrario dictamen, que yo no considero las manchas de fecha posterior al terrible asesinato, sino que son actualmente su mas necesaria consecuencia y su mas vivo recuerdo.

— Como yo no puedo, mi querido primo, admitir el desafio, ni presentarme en el campo, me limito, como debo, á pedir las pruebas del aserto.

— La tradicion constante del palacio, y la conformidad de las cosas, tales como se mantienen actualmente, con la misma tradicion.

— Explíquese vm. algo mas si gusta.

— Harélo de muy buen talante. La tradicion

constante atestigua que cuando Rizzio fué sacado á rastra de la cámara de la reina, era tal la furia y rabia de los asesinos, que le hirieron á cual mas pudo, y que le remataron á la puerta de la antecámara. Por lo mismo, pues, á la puerta de la cámara fué, donde se derramó mayor cantidad de sangre de este tan bello como desgraciado galan, y aqui se dejan ver todavía las señales. Refieren tambien los historiadores que, Maria no dejó de suplicar por su vida, mezclando sus plegarias con gritos y exclamaciones, hasta que se cercioró haber espirado, á cuyo tiempo se enjugó las lágrimas y dijo: « Ahora meditaré la venganza. »

— Se concede todo esto. ¿Pero y la sangre? ¿No se habrá lavado? ¿No se habrá consumido despues de tantos años?

— Voy á eso inmediatamente. La tradicion constante del palacio enseña, que Maria prohibió se practicasen diligencias para borrar las marcas del asesinato, y que resolvió permaneciesen intactas como un recuerdo que despertase y confirmase la venganza que se propuso tomar. Pero se añade, que dándose por satis-

P25317
53



FONDO
DEL EST.

fecha de saber que ellas existían, y deseando separar de su vista un objeto continuo de disgusto y espanto, mandó se hiciese un tabique de alto abajo de la sala, que separase las manchas algunos pies fuera de la puerta, de modo que estuviese enteramente separado el parage manchado de lo demas de la sala, y que quedase muy oscuro. Esta separación subsiste aun y quita la uniformidad de las cornisas, afeando el plan de arquitectura, y todo manifiesta haber servido provisoriamente para algun intento particular, porque desfigura las proporciones del aposento y se interpone entre los adornos del techo; por todo lo cual solo puede haberse construido con el fin de encerrar algo en su parte interior para impedir la vista de algun objeto chocante. En cuanto á que las manchas de sangre debian haberse consumido y desaparecido con el curso del tiempo, yo entiendo que, suponiendo no se hiciesen diligencias por quitarlas, á poco de cometerse la muerte, si la sangre llegó á penetrar por la madera, las manchas han adquirido el caracter de indelebles, ó poco menos. No hagamos tampoco mención de

que antiguamente no habia mucho esmero en aljofifar nuestros palacios de Escocia, y que no habia entonces estos elixires detersivos, auxiliares del estropajo; tengo como probable que hubieran subsistido estas señales oscuras, aun cuando Maria no hubiera querido se conservasen de otro modo que ocultas á la vista del público. Tengo noticias de varias manchas de sangre, que han durado muchos años, y dudo sea posible hacerlas desaparecer sino con el cepillo del carpintero. Si algun palaciego hubiera intentado hacer mas recomendables estas piezas por medio de la pintura, ó la imitacion, presentando á la posteridad marcas fingidas, pienso que este impostor habria elegido con preferencia el gabinete de la reina, y el dormitorio por teatro de esta fingida escena, poniendo los rastros de sangre, donde pudieren verlas claramente los concurrentes, en lugar de ocultarlas detras de un tabique. Es tambien muy dificil que para esto se contara con el dicho tabique, ó division provisoria, no admitiendo la tradicion comun. Pienso es tanta la conformidad de lo particular de este local

P25312

FONDO B
DEL EST.

13

con el hecho histórico, que no podría subsistir así, excluyendo la existencia de las manchas de sangre del pavimento.

— Confieso, primo mío, que me inclino mucho á vuestra profesion de fe. Hablamos con frecuencia del vulgo crédulo, sin tener presente que hay tambien una incredulidad vulgar, que tiene por mas facil, tanto en materias históricas como religiosas, el dudar, que el examinar, y que cuida de adquirirse el nombre de espíritu fuerte, cuando sucede algo superior á la limitada inteligencia del escéptico. Establecido así el punto, y estauo vm. en posesion, á lo que creo, del *Sésamo**, que puede haceros abrir estos aposentos secretos, ¿qué uso piensa vm. hacer de su privilegio? ¿Se propone vm. pasar la noche en el dormitorio real?

— ¿Para qué, señora mía? A no ser quiera yo probar si este viento del norte me aumentará el reumatismo.

* Alusion á la historia de *Alí Baba y los cuarenta ladrones*, en las *Mil y una Noches*; en que la puerta del subterráneo se abre al pronunciar la palabra *Sésamo*.

— ¡No lo permita Dios! Esto seria sacar un clavo con otro. No señor, mi ánimo era proponerle pasase la noche en el lecho de la rosa de Escocia, para avivar su imaginacion. ¡Quién sabe, qué sueños podrá producir una noche, pasada en una mansion de tantos y tan varios recuerdos! Qué se yo, si la puerta de hierro de la escalera que conduce á la puertecilla secreta, puede abrirse á la hora misteriosa de las doce de la noche, como sucedió en tiempo de la conspiracion, y si entrarán por ella de repente las fantasmas de los asesinos, andando á pasos furtivos y con un aspecto feroz, para representar la pasada trágica escena... Aquí viene el fanático y feroz Ruthven, á quien el odio y el espíritu de partido daban fuerzas, para llevar una armadura, que hubiera en otro tiempo abrumado un cuerpo como el suyo, extenuado por una enfermedad crónica. Note vm. bien esas facciones desfiguradas por los dolores, que se perciben al fondo del yelmo, como las de un cadaver animado por un demonio, cuyos intentos rencorosos declaran sus ojos centelleantes... Como se retrata en su

rostro la triste calma de la muerte... Luego se aparece la estatura grande del joven Darnley, tan buen mozo como irresoluto. Se adelanta con paso vacilante; pero aun mas dudoso en su proyecto, habiendo ya tomado un temor pueril todo el ascendiente sobre su pueril passion. Se halla en el mismo caso del muchacho malvado, que despues de haber prendido la mecha paravolar la mina, cuando espera el momento espantoso de la explosion, entre el remordimiento y el terror, daria su misma vida por cortar la mecha encendida por su mano... Despues... pero se me olvidan los otros nombres de estos nobles corta-gargüeros.... Ayúdeme vm. si puede.

— Ahora viene, añadí, el Candidato Jorge Douglas, el mas activo de la cuadrilla, el aspirante á la riqueza, el descendiente de la clase ilustre de los Douglas; pero que tiene la mancha de ilegítimo. Se le debe pensar cruel, atrevido, ambicioso, tan próximo á la grandeza, y tan separado de ella, tan inmediato á la riqueza, aunque privado de poseerla, Tántalo político, dispuesto para hacer y emprender cual-

quier cosa por saciar su codicia, así como hacer valer sus derechos dudosos.

— Grandemente, mi querido Croftangry; pero ¿qué es un Candidato?

— Pobre de mí, señora. ¡ Me ha cortado vm. la idea! — Candidato, en el idioma escocés, se llama el que tiene derecho á entrar en el goce de algun bien ó hacienda, que aun no tiene. — Jorge Douglas era candidato para las posesiones de la rica abadía de Arbroath.

— Estoy enterada. Vamos siga vm. ¿Quién viene ahora?

— ¿Quién viene ahora? Ese hombre alto delgado, de aire salvagé, con el trabuco en la mano, debe ser Andrés Ker de Faldonside, sobrino del célebre sir David Ker de Cessford; su modo de mira y traza le anuncian como un salteador de las fronteras, su genio era tan abrutado, que cuando comenzó la bulla y el desorden del gabinete, apuntó con el encaro á la joven y bella reina.... á una reina que debia ser madre dentro de pocas semanas.

— ¡ Bravisimo, mi querido primo! — Habiendo

representado tan al vivo esos fantasmas, ¿pienso no los dejará vm. marcharse á sus frias camas para que las calienten? Pensará vm. ponerlos en accion, y como aun amenaza su pluma infatigable el distrito de Canongate, ¿por qué no trata vm. de hacer alguna novela ó drama, si mejor le place, de esta tragedia tan singular?

— Se han escogido tiempos mas áridos, es decir menos interesantes para diversion de los siglos pacíficos que han sucedido á los dias tempestuosos, pero, señora, los hechos del tiempo de la reina María son muy sabidos, para que puedan ser vehiculos de una ficcion trasformada en novela. ¿Qué puede añadir otro mejor escritor que yo, á la elegante é interesante narracion de Robertson? Pero, á dios vision. Despierto como Juan Bunyan, y en realidad estoy soñando.—Y bien, no siento despertar sin la ciática, que regularmente me hubiera acometido en sueños, si hubiera yo profanado el lecho de la reina María, sirviéndome de él como de una máquina para despertar una imaginacion aletargada.

— Esto no ha de ser asi jamas, primo; respon-

dió la señora; debe despreciar estos escrúpulos, si quiere vm. hacer un papel brillante como autor de novelas, cuyo destino se propuso abrazar. ¿Qué tiene que ver con vm. el clásico Robertson. Su luz es como la de un velon, que alumbró la oscuridad de los acontecimientos oscuros de la antigüedad; la vuestra es una linterna mágica que da realce á maravillas nunca existentes. Un lector de buen juicio no se sorprenderá por hallar en sus escritos de vm. inexactitudes históricas, así como tampoco hay por que sorprenderse al ver á D. Cristoval de Polichinela, en su teatro portátil, sentado con Salomon en su magestuoso trono, ni oírle dar voces al patriarca en lo mas fuerte del diluvio:— Señor Noé ¿qué tiempo tan cerrado!

— Señora, vm. no me deslumbra, dije yo, estoy muy bien enterado de todos mis privilegios como autor de novelas; pues aunque el embustero Fagg (personage de comedia) nos asegura no haber jamas escrupulizado en mentir por orden de su amo, tenia escrúpulo de haber dicho una mentira, cuando se le descu-

bria su falta de verdad. Por esto mismo pongo todo cuidado en huir de todos los caminos y sendas trilladas de la historia, donde se puede leer en los hitos la direccion que debe tomarse, y donde los chicos y chicas de la escuela que aprenden la historia de la Gran Bretaña por diálogos, pueden burlarse del pobre autor, que no marcha *viâ rectâ*.

— Mas, con todo, no debe vm. desanimarse, mi querido Chrystal. Hay muchos países desconocidos en la historia de Escocia, de cuyos senderos no se han hecho descripciones, si yo no estoy mal informada; y de los que sabemos algo por una tradición poco fiel, y leyendas maravillosas, y como dice Mateo Prior *

Los geógrafos de antes
Ponían en los desiertos,
Por ciudades, elefantes.

— Si á Vm. le parece, señora mia, dije yo, deberá comenzar mi novela en virtud de lo dicho,

* Poeta y diplomático contemporáneo de Pope.

desde un periodo lejano de la historia, y deberé pintarla como sucedida en una provincia distante de mi provincia nativa Canon-gate.

Penetrado de tales sentimientos, emprendi componer la siguiente novela que comencé y suspendí muchas veces, hasta que ahora la reconozco en estado de echarla á volar, aunque no me parece lo mas prudente darla á la prensa.

Los personajes de la tierra baja de Escocia no hablarán el dialecto que al presente, porque no hay duda en que el escocés de aquel tiempo parecia mucho al anglo-sajon, con bastante francés y normando para enriquecerle. Si alguno quiere instruirse mas en este punto, puede consultar las crónicas de Winton y la historia de Bruce por el arcediano Barbour. Mas, suponiéndome con los conocimientos del antiguo escocés tan necesarios para revestir el diálogo de todas sus particularidades, ha sido indispensable hacer traduccion en favor del comun de los lectores. El dialecto escocés deberá considerarse como dejado á un

lado, no siendo en los casos en que el uso especial de las palabras pueda dar mas fuerza ó viveza á la composicion.



CAPITULO PRIMERO.

¡El Tiber! dice el fiero Romano,
Viendo correr al Tay magestuoso;
Mas, ¿cuál Escocés presuntuoso
Diría: He ahí el Tiber tan ufano,
Si mirara correr al Tay enano?*

Anónimo.

Si se pidiese á cualquier extranjero inteligente dijera cual, entre todas las provincias de

* Tal es la opinion del autor, tal vez fundada en los sentimientos del orgullo nacional sobre los derechos relativos á la clásica ribera de Escocia. Aunque fuese él un escritor de poca nota, espera ponerse en disposición de hablar sobre la materia el lenguaje mas seguro de conviccion. propia. — Agosto 1851.

lado, no siendo en los casos en que el uso especial de las palabras pueda dar mas fuerza ó viveza á la composicion.



CAPITULO PRIMERO.

¡El Tiber! dice el fiero Romano,
Viendo correr al Tay magestuoso;
Mas, ¿cuál Escocés presuntuoso
Diría: He ahí el Tiber tan ufano,
Si mirara correr al Tay enano?*

Anónimo.

Si se pidiese á cualquier extranjero inteligente dijera cual, entre todas las provincias de

* Tal es la opinion del autor, tal vez fundada en los sentimientos del orgullo nacional sobre los derechos relativos á la clásica ribera de Escocia. Aunque fuese él un escritor de poca nota, espera ponerse en disposición de hablar sobre la materia el lenguaje mas seguro de conviccion. propia. — Agosto 1851.

la Escocia, es la mas hermosa por mas variada, es probable respondiera que el condado de Perth. Pregúntese á un Escocés de cualquier otro distrito, aunque por espíritu de parcialidad diese la preferencia al condado de su nacimiento, no debe dudarse concederle el segundo lugar al dicho condado de Perth; todo lo cual da fundamento á sus habitantes, para juzgarse con derecho á decir que, sin pasion, el condado de Perth forma la porcion de terreno mas bella de la Caledonia. Se sabe mucho tiempo ha, que lady Maria Wortley Montague, con aquella delicadeza de gusto que caracteriza sus escritos, expresó la opinion de que la parte mas interesante de cualquier pais, es la que ofrece en la mas grande perfeccion una variedad de bellezas naturales; es aquella en donde las montañas parecen anivelarse con las campiñas, ó con las tierras mas bajas. Allí es donde se hallan montañas las mas pintorescas, sino las mas altas; donde los ríos escapan formando cascadas desde el flanco de las rocas, y atraviesan los desfiladeros mas poéticos. A la vegetacion de un clima y suelo feliz, debe

añadirse la magnífica escena que forman las montañas, los bosques, florestas, y zarzales en abundancia, que cierran la base de los montes, subiendo á lo largo de sus declives y coronando su cima. En estas regiones privilegiadas es donde halla el viagero lo que el poeta Gray ó algun otro dijo ser la hermosura sentada en las rodillas del terror.

Por esta misma ventaja local presenta esta provincia, favorecida por la naturaleza, un caracter decidido de placer y gracia. Sus lagos, bosques y montes pueden competir en hermosura con la que ofrece á la vista el pais de los Highlands, pues que contiene el condado de Perth, en medio de sus encantadoras escenas, y aun en algunos sitios á ella vecinos, muchos parages tan fértiles y poblados, que nada tienen que envidiar en cuanto á riqueza ni aun á la Inglaterra misma. Tambien ha sido el teatro de muchas y notables hazañas, así como de sucesos memorables é importantes para la historia, otros para la poesia, aunque recordados solo por tradicion popular. En estos valles fué donde los Sajones del llano, y los Gaels de las mon-

tañas tuvieron encuentros desesperados y sangrientos; siendo muchas veces imposible decidir cual de las dos partes debía llevar la palma de la victoria, si las corazas de la caballería de los Lowlands, ó la sarga abigarrada de los clanes de los Highlands contra quienes se batían.

Perth, tan notable por la belleza de su situación, es de grande antigüedad, y la tradición le da la importancia de que la ciudad es fundación de los Romanos. Se dice que esta nación victoriosa reconoce al Tiber en el Tay, río navegable y mucho mas hermoso que el de Roma; y añadía, que la gran llanura, bien conocida con el nombre de North-Inch era muy parecida al Campo Marcio. La ciudad fué muchas veces en lo antiguo la residencia de nuestros monarcas, quienes aunque no tenían palacio en Perth, hallaron al convento de la orden del Cister bastante espacioso para hospedar su corte. Aquí fué donde Jacobo I, uno de los mas sabios y mejores reyes de Escocia, sucumbió víctima de los odios y venganza de la aristocracia*.

* Fué muerto por el duque de Athol.

Aquí sucedió también la conspiración misteriosa de Gowrie, cuya escena también ha desaparecido por haberse destruido poco ha el antiguo palacio en que se ejecutó la tragedia. La sociedad de anticuarios de Perth movida de su celo por los objetos que le pertenece averiguar, ha publicado un esmerado plan de esta memorable mansión, con algunas notas sobre su conexión con la narración de la conjuración, en las que despliega agudeza y candor.

Uno de los mas hermosos puntos de vista que puede ofrecer la Inglaterra ó tal vez el mundo, es ó mas bien fué el sitio llamado *Vicks de Baigie*, que es una especie de nicho, al que llegaba el viagero, despues de haber pasado desde Kinross una larga extensión de país inculto y poco interesante. Desde este lugar que forma un paso por la cima de una eminencia, subida por él gradualmente, veía extenderse bajo sus pies el valle del Tay, regado por este grande y hermoso río, divisaba la ciudad de Perth, con sus dos grandes praderías ó inches, sus campanarios y torres; las montañas de Moncreiff y Kinnoul levantándose por gra-

dos hasta formar rocas pintorescas, en parte cubiertas de bosques; las feraces riberas del rio adornadas de filas de casas magnificas, y á lo lejos las montañas inmensas de Grampian, cortina que cierra por el norte este bello paisage. La reforma del camino debe haber contribuido para mejorar las comunicaciones, pero tambien para quitar el magnifico punto de vista, haciendo desaparecer la deliciosa impresion que causaba á los ojos el dicho paisage, haciendo que se perciba por grados, aunque al tiempo de aproximarse todavia se le puede considerar extremadamente bello. Tambien hay, á lo que me parece, un sendero poco ha formado, por el que se puede llegar antes á los Wicks de Baiglie, de modo que el viagero que deja su caballo y gusta de hacer algunos ciento y cincuenta pasos, puede aun comparar la cordillera misma con la pintura que acabamos de hacerle. Pero, ni podemos comunicar á nuestros lectores, ni ellos pueden figurarse por nuestra descripcion, el encanto que la sorpresa añade al placer, luego que se ofrece una vista tan magnifica, cuando se piensa

menos, y donde menos se debe esperar *.

La sorpresa propia de un muchacho, fué la que en calidad de tal sirvió para aumentar mi

* El método moderno de conducir los caminos altos por lo interior de los valles, y á lo largo de las faldas de las montañas, en lugar de hacerlo por las cimas de las mismas, ha privado en el tiempo que viajó Chrystal Croftangry al extranjero, de los admirables puntos de vista, y sobre todo del que presentaba el camino desde Edimburgo á Perth. El primero de estos se figuraba en la cima de uno de los Ochills, y el segundo, que no era en efecto sino una vista mas próxima de una parte del primero, se conseguia en llegando á la espalda occidental de la montaña de Moredoon, ó Moncreiff. Esta vista desde Moncreiff (que se dice haber hecho exclamar á los Romanos, que veian otro campo de Marte, y en su bordé otro Tiber) ahora se muestra al viagero con menos presteza, y menor admiracion que antiguamente; pero aun conserva muchas de aquellas señas, elogiadas con tanta vehemencia por Pennant. La vista desde los Ochills ha tenido menos suerte á causa del camino que por aquí da vuelta á lo largo de un estrecho pero hermoso valle, situado entre estas eminencias; y el extranjero que pasa por él, se ve introducido en el Strathern, sin tener la oportunidad de que se le ofrezca la magnifica perspectiva de los Wicks de Baiglie, que en dias de fecha no muy antigua, cualquier viagero procedente del mediodia, se maravillaba contemplándolo.

Pero cuando se registra este sitio, se da cualquiera por bien pagado del trabajo que tuvo en la subida, y en mil bajadas. El admirador de tales escenas no debia limitar su curiosidad á los Wicks de Baiglie, propiamente tales, sino adelantarla hasta descubrir el camino viejo que conduce á la iglesia de Droni, por haber sido aquí donde el señor Croftangry debe haber viajado. No puede equivocarse; el punto es el único desde donde se deja ver Perth. Puede aplicarse con mucha propiedad, y por motivos que

gozo, porque yo entonces no habia cumplido quince años; y ademas por haber sido este mi primer viage, que se me concedió hacer en una jaquita que yo tenia, tambien experimentaba una satisfaccion, resultado de reconocermelo independiente, mezclada con aquella especie de inquietud que no puede menos de tener un joven, el mas prevenido en su favor, cuando por la vez primera, se mira abandonado á sus propios consejos.

Me acuerdo que tiré la brida de repente al caballo para que se detuviera, y me puse á mirar la escena, que se me presentaba, con tal atencion y ansia como si debiera esperar desapareciera cual si fuese una de teatro, sin que pudiera enterarme por menor de cuanto se me presentaba, ó antes de poder convenirme de la realidad de los objetos. Desde este momento, periodo de mas de cincuenta años, se me quedó tan impresa la imagen de este variado pais, y ha tenido tal influencia en mi

la crítica debe apreciar, el dicho de uno de los guías de Dunkeld al llegar á una soberbia roca que tenia su base en Craiginvean: Ah, señores, este es el punto decisivo.

espíritu, que ha conservado su lugar en mi recuerdo; es para mí una época de que me acuerdo muchas veces, siendo así que la mayor parte de los sucesos de influjo en mi fortuna, se han borrado de mi memoria. Es por tanto muy natural, que al deliberar sobre la materia que puede servir de diversion al público, me decida en favor de una entretenida narracion coincidente con la escena brillante que causó en mi juvenil imaginacion tan vivo placer, la que tal vez producirá, con respecto á las imperfecciones de mi composicion, el efecto mismo que atribuyen las señoras de fragancia y buen gusto al chocolate mediano, cuando le toman en jecaras de china*.

El periodo en que me propongo comenzar

* Chrystal Croftangry expresa aqui los sentimientos tan bien como le es posible acordarse de ellos, despues de pasados muchos años. Yo estoy sin embargo informado por diferentes cartas del condado de Perth, que me he equivocado algun tanto en los nombres. Bastante seguro del efecto general del valle del Tay, y de la antigua ciudad de Perth, que deja extender la vista desde lo blanco de su eminencia por los ricos pastos, y ademas las aguas cristalinas y brillantes de estas magestuosas corrientes de Escocia, se deben quedar como están los nombres

es no obstante considerablemente mas antiguo que el de los acontecimientos notables de la historia, á que repetidas veces hice alusion; porque los hechos en detalle que intento contar han pasado durante los últimos años del siglo XIV, cuando el cetro de Escocia estaba en manos del bueno, pero debil rey Juan, que reinó con el nombre de Roberto III.

para justificar el lenguaje expresivo que tiene á su disposicion el señor Croftangry. — Agosto 1851.

CAPITULO II.

Un pais, para ser grato,
La entrada plana tendrá,
Como el terciopelo al tacto;
Pues si dama no será,
Gustarnos tambien podrá.

DRYDEN.

Aunque Perth ha podido y puede gloriarse por haberle cabido una porcion no pequeña de bellezas naturales, segun se ha dicho; tambien ha participado, y no poco, de aquellos dulces embelesos, que siendo pe-

es no obstante considerablemente mas antiguo que el de los acontecimientos notables de la historia, á que repetidas veces hice alusion; porque los hechos en detalle que intento contar han pasado durante los últimos años del siglo XIV, cuando el cetro de Escocia estaba en manos del bueno, pero debil rey Juan, que reinó con el nombre de Roberto III.

para justificar el lenguaje expresivo que tiene á su disposicion el señor Croftangry. — Agosto 1851.

CAPITULO II.

Un pais, para ser grato,
La entrada plana tendrá,
Como el terciopelo al tacto;
Pues si dama no será,
Gustarnos tambien podrá.

DRYDEN.

Aunque Perth ha podido y puede gloriarse por haberle cabido una porcion no pequeña de bellezas naturales, segun se ha dicho; tambien ha participado, y no poco, de aquellos dulces embelesos, que siendo pe-

recederos, inspiran el mayor interés. El llamarse la linda doncella de Perth hubiera sido en todo tiempo un honor singular, como que indicaba una belleza peregrina, aun comparada con otras mozas, que podrian no solo envidiar, sino aspirar á distincion tan gloriosa. Cuando, empero, estaba en su vigor el feudalismo, de que debe suponerse hablamos, importaba la belleza de una dama lo mucho de que no se puede formar idea, desde que se alejaron de nosotros las ideas caballerescas. Era el amor de los antiguos caballeros una semi-idolatria tolerada, al que solo se aproximaba en teoría el inefable del cielo, aunque, por su efectivo resultado, siempre el ardor de aquel era sin comparacion de un grado superior á este. Invocaban al mismo tiempo el nombre de Dios y el de sus damas, y se recomendaba la devocion del bello sexo al aspirante á los honores de la caballeria, con tanta eficacia como la que debia tenerse á los moradores de la celestial Jerusalén. La hermosura en esta época tenia un poder casi ilimitado, y el rango mas eminente no podia compararse con aquel,

donde ella estaba colocada en distancia la mas remota.

En el reinado anterior al de Roberto III, pudo una muger por el solo mérito de la belleza, aunque de inferior clase y de conducta poco decente, prometerse ocupar con el rey la mitad del trono de Escocia*; habiéndose visto elevarse muchas mugeres al ápice de la grandeza, aun sin ser las mas diestras ni de la mejor fortuna, llegando á él, desde su condicion de amancebadas, entonces poco reprehensible á vista de la relajacion de costumbres tan generalizada. Sin duda hubieran podido deslumbra tales ejemplos á una doncella de cuna mas noble que la de Catalina ó Katie Glover,

* David II, despues de la muerte de la reina Juana, se casó con su amiga, muger robusta, llamada Catalina Logie, y aunque se arrepintió poco despues, juzgando debia repudiarla, como lo hizo; interesándose por ella el papa, se halló ligado al matrimonio. En la generacion próxima, dice Boecio: «Despues, que el rey Roberto II, casó con la hija del Conde Rossis, tuvo trato con Isabel Mure (de Row-allant) y vivió con ella en lugar de su muger. Habiendo fallecido la reina Eufamia, tres años despues de su ascenso al trono, se casó inmediatamente con Isabel, llevado del afecto que le inspiraban sus gracias. El mismo Roberto III era hijo de Roberto II habido en la dicha Isabel Mure.

considerada y declarada la mas hermosa de la ciudad y sus contornos. La fama de sus atractivos habia llamado la atencion de los galanes cortesanos, hallándose el rey con su corte en Perth ó sus cercanias, de tal modo, que muchos señores de la mas alta categoria, y los mas afamados por sus hazañas caballerescas, cuando pasaban por la puerta de la casa del anciano Simon Glover, padre de la bella Catalina, en Curfew-Street, cuidaban de manifestar su habilidad en el arte de montar, mucho mas que lo harian para sobresalir en los torneos, aunque las damas de mayor distincion presenciaran su destreza.

La hija de Glover ó del guantero (porque segun el uso de la época tenia Simon este apellido por su oficio) no cuidaba mucho de las galanterias procedentes de un rango mucho mas elevado que el suyo, y aunque probablemente no era del todo ciega en cuanto á sus gracias personales, parecia limitar sus conquistas para con los de su esfera misma. La belleza de su alma, bien á pesar de la dulzura y bondad de su ingenio, se inclinaba mas á la gravedad que á

lo festivo; y aun en el trato con sus iguales era tal su exactitud en llenar todos sus deberes, principalmente religiosos, que muchos pudieron pensar tenia una secreta intencion de retirarse al claustro. Pero aunque fuese cierta la intencion de Catalina, es facil de creer, que siendo hija única y su padre bastante rico, jamas este se lo hubiera permitido.

La belleza reinante de Perth, Catalina, recibió la sancion de su padre, tan luego como este llegó á saber los desvelos de los cortesanos, y la firme resolucion de su hija, sobre no dar oido á las insinuaciones amorosas de aquellos. — Déjalos, decia él, déjalos en paz, á esos señorones enamorados, déjalos con sus soberbios caballos y ricos jaeces, sus brillantes espuelas, birretes y penachos, y con sus bigotes retorcidos, no son de los nuestros, y no debemos pensar en hacer parias con ellos. Mañana es el dia de San Valentin, en que cada oveja va con su pareja, y no verás apareados el milano y la paloma, ni la pardilla con el gavián. Mi padre era un particular de Perth, que manejaba la aguja tan bien como yo. Presen-

tóse la guerra á las puertas mismas de la ciudad, y entonces fuera de agujas, dedal, hilo y gamuza, luego salieron de un rincon oscuro un morrion, un escudo y una lanza, hasta entonces descansando sobre dos escarpías en lo alto de la chimenea. Digaseme qué dia faltamos á la revista. Así hemos vivido como gentes de bien, siempre trabajando para ganar el pan, y batiéndonos para defenderle. Yo no quiero un yerno que se pueda creer mas que yo; y hablando de todos esos señores, estoy bien persuadido no te olvidarás nunca; de que eres mucho para ser amiga de alguno de ellos, y muy poco para muger propia. Deja el trabajo; que ya basta en vispera de fiesta, pues debemos prepararnos para ir á la iglesia, donde pediremos á Dios nos depare mañana un buen Valentin*.

* El 14 de febrero, dia de san Valentin, como dicen los ingleses, cada pájaro escoge su compañera de nido para el resto del año. Por costumbre inmemorial, que remonta nada menos que hasta los paganos, el primer hombre que vea en dicho dia una doncella, debe ser amigo suyo por lo menos doce meses, y se llama su Valentin. San Valentin ha conservado aun después de la reforma, el privilegio de representar al Cupido pagano.

Dejó pues la doncella de Perth el magnífico guante de caza que bordaba por encargo de lady Drummond, se puso su vestido dominguero, que le caía de perlas, y esperó á su padre para ir con él al convento de los Dominicos, cerca de su casa, y á cuya iglesia concurrían ordinariamente. El anciano Simon Glover, avanzado en años y fortuna, se merecia la estimacion general, y admitia con afabilidad las cortesías de jóvenes y viejos, que le saludaban por el camino, en consideracion á su chaqueta de terciopelo y su cadena de oro, al tiempo que la bien conocida hermosura de Catalina, aunque oculta bajo la mantilla, se atraia los obsequiosos y atentos rendimientos de sus conciudadanos de toda edad.

En tanto que iban juntos, el padre bracero de la hija, iba tambien tras ellos un joven alto y bello mozo, con vestido llano de la clase me-

Las doncellas admiten este dia todo género de versos, lo que aumenta la renta de correos.

Prescindiendo de lo supersticioso, este uso, entre los Ingleses, tiene alguna semejanza con nuestros estrechos, que se sortean la vispera de reyes. N. D. T.

dia ; pero que indicaba bien la proporcion agradable de sus miembros , dejándose ver la regularidad de sus facciones , á que daban no poco realce los cabellos rizados cubiertos en parte por un gorrito muy gracioso de escarlata. No llevaba otras armas , que un baston ordinario ; porque aun estaba de aprendiz en casa del anciano Glover , y no era permitido llevar por las calles ni espada ni daga , sino á los militares al servicio de los nobles , que miraban esto como un privilegio exclusivo. Iba en compañía de Glover tanto en clase de criado , como su defensor en caso necesario ; pero con facilidad se conocía por el esmero con que cuidaba de Catalina , que mas á ella que al padre deseaba ofrecer sus buenos oficios , aunque por lo comun no se presentaba coyuntura , en que desplegar su celo ; pues que todos , llevados del respeto que inspiraban las canas de Simon y la modestia de su hija , les daban paso franco.

Con todo eso sucedía comunmente que cuando se presentaban los escuderos flecheros y militares con sus cascos de bruñido acero , y los birretes con penacho , muy orgullosos por

sus insignias , no se conducian con modales tan corteses como los paisanos tranquilos. Mas de una vez , cuando por acaso , ó porque de hecho se tomara mas importancia que tenia , no dejaba cualquiera de estos personajes el paso de acera al viejo Simon , fruncia el entrecejo nuestro aprendiz de guantero , y mostraba el aspecto de quien amenaza , como efecto del celo por el servicio de su ama. Siempre que tal acontecia , echaba Simon una buena peluca al aprendiz Conachar (así se llamaba) , dándole á entender que no le gustaba se metiese en negocios de esta clase , sin su orden.

— Joven insensato , le decia , ¿ no has vivido bastante y trabajado en mi tienda para saber , que un empellon , un cachete producen una riña , y que un puñal pasa la piel tan pronto como las agujas la gamuza , que yo gusto mucho de la paz , aunque no me asusta la guerra ; y que no me intereso en llevar la acera ni el arroyo , sino en ir tranquilo por mi camino ?

Conachar procuraba excusarse diciendo que lo hacia por mirar el honor de su amo ; pero , lejos de tranquilizarse , aquel replicó : — ¿ Qué te

nemos que ver con el honor? Si quieres continuar en mi servicio, procura ser hombre de bien, y deja el honor para los fanfarrones calzados de espuelas y cargados de acero; y si te gusta vestir como estos fanfarrones, puedes hacerlo cuando te acomode; pero no mientras estés en mi casa y compañía.

Parecía que la reprimenda irritó á Conachar en lugar de sosegarle, pero una seña que le hizo Catalina, levantando el dedo meñique, signo bien comprendido, produjo mayor y mejor efecto que la brusca reconvencion del amo. Al momento perdió su aire marcial, y se quedó con el de mero aprendiz de un artesano.

A pocos pasos, se halló esta trineo con un joven embozado en una capa que le cubria la mitad del rostro, trage que usaban los galanes de aquel tiempo, cuando no querian ser conocidos, ó cuando iban á sus aventuras. Representaba este disfraz á un hombre, que parecia expresarse en este tono con los que le observaban: Ocultando mi calidad no me doy á conocer pero como á nadie sino á mí mismo debo dar-

cuenta de mis acciones, me disfrazo por ceremonia, y nada me importa que me conozcan ó no. Púsose á la derecha de Catalina, que se apoyaba en el brazo de su padre, y adelantó el paso como para ir acompañándolos.

—Felices dias, buen hombre.

—Téngalos Vuestra Señoria muy buenos, muchas gracias. Permitame Vuestra Señoria le suplique continúe su camino, porque además de que andamos muy despacio, nuestra compañía es muy humilde para un caballero hijo de un padre tal como el vuestro.

—Buen viejo, el hijo de mi padre es el mejor juez en este caso; yo tengo que hablar con vm. sobre cierto asunto, y con mi hermosa santa Catalina, que es la santa mas amable y mas cruel de todas las santas del calendario.

Contestó á esto el viejo despues de hacer una profunda reverencia:

—Debo recordar á Vuestra Señoria que hoy es la vispera del bendito san Valentin, y no conviene tratar de los negocios de los otros dias, y que puede Vuestra Señoria hacerme los encargos de su agrado dándomelos á conocer

mañana á la hora que guste por uno de sus criados.

—No hay otro tiempo mas á propósito que este, respondió el joven, que parecia ser de aquellos excusados por su rango de guardar ceremonia, quiero me diga vm. si acabó mi peripunte de búfalo que le mandé hacer tiempo ha, y vm., bella Catalina, me hará el favor de decirme (y bajó la voz) si sus delicados y lindos dedos se ocuparon en bordarle, segun me ha prometido; pero no tengo necesidad de preguntarlo, cuando mi cuitado corazon ha sentido todas y cada una de las picaduras que vm. dió con su aguja en el vestido que debe cubrirle. ¡Cruel! ¿cómo puede vm. atormentar un corazon, que la quiere con tanta ternura?

—Milor, hágame vm. el favor de mudar de conversacion, que ni vm. debe tenerla conmigo, ni yo debo permitir la gaste. Somos de una clase oscura, pero honrada, y la presencia de un padre debia contenerle para no hablar á su hija en ese estilo.

Hablaba tan bajo Catalina, que ni su padre ni Conachar oyeron lo que decia.

—Muy bien, tirana, respondió el galan, no la molestaré mas, con tal que vm. me prometa dejarse ver mañana á la salida del sol por el lado de la montaña, y en la ventana de su casa, pues así me dará vm. el derecho de ser su Valentin por todo el año.

—No haré tal, señor mio. Mi padre me dijo poco ha, que ni los halcones y mucho menos las águilas hacen parias con la humilde pardilla. Vaya vm. con esas á una dama de la corte, que se honrará con sus requiebros; porque en cuanto á mí, si vm. me permite hablarle con lisura, no pueden menos de agraviarme.

Al llegar á esto, ya estaban á la puerta de la iglesia.

—Milor, dijo Simon, no dudo nos permitirá vm. despedirnos aqui. Yo sé muy bien, que los tormentos é inquietudes que sus fantasias pueden causar á gentes de nuestra condicion, no bastarán á consentirlo; pero á vista de tantos criados como hay á la puerta, debe Vues-

tra Señoría conocer hay dentro personas que merecen respeto aun de Vuestra Señoría misma.

— ¡Si, respeto! y ¿quién me le tiene á mí? dijo el señorito, con altivez y entre dientes; un miserable artesano y su hija, que deberian tenerse por muy dichosos en que yo gastara con ellos la mas leve atencion, tienen la insolencia de decir les deshonra mi compañía..... ¡Bravo, princesa mia de piel de gamo y de seda azul, yo haré que se arrepienta!

En tanto que así hablaba para consigo el caballero, entraron en la iglesia el guantero y su hija, y el aprendiz que los seguia, ó sin querer ó de intento dió un codazo al caballero, quien saliendo de su enagenamiento fastidioso, y creyéndose insultado á propósito, echó mano al pecho del mozo, le dió de golpes y un empujon. Conachar se tambaleó y apenas pudo sostenerse, llevó la mano al costado, como para sacar la espada, pero no hallándola, se mostró muy enojado, y como pesaroso de hallarse chasqueado, se entró á la Iglesia. Que-

dóse no obstante el caballero, de brazos cruzados, sonriéndose y haciendo burla de las amenazas del aprendiz. Luego que Conachar se marchó, procuró su antagonista ocultarse mas con el embozo, y haciendo una seña con el guante se fueron á él otros dos embozados; hablaron entre sí con viveza, y se separaron, el caballero por un lado, y sus compañeros ó criados por otro. Simon Glover paró su atencion en este grupo, pero habiéndose colocado entre los fieles, no pudo ver cuando se separaron. Arrodillóse, como quien se siente agobiado de un gran peso; mas tan luego como acabaron los oficios, se juzgó libre de cuidados, como si se hubiera entregado al ciclo con todos sus pesares. Celebráronse los divinos oficios con toda solemnidad, y asistieron muchos caballeros y señoras de primer calidad. Habíase preparado todo lo necesario para recibir al anciano rey; pero los achaques impidieron asistiese á la ceremonia Roberto III, segun tenia de costumbre. El guantero y su hija se quedaron en la iglesia por algun tiempo, después de acabados los oficios y de haberse au-

sentado la mayor parte del concurso, esperando les tocara el turno, para llegarse á un confesonario, visto que ya los sacerdotes los ocupaban, para cumplir en esta parte con sus deberes. Resultó de aqui que vino la noche, y que las calles estaban desiertas cuando se pusieron en camino para su casa. Los que á estas horas andaban por las calles eran vagabundos, hombres de mala vida, ó los criados hofgazanes y guapetones de los orgullosos nobles, quienes no pocas veces insultaban á los ciudadanos pacíficos, contando con la impunidad que la influencia de sus amos en la corte no podía menos de inspirarles.

Con el miedo tal vez de algun suceso de esta especie, se acercó el joven Conachar á su amo diciéndole: — Maestro Glover, andemos mas aprisa que vienen siguiéndonos.

— Signiéndonos, dices tú ¿quién? ¿Por qué?

— Un hombre embozado en una capa, que va tras nosotros como la sombra.

— No adelantaré mas el paso en Curfew-Street por nadie en el mundo.

— Pero él tiene armas.

— Tambien las tenemos nosotros y brazos, manos, piernas y pies. ¡Qué! Conachar, ¿tienes miedo de un hombre?

— ¡Miedo! repitió Conachar, incomodado por la suposición, ahora lo verá vm. si tengo miedo.

— Ya estás en otro extremo: nunca sabes guardar el debido medio, tronera. No es necesario armarnos una disputa, porque no queremos correr, echa adelante con Catalina, que yo me pondré en tu lugar, ningun riesgo podemos correr tan próximos á nuestra casa.

Entonces el guantero se puso á retaguardia, y es muy cierto que vió á un hombre que le seguía muy de cerca, para llegar á tener alguna sospecha, atendidas las circunstancias del sitio y hora. Cuando atravesaron la calle, atravesóla tambien el extranjero, y si adelantaban ó retardaban el paso, él hacia lo mismo, circunstancia que le hubiera parecido de poca entidad si él hubiera estado solo, pero la belleza de su hija podría motivar se le hiciese á él algun insulto, en un pais, donde la protec-

cion de las leyes era un debil auxilio para los que no tenían medios de protegerse á sí propios. Conachar y su bella compañera habían llegado á la puerta de la casa, que les abrió una criada vieja; y el guantero se reconoció ya perfectamente tranquilo; determinado sin embargo á cerciorarse, si podía haber tenido causa para no estarlo, llamó en alta voz al hombre que había causado el alarma, el cual se paró, aunque procuraba ocultarse.

—Vamos, vamos, avance vm. y no juguemos al escondite. ¿No sabe vm. que los paseantes al oscuro como los fantasmas, están muy expuestos al exorcismo del garrote? Ande, digo, y déjese ver en persona.

—Con mucho gusto, maestro Glover, dijo el tal embozado en alta y fuerte voz, estoy pronto á mostrar mi persona, pero quisiera fuera tan capaz de presentarse de dia con mas ventajas.

— ¡Como soy que conozco esta voz! exclamó Simon. ¿Eres tú? ¿De cierto eres Enrique Gow? A fe mía que no pasarás de mi puerta sin mojar la palabra. Todavía no han tocado á

cubre-fuego*, y aunque ya hubieran tocado, no seria razon se separaran hijo y padre. Entra, hijo mio, entra, que Dorotea nos dará un bocado y vaciaremos un jarro antes que te marches. Entra, digo, que mi hija Catalina se alegrará verte; y entretanto haciale pasar adelante hasta una cocina, que servia de comedor, á no ser en casos muy extraordinarios. Sus adornos eran algunos platos de estaño, entre algunas tazas de plata; colocado todo con simetria y aseó en un vasar, llamado en Escocia el *bink*. Buen fuego y un buen velon iluminaban muy bien la pieza; lo cual junto con el olor de las viandas que preparaba Dorotea daba gozo y excitaba el apetito.

El huesped, que acababa de entrar, luego que se sentó, si no llamaba la atencion por su belleza ni magestad, su estatura y su cara no solamente la merecian sino que la exigian. Era al-

* Guillermo el Conquistador, despues de haber sometido la Inglaterra, temeroso de que las reuniones nocturnas produjesen insurrecciones, mandó que á cierta hora, diferente segun las estaciones, se tocase una campana, y que su sonido seria la señal para que se apagaran todas las luces y el fuego. Desde este tiempo se llamó este toque cubre-fuego.

go menos de mediana estatura, pero lo ancho de los hombros, lo largo y nervioso de los brazos, y los músculos muy marcados en todos sus miembros, anunciaban una fuerza no muy comun, y la robustez del cuerpo, sostenida por un ejercicio constante. Tenia las piernas un tanto corvadas sin parecer patojo, lo que se acordaba muy bien con lo fuerte de sus miembros, aunque perjudicaba en cierto modo á su proporcion simétrica. Tenia un perpunte de piel de búfalo y un cinturon del que pendia una espada ancha ó claymora, y un puñal, como para defender la bolsa, tambien pendiente del mismo cinturon, segun la costumbre de los paisanos: los cabellos eran negros y rizados, casi todos cortados al rape de la cabeza redonda y bien proporcionada. Se dejaban ver en sus ojos negros audacia y resolucion, y por el resto de sus facciones una timidez mezclada con un aire de buen humor, que anunciaba la satisfaccion que tenia por hallarse entre sus amigos antiguos. La frente de Enrique Gow ó Smith, palabras que significan su oficio de armero, era alta y noble; pero la parte inferior de su

cara menos bien formada. Boca grande, bien provista de dientes muy blancos, cuyo esmalte y distribucion correspondia con las señales de fuerza y robustez indicadas en el todo de su persona; barba corta y cerrada, y bigotes poco habia levantados, formaban lo cabal de su retrato. Su edad era como de veinte y ocho años.

Toda la familia se alegraba de ver, cuando menos lo esperaban, un amigo antiguo. Simon Gloyer le dió la mano de amigo varias veces, Dorotea estuvo con él muy cumplida, y Catalina le alargó la mano; tomóla entre las suyas Enrique, como en accion de llevarla á los labios; pero se manifestaba en las megillas de la doncella de Perth una especie de rubor, y en sus labios una sonrisa, que pareció aumentar la confusion del galan. Simon viendo tal irresolucion, dijo en tono franco y alegre.

— ¡A la boca, hijo mio, á la boca! No diria yo esto á todos los que pasan el umbral de mi puerta; pero, por San Valentin, cuya fiesta es mañana, me alegro tanto volverte á ver en nuestra buena ciudad de Perth, que no será facil de-

cir, si podré yo negarte algo de lo que me pidas.

Entonces nuestro Gow, Smith, ó armero, porque estos tres nombres se aplicaban al mismo individuo, y designaban su profesion, al verse animado, besó con la mayor modestia la boca de Catalina, quien se prestó con una sonrisa de afecto, propio del que podria mostrar una hermana para con su hermano.

— Permitidme, dijo ella, en este instante concebir la idea de que vuelvo á ver en Perth un hombre arrepentido y enmendado.

Smith tenia la mano asida, como para responderla, pero la soltó de repente, como quien pierde todo el ánimo, cuando mas debe mostrarle, y dando algunos pasos atrás, al parecer espantado de la libertad que acababa de tomarse, salpicadas sus megillas con el encarnado del rubor, se sentó junto al fuego y en frente de Catalina.

— Vamos, vamos Dorotea; ¡despáchate buena vieja!.... ¡pronto la cena! y Conachar, ¿Dónde está Conachar?

— Ha ido á acostarse.... tiene dolor de cabeza, dijo Catalina como titubeando.

— Ve á llamarle Dorotea, dijo Glover, no consentiré yo se conduzca de este modo. Parece que por ser montañés tiene sangre demasiado noble para tender un mantel sobre la mesa y alargar un plato, ¡y espera entrar en el noble y antiguo gremio de maestros guanteros, sin haber cumplido todos los deberes de buen aprendiz! Ve á llamarle, te digo; porque no me acomoda se me deje de este modo.

Oyóse bien pronto á Dorotea llamar al aprendiz voluntarioso que descendia por la escalera de mano para subir al granero, donde tenia su cuarto, y donde habia subido antes de tiempo. Conachar respondió como rezando, y entró muy luego en la cocina que servia de comedor. Estaban sus bellas facciones cargadas como de una negra nube de descontento, y todo el tiempo que le duró el cubrir la mesa, poner los platos, la sal, vinagreras y especias para cumplir con la obligacion de aprendiz, que se consideraba en aquellos tiempos como la de criado, estuvo muy disgustado é incómodo con la precision en que se hallaba. La Linda Donecella de Perth le miraba inquieta, como

recelosa de que el desagrado del aprendiz aumentase el del amo, y hasta que por segunda vez se encontraron los ojos de Conachar con los de Catalina, no fué posible disimulase su disgusto, ni que manifestara toda la sumision y buena voluntad en el cumplimiento de su deber.

Mas aquí debemos instruir á nuestros lectores, que aunque las miradas entre Catalina y Conachar indicaban tomar aquella un interés en la conducta del aprendiz, aun el observador mas atento se hubiera visto muy apurado, y hubiera distinguido con mucha dificultad, si este sentimiento era mayor que el tan natural y tan propio de una joven para con un mozo de su edad, que vive en su misma casa, y con quien de ordinario vivía en la mayor intimidad.

— Has hecho un viage muy largo, hijo mio, dijo Glover al armero, á quien le habia siempre dado este nombre cariñoso, aunque no era pariente suyo ni aun remoto. Tú habrás visto sin duda otros rios que el Tay y otras muchas mas ciudades que Saint-Johnstown*.

* Nombre antiguo de la misma ciudad de Perth. Los Pictos.

— Así es; pero no he visto ni ciudad ni rio, que me haya gustado, ni que merezca gustarme la mitad, respondió Smith. Aseguro á vm., padre, que al atravesar los Wicks de Baiglie se presentó á mi vista nuestra hermosa ciudad como la reina de las Hadas, en una novela, cuando la encuentra dormida un caballero en un lecho de flores bravias, y me consideré como el pajarillo, que cansado de volar, recoge sus fatigadas alas para descender á su nido.

— ¡ Ah! todavía no te has olvidado del estilo poético! ¿ qué! ¿ volveremos otra vez á cantar nuestras balatas, nuestros rondeles, nuestros alegres villancicos, nuestras redondillas para bailar al rededor del mayo?

— Nada hay de imposible en cuanto á esto, padre mio; aunque el soplo y rechino del fuelle con el ruido de los machos que descargan á compas en el yunque no sean una música

despues de su conversion al cristianismo, edificaron en este sitio una iglesia que dedicaron á san Juan, y por esto se llamó Saint-Johnstown, es decir ciudad de san Juan. [®]

excelente para el acompañamiento del cantor y tañedor, pero yo no sé darles otro; y si es cierto hago malos versos, primero que á la poesia, debo aplicarme al trabajo, hasta lograr hacer buena fortuna.

— Bien dicho, hijo mio, no se puede hablar mejor ni mas á tiempo; y creo debe haberte sido muy util el viage, ¿no es verdad?

— Muy ventajoso. He vendido en cuatrocientos marcos la loriga de acero al general inglés de las fronteras orientales, sir Magnus Redman. Consentí la probase dándole un gran sablazo, despues de lo cual no me pidió le bajase un árdite, en tanto que el pordiosero, ese bribon montañés, que me la tenia encargada, regateó hasta querer le rebajase la mitad, á pesar de haberle asegurado era el trabajo de un año.

— Y bien; ¿qué tienes tú, Conachar, dijo Simon, dirigiéndose á su aprendiz montañés, como á modo de paréntesis. ¿No sabes ocuparte con lo que traes entre manos, sin enterarte bien de todo lo que pasa? ¿Qué te im-

porta parezca muy barato á un Inglés lo que un Escocés tiene por caro?

Conachar se volvió hácia él para responderle; pero despues de un instante de reflexion, bajó los ojos y procuró recobrar su sosiego, un poco turbado por el modo despreciable con que Smith acababa de hablar contra sus parroquianos montañeses.

Enrique prosiguió sin hacer aprecio del aprendiz.

— He vendido tambien á buen precio algunos sables, y algunos cuchillos de monte cuando estuve en Edimburgo: piensan que habrá guerra; y si Dios se digna enviarnosla, mis géneros valdrán á buen precio, bendito sea san Dunstan, que era tambien armero como nosotros*. En una palabra, continuó, echando mano al bolsillo, este bolsillo apiastado como carton

* Este santo, segun la leyenda, parece tuvo el alto honor que un dia se le soprase en su obrador el diablo; pero tan luego como le conoció, no se detuvo un instante, recibiéndole con la urbanidad que se merecía; y como tenia en las manos unas tenazas hechas ascua, trató de atraparle con ellas las narices, y tuvo tal tino, que se dejó mas de la mitad entre ellas el tentador, quien escapó dando alaridos.

y flaco como san Macario *, cuando sali hace cuatro meses, ahora está redondo como una bola, y gordo como cochinito de seis semanas.

— ¿Y ese abanico con cabo de hierro y caja de cuero, colgado junto á él, no ha tenido nada en que ocuparse por todo ese tiempo? Vamos Smith, dime la verdad, ¿cuántas pendencias tuviste desde que pasaste el Tay?

— Me parece no debía vm., padre, dijo Smith, mirando á hurtadillas hácia Catalina, hacerme tal pregunta, y sobre todo delante de Catalina. Es verdad, que yo forjó sables, pero doy á otros el encargo de servirse de ellos. No, no; es muy raro tomar yo un arma en la mano, sino para bruñirla y afilarla; y sin embargo no faltan malas lenguas que me calumnien, haciendo creer á Catalina que el paisano mas pacífico de Perth es un pendeñero. Me alegra de que el mas valiente de los tales tuviera el

* Se lee de este santo anacoreta haber enflaquecido tanto á fuerza de penitencias, que con el pellejo de la barriga se daba dos vueltas al cuerpo; muy grueso debió ser antes de ir al desierto. Pero al fin la leyenda lo dice, y no se debe dudar sin ser un impio rematado. (N. D. T.)

ánimo para hablar así en las alturas de Kinnoul, y que nos halláramos los dos solos.

— Ahora digo, que tienes razon; porque sin duda, dijo Simon riendo á mas y mejor, nos darias una prueba de tu genio y humor flemático. Anda, anda, Enrique, como quieres tú que crea tales cuentos quien te conoce como yo. Tú miras á Catalina como si no supiera ella que debe todo el mundo vivir alerta en esta tierra y ponerse en defensa, si ha de dormir seguro: vamos, vamos y pongámonos de acuerdo en que tú has echado á perder otras tantas armaduras como has hecho, y pulimentado.

— Porque, hablando en plata, padre Simon, sería muy mal armero el que no diere ciertos golpes con las armas, para probar si están bien trabajadas. Si yo no abollara cascos ni mellara espadas, ó las rompiera al meterlas por la cota-malla, no podría conocer el grado de fuerza de lo uno, ni el temple de lo otro para fabricarlas á prueba, y las haría como de carton, parecidas á las que fabrican otros en Edimburgo, sin vergüenza de que se diga salieron de sus talleres.

— Sí, si, apostaría una oreja y la mitad de la otra á que por esto has tenido una disputa con algun armero de Edimburgo.

— ¡Una disputa! No señor, pero confieso haber medido mi espada con alguno de ellos, en el monte de San-Leonardo, en defensa del honor de nuestra buena ciudad. Ciertamente no debe vm. creer haya yo querido tener disputas con los hermanos del gremio.

— Seguramente no; ¿pero cómo se libró tu hermano en este caso?

— Como se libraria de un bote de lanza el que tuviera por peto un pliego de papel, ó por mejor decir, él no salió del apuro de modo alguno, porque cuando yo me fui, se quedó todavía en la choza del ermitaño, esperando la muerte de un dia para el otro, y el padre Gervasio me dijo, se disponia como buen cristiano á recibir la visita que todos tememos se nos entre de puertas adentro.

— ¿Has medido tu espada con algun otro?

— Para no mentir, digo que tambien me bati con un inglés en Bervick por la cuestion anti-

gua de la supremacia, como ellos dicen*. Estoy seguro no juzgará vm. debia yo excusarme en cuanto á decidir de cualquier modo este punto importante, y tuve la buena suerte de haberle herido en la rodilla izquierda.

— ¡Bravo! por San Andrés! ¡Bien, otra vuelta! Y ¿á quien mas hiciste otro flaco servicio? preguntó, sonriéndose Simon, á vista de las hazañas de su pacifico amigo.

— Tambien nos peleamos un Escocés y yo, en el Torwood, sobre quien manejaba mejor la tizona, porque la cosa estaba en duda; y ya ve vm. no era posible quedar en lo cierto, sin reducir á práctica nuestra teoria, y lo llegó á saber el pobre diablo á costa de dos dedos, que hoy cuenta de menos.

— Basta, basta lo dicho, para calificarte por gente de paz, y el hombre mas comedido de Perth, que nunca pone mano en armas, sino para bruñirlas y afilarlas. ¿Tienes algo mas que te agrave la conciencia?

* La soberanía que se quiere arrogar la Inglaterra desde Roberto Bruce, y aun antes.

— Casi nada; porque no vale la pena el referir la correccion que llevó de mi parte un montañés.

— ¿Por qué te tomaste la licencia de corregirle, siendo tú enemigo de contiendas?

— Por nada; porque no me acuerdo de otro que de habérmele encontrado al sur del puente de Stirling.

— Muy bien, voy á brindar por el gusto de verte sano y bueno, despues de tantas hazafias. ¡Vamos, Conachar, menéate, buen mozo! y danos de beber; tú tomarás, hijo mio, este vaso de ese rico ale*.

Conachar llenó dos vasos de la tal bebida presentándolos á su maestro y á Catalina con el debido respeto: poniendo despues el jarro en la mesa, se fué á sentar.

— ¡Cómo es eso, bribon! ¿qué modales son esos? Da de beber á mi huesped, al digno maestro Enrique Smith.

— Si tiene gana de beber, muy bien puede

* Especie de cerveza.

servirse á si mismo el maestro Smith, contestó el joven Celta. Bastante se ha degradado ya el hijo de mi padre en una noche.

— ¡Oye! tú cacareas muy alto para tan pollo. Pero en sustancia tienes razon buen mozo dijo Smith; porque merece morir de sed quien no puede beber sin copero.

Mas el guantero no pudo llevar con paciencia la contumacia de su joven aprendiz.

— Ahora pues, dijo, sobre mi palabra honrada y por el mejor guante que salió de mis manos, has de haer pasar la bebida desde el jarro á su vaso, pronto y bien, si hemos de pasar la noche tú y yo bajo de un mismo techo.

Levantóse Conachar, al oir esta orden tan terminante, y acercándose á Smith, que ya tenia la copa en la mano, llenóla; pero, fingiendo tropezar en algo, al llevar Enrique el vaso á la boca, se dejó caer contra él, y vertiendo el licor, dejó al armero con la cara y el vestido llenos de cerveza. Smith pues en descuento de su inclinacion belicosa, tenia buen genio; pero al verse provocado de un modo tan grosero, se le apuró la paciencia: agarróle por donde antes

pudo, y fué por el gaxnate, y apretándole para despues arrojarle de si, le dijo:

— Si me hubieras jugado esta pasada en otra parte, colgajo de horca, te arrancara las orejas, como lo hice antes que á ti con algunos de tu clan.

Levantóse Conachar con la ligereza del tigre y exclamó:

— No te alabarás de otra tal, y tiró de un cuchillejo bien afilado, dirigiéndole hácia el cuello y á la parte superior de la clavícula una mojada que pudiera causarle una herida mortal. Pero fué tan pronto el acometido en defenderse y detenerle el brazo armado, que apenas le hirió sino para hacerle sangre. Tenia Smith el brazo del aprendiz tan empuñado como con unas tenazas, y le desarmó en un momento. Viéndose Conachar á discrecion de su formidable adversario, le sobrevino una palidez mortal, en lugar de lo encendido que le pusiera el corage, y enmudeció de miedo y de vergüenza. Por último, al soltarle Smith el brazo le dijo con calma:

— Tienes la mayor fortuna en no ser digno

de mi enojo. Tú eres un chico, y yo soy un hombre; no debia yo haberte dicho nada para provocarte: pero no te olvides del caso, y sirvate de leccion para otra vez.

Conachar parecia dispuesto á responder; pero se salió de la cocina, cuando todavia Simon no se habia recobrado de la sorpresa para poder hablar; Dorotea buscaba yerbas y remedios para curar el herido, y Catalina se habia desmayado al ver la sangre.

— Con licencia de vm., padre Simon, dijo Smith con voz melancólica. Yo debia pensar que mi antigua mala suerte me hubiera seguido hasta este sitio, y que mi presencia debia producir una escena de inquietud y sangre, donde yo deseaba con ansia llevar la paz y la felicidad. No se tome vm. cuidado por mí, cuide vm. de Catalina. Este suceso la tiene mortal, y yo soy quien tiene la culpa!

— Tú, culpado, hijo mio!... Ese bandido de montañés, pues parece me han echado una maldicion desde que vino á mi casa; pero mañana bien temprano volverá otra vez á las montañas, ó tendrá que darse á conocer del carce-

lero de la ciudad... ¡Asaltar contra la vida de un huésped de su amo, y en la casa de su amo! Esta conducta vil ha roto los vínculos que podían unirnos. Veamos la herida.

— ¡Catalina! dijo el armero, cuide vm. de Catalina.

— Dorotea cuidará de ella: el espanto y el miedo no matan por lo común, pero los cuchillos y puñales son mucho más peligrosos.

— Además, que si ella es hija mía según la sangre, tú lo eres también; porque te quiero como si lo fueras, Enrique mío. Déjame ver la herida; el puñal montañés fué siempre un arma temible.

— A mí me importa lo mismo que la uña de un gato montés, y tan luego como Catalina recobre sus colores, que ya comienzan a presentarse, me verá vm. tan sano como si tal cosa no hubiera sucedido.

Acercóse al decir esto á un espejillo que había colgado en un rincón, sacó del bolsillo unas hilas, para ponérselas en la herida; separó del cuello y hombros la parte del peripunte que los cubría, y luego descubrió no me-

nos lo muscular de sus formas, que lo blanco del cutis, como que no habían estado estas partes á la intemperie cual la cara y manos, afeadas ambas á causa de su oficio. Aplicóse las hilas para restañar la sangre, y después de haber quitado con un poco de agua fresca hasta la más mínima señal, se abotonó el peripunte y volvió donde Catalina estaba, aunque pálida y temblando, sin embargo recobrada del delirio.

— Suplico á vm. me perdone el haberla agraviado tan pronto como he vuelto á verla. Ese tronera hizo mal en provocarme, y yo lo fui más en darme por sentido de un trasto barbilampiño como él. ¿Pues que su padre de vm. no me culpa, Catalina, podrá vm. perdonarme?

— Yo no puedo perdonar por lo que no debo sentirme, respondió Catalina. Si mi padre permite sea su casa teatro de riñas nocturnas, tengo que presenciarlas. Yo no puedo estorbarlas. Tal vez fué culpa mía el haber impedido por mi desmayo el progreso de tan bello com-

bate. Mi única y sola disculpa es que no puedo soportar la vista de la sangre.

—¿Y es ese buen modo, le preguntó su padre, de recibir á mi amigo despues de ausencia tan larga? Mi amigo dije; mas bien mi hijo, por poco no muere á manos de un tunante de que mi casa quedará libre mañana, y ; tú le tratas como si él hubiera hecho mal en arrojar la serpiente del cuello, pronta ya para sofocarle con su veneno!

— A mí no me toca, padre mio, dijo la doncella, decidir cual de los dos tiene razon, ó es criminal en la tal disputa; ni yo he podido ver con claridad lo que ha pasado para declarar quien ha sido el agresor, y cual el que no estuvo sino por la defensiva; pero no puede negar nuestro amigo ser morador de un mundo atestado de pendencias, combates y sangre. Él no puede oír tranquilo los elogios de un espada-chin; al momento le asalta la envidia, ya no puede menos de poner á prueba su valor. Como se halle á vista de una pendencia, se mete luego de brues en ella; si tiene amigos, se bate con ellos por el honor, y si enemigos, tambien

se pelea por espíritu de rencor y venganza; y tampoco deja de atacar á los indiferentes, porque se ponen al norte ó al sur de un rio. Su vida es vida de pelea, y no cabe duda en que pasa la noche, soñando que se bate.

— ¡Hija mia! dijo Simon, tu estás muy parlanchina. Las pendencias y peleas son cosas de hombres, en que no deben meterse las mugeres; pero mucho menos son materias de que deba tratar ni en que pensar una doncella como tú.

— Pero si ellos se atreven á reñir y batirse á nuestra presencia, tambien es muy duro prohibirnos el hablar ni pensar en ello. Convengo con vm. en que este guapo paisano de Perth, tiene uno de los mejores corazones que palpitan á lo interior de sus muros; que se apartará trescientos pasos, antes que pasar por donde haya un insecto por no pisarle, y que no sería capaz de matar á sangre fria una araña, como si estuviera emparentado con el rey Roberto de feliz memoria*; que antes de

* Bien conocida es la tal alusion de los que han leído á Bar-

su partida, en la última pendencia que tuvo, se batió con cuatro cortadores, para impedirles mataran á un pobre perro de presa, que no se habia portado bien la última corrida de toros, evitando con mucho trabajo tener la suerte del perro que apadrinaba. Convendré tambien en que no pasará un pobre por la puerta del rico armero, sin el socorro competente. Pero ¿ de

bour. Es el caso, que hallándose Roberto Bruce malherido y en cama, advirtió cerca de él los esfuerzos, con que una araña procuraba rehacer su tela toda deshecha; y que no habiendo podido conseguirlo, aun intentándolo repetidas veces, fué tal su perseverancia, que al fin triunfó y completó su obra. Roberto tuvo este acaso, como cosa de un feliz agüero, y dedujo, podría él tambien, trabajando con toda constancia, lograr sus intentos, á pesar de su mala fortuna. Así sucedió, y despues de Roberto pasaron todos sus descendientes á juzgarse culpados de un crimen, digno del infierno, si mataban un animal de semejante raza.

No hizo menos apreciable y tierna su memoria la compasion con que se prestaba al auxilio de los atribulados, y no ha sido facil olvidar á este hombre, tantos siglos ha reducido á polvo, desde que se le vió con asombro, expuesto con todo su ejército á caer en manos de los Irlandeses, que le iban al alcance, deteniéndose á socorrer á una pobre lavandera, que halló al paso, batallando con los dolores del parto. Mandó luego hacer alto, y por mas que le hicieron presente lo crítico de su posición, no consintió en dar contraorden, hasta que la infeliz angustiada salió de su apuro.

qué sirve esta caridad, cuando su brazo reduce á la indigencia y la miseria á tantas viudas y huérfanos como consuela su bolsa?

— Escucha una palabra, Catalina, antes que acabes de dirigir á mi amigo esa letania de repasatas, que tienen apariencia de buen juicio, pero que no son conformes en la sustancia con todo lo que vemos y entendemos. ¿Cuál es el espectáculo que ansian ver, nuestro rey con toda su corte, nuestros nobles, nuestras damas, nuestros abades, nuestros monges y nuestros clérigos? ¿Un torneo, una justa? ¿No van á él por admirar las proezas de la caballeria, para presenciar las hazañas de nuestros caballeros, para ver acciones gloriosas y excelentes, ejecutadas por las armas, y á costa de sangre? ¿En qué se distingue lo que hacen estos nobles caballeros de lo que hace nuestro Enrique Gow en su clase? ¿Quién ha oido jamás decir haya él abusado de su fuerza y destreza, para hacer mal ó favorecer la opresion; y ¿quién no sabe de las muchas veces, que há empleado ambas en favor de la buena causa en nuestra ciudad? ¿No debias tú gloriarte mucho;

entre todas las muchachas de la ciudad, y honrarte con que un hombre de un corazon tan bien puesto y un brazo tan vigoroso, se haya declarado tu campeon? ¿De qué es de lo que las damas orgullosas hacen mas gala, sino de la bravura de sus galanes? ¿Hizo acaso el mas valiente caballero de Escocia tan señaladas acciones, como las del brazo de mi hijo Enrique, aunque de humilde cuna? ¿No tiene renombre por toda la alta y baja Escocia, como el mejor armero de cuantos forjaron espadas, y como el mejor soldado que pudo desenvainarlas?

— Vm. se contradice á si mismo, padre mio, si es que puede hablar así vuestra hija. Demos muchas gracias á Dios, por haber nacido en una humilde y apacible clase, que nos pone fuera del trato de aquellos, á quienes un elevado nacimiento, y aun mas la soberbia, conduce á la gloria por crueldades y sangre, á que los grandes y poderosos llaman acciones caballescas. Vuestra sabiduria convendrá en que seria un absurdo de nuestra parte, si tratásemos adornarnos con sus plumas y sus brillantes vestidos: ¿por qué, pues, los imitaremos en los

vicios, tras los que corren impetuosos? ¿Por qué nos revestiremos del orgullo de sus corazones endurecidos y de su bárbara crueldad, que del homicidio hace, no solo una diversion, sino tambien un triunfo y un motivo de vanagloria? Que reclamen homenages sangrientos, y hagan de ello un honor y una diversion, pues que su rango lo requiere, vaya, en hora buena; pero á nosotros, que no somos sacrificadores, no nos toca mas que lastimarnos del padecer de las víctimas. Agradezcamos á Dios por nuestro humilde nacimiento, pues que nos libra de la tentacion. — Pero perdonadme, padre mio, si he pasado los límites que me prescribe mi deber, combatiendo las ideas que teneis en este asunto, y son iguales á las de otros muchos.

— Como soy que tienes la lengua bien puesta, Catalina, segun me parece, le dijo su padre con cierto mal humor. Yo no soy mas que un pobre artesano, y lo que yo sé mejor es distinguir el guante derecho del izquierdo. Pero si quieres que yo te perdone, tienes antes que decir algo con que pueda consolarse mi pobre Enrique. Mirale ahí confundido y desconcertado.

por haberte oído el sermón que acabas de predicar, y hele ahí, un hombre á quien el son de la trompeta es como la señal de un festín, todo cabizbajo y taciturno al oír el silbido delicado de tu voz.

Enrique Smith, en efecto, al oír que la voz para él tan apacible describía su genio de un modo tan poco ventajoso, estaba muy alicaído y apoyaba la cabeza en los brazos cruzados sobre la mesa, en actitud del mas profundo abatimiento y casi desesperacion.

— ¡Ojalá, padre mio, respondió Catalina, consistiera en mí el consolar á Enrique, sin faltar á la sagrada causa de la verdad, cuyo intérprete acabo de ser! Y yo puedo y aun debo tener esta mision, continuó ella en un tono de voz que, reunido á la perfecta belleza de sus facciones, y al entusiasmo con que hablaba, hubiera podido pasar por inspirada. Tomando entonces un tono magestuoso: — El cielo, dijo ella, jamas confió la verdad á una boca por impura que sea, sin darle el poder de anunciar la misericordia, pronunciando al mismo tiempo el juicio. Enrique ¡levanta la cabeza, levanta

la cabeza, buen hombre, generoso y magnánimo, aunque tan extraviado!; Tus faltas son las de este siglo cruel y sin remordimiento; tus virtudes son tuyas y de nadie mas.

Al decir esto echó mano al brazo de Enrique, y retirándosele poco á poco de la cabeza, él no pudo resistir á la dulce violencia, que le obligó á dirigir hácia ella sus ojos varoniles, que á virtud de la reprehension de Catalina y de otros sentimientos, habian derramado lágrimas.

— No llores, le dijo ella, ó mas bien llora, pero como quien conserva la esperanza. Renuncia del demonio del orgullo y la ira que se apodera de ti con tanta frecuencia; y arroja cien leguas esas malditas armas, cuyo uso fatal y mortífero te ofrece una tentacion, en que caes con tanta facilidad.

— Eso es predicar en desierto, dijo Smith, Catalina, yo puedo meterme fraile y retirarme asi del mundo, pero en tanto que viva en él, tengo que trabajar en mi oficio, y es para mí poco menos que imposible fabricar yo armas para otros y resistirme á la tentacion de servirme de ellas. Estoy bien seguro no me repre-

deria vm. con tal rigor, si supiera cuan inseparable debe ser de los medios, con que gano mi vida, este espíritu belicoso, por vm. tan acriminado, siendo, como lo es, una consecuencia inevitable de mi oficio. Al tiempo que procuro dar consistencia conveniente al escudo, peto ú espaldar, para que pueda parar y resistir los golpes, ¿no debo yo tener presente como se dan estos mismos golpes, la fuerza con que se dan para que salgan fuertes; cuando forjo una espada y la doy el temple que necesita para servirse de ella en la guerra, ¿puedo yo menos de acordarme del uso á que se destina, pues que debo probarla?

— Y bien, mi querido Enrique, exclamó la joven entusiasta, al tiempo que sus dos manecitas asian la mano fuerte y nerviosa del vigoroso armero que levantaron con alguna dificultad, no presentando Smith resistencia alguna contra este movimiento, y no haciendo mas que dejarse llevar sin ayudarlas;—y bien, mi querido Enrique, abandone vm. prosiguió ella, un arte que le cerca de peligros. Renuncie vm. de la fábrica de armas, útil solamente para reducir á

muy poco la vida humana, demasiado corta, por muy larga que sea, si, como ser debiera se ocupase toda ella en arrepentirse; unas armas, diré, que solo pueden contribuir á inspirar ideas de seguridad á los que, sin ellas, podrian por el miedo evitar el arriesgarse, avanzándose confiados á los peligros. El arte de fabricar armas ofensivas y defensivas es un arte criminal, para quien, por temperamento impetuoso, halla en él una tentacion y próxima ocasion de obrar mal. Deje vm. pues de fabricar armas de toda especie, y procure merecer el perdon del cielo, huyendo de cuanto pueda inducirle á recaer en su pecado habitual.

—Y ¿qué haré yo para ganar la vida, dijo el armero, cuando abandonare un arte que ha hecho famoso el nombre de Enrique de Perth desde el Tay hasla el Támesis?

— Su mismo arte le proporciona recursos inocentes y honoríficos, dijo Catalina, si deja de fabricar armas y escudos, puede dedicarse á la hechura del azadon y la reja del arado, tan honrada como útil; instrumentos que contribuyen á prolongar la vida y á la dis-

traccion que puede dulcificarla. Puede hacer barras y cerraduras, que defienden la propiedad del feble contra la violencia del mas fuerte, y las agresiones del ladron. Su casa será muy concurrida, y se hallará su respetable industria....

Hallóse Catalina interrumpida. Su padre, que ya otra vez la habia oido declamar energicamente contra las justas y torneos, hallaba tales doctrinas para él desconocidas, pero no podian parecerle en sí mismas del todo erroneas. Entraba en deseos de que un sugeto, á quien destinaba para su yerno, de ningun modo se viera expuesto á las ocurrencias y los peligros, que su genio emprendedor y fuerza prodigiosa le habian hecho arrostrar con mucha facilidad. Segun estas consideraciones se inclinaba gustoso á que los argumentos de Catalina produjesen algun efecto en el alma de su amante, conocido por él tan docil para dejarse llevar de su afecto, como fiero é intratable, asaltado por reconvenciones hostiles ó amenazas. Mas cuando conoció que los argumentos de su hija intentaban contrariar sus miras, y probar debía

su yerno abandonar un arte de mas utilidad que cuantos habia en Escocia, y el de mayor ganancia para Enrique, con respecto á otro cualquier armero de la nacion, se juzgó precisado á rebatirlos.

Habia concebido en confuso, seria muy del caso hacer lo posible para que perdiera Enrique el hábito de recurrir á las armas demasadas veces, aunque no pudiera sin envanecerse, verse unido con un sugeto, que tan bien sabia manejarlas, habilidad de no pequeño mérito en aquel siglo belicoso. Pero luego que observó la recomendacion eficaz de su hija, sobre ser para su amante el único medio de llegar á la paz y tranquilidad de alma, dejarse absolutamente de la fabricacion de armas, profesion tan lucrativa, y en la que nadie podia rivalizarle; viendo además que las pendencias que cada dia se notaban, así como las frecuentes guerras del tiempo le deberian reportar grandes ganancias, no pudo contenerse, y tan luego que, por haber oido decir á Catalina debía su amante dedicarse á trabajar instrumentos de agricultura, se convenció de que él tenia ra-

zon, cosa que antes de esta propuesta le tenia dudoso, exclamó con viveza:

— ¡Lindamente, Catalina! Barras de hierro, cerraduras, rejas de arado, rastros!... y por que no badiles y tenazas. No necesitaria mas que un burro, para llevar á vender por los pueblos sus utensilios, y tú irias con otro del cabestro. ¿Has perdido el juicio, muchacha? ó, ¿piensas hallar gentes en este siglo de hierro que quieran gastar su dinero en otra cosa, no siendo en cuanto pueda ponerlos en estado de matar á los que acechan contra sus vidas, ó defender las suyas? Sabe, pedazo de tonta, que lo que mas nos hace falta en el día, es una espada para nuestra defensa, pero no un arado con que preparar la tierra para sembrar, cuando tan inciertos estamos si nos dejarán ver la cosecha. Con respecto al pan necesario todos los dias, siempre se le come alegremente el mas fuerte á vista del debil que muere de hambre. Dichoso mi hijo, y todo aquel, quién como él, tiene proporecion de ganar el pan de otro modo que por la punta de la espada hecha por él. Predicale la paz, hasta el dia del juicio, si te

acomoda, y que sea pacífico para con todos, eso va muy bien, y yo no te diré jamas una palabra; pero que al primer armero de Escocia le recomiendes y con mucho empeño se abstenga de fabricar espadas, dagas, puñales, petos, cotas, morriones, lanzas, y venablos; es cosa que á nadie se le ocurre, y el oirlo solo haria perder la paciencia al seráfico Francisco. Marcha, marcha, retírate, y si mañana eres tan dichosa que veas á mi Enrique Smith, lo que no mereces, por haberle tratado como tú lo has hecho, debes pensar tienes á tu vista un hombre sin par por toda Escocia en el manejo de las armas, y que es capaz de ganar en un año quinientos marcos de plata, santificando los domingos todos sin faltar uno.

Al oír Catalina el tono perentorio de su padre, le saludó con todo respeto, y sin mas cerimonia se fué á su cuarto.



CAPITULO III.

¿Tornarás caballero?
Será baron, ó señor,
Smith, por solo el primer
Propio del primer armero?
¿Será por buen guerrero?
VERSTEGAN.

Impelido de varios y encontrados afectos, latía el corazón del armero; pero con tal fuerza que golpeaba, en el peripunte que le cubría, como si quisiera salir á que le viesen. Levantóse pues Smith, y volviendo á un lado la cabeza, para ocultar del viejo guantero lo tras-

tornado de su rostro, le alargó la mano en acción de despedirse.

— Ahorcado muera yo, exclamó Simon, dándole una palmada en la mano que le presentaba, si me despido de tí tan pronto. — No esperes te dé la mano, sino dentro de una hora, á lo mas pronto. Espera un poco, hijo mio, y te explicaré todo esto. Seria cosa de ver, por cierto, que cuatro gotas de sangre de un arañó y algunos disparates de una muchacha exaltada, bastaran á que se fuesen el padre por un lado y el hijo por otro, y esto á la primera vez que se vuelven á ver juntos, habiendo estado tanto tiempo separados. No te vayas tan pronto, si quieres merecer la bendicion de tu padre y la de san Valentin cuya fiesta es mañana.

Llamó luego el guantero en alta voz á Dorotea, quien despues de subir y bajar algunos escalones, al son del tintineo que hacia un manojo de llaves colgadas de la cinta del delantal, trajo tres grandes copas de cristal verde, tenidas entonces por una curiosidad rara, y preciosa, al tiempo mismo, que Simon puso encima de la mesa un frasco muy grande, por

lo menos de dos azumbres de las de nuestro siglo degenerado.

— Aquí hay un vino otro tanto mas viejo que yo, Enrique, dijo él. Fué un regalo que hizo á mi padre el viejo Crabbe, célebre ingeniero flamenco, el defensor excelso de la ciudad de Perth durante la memoria de David II. Nos aprovechamos muy bien de la guerra los guanteros, á pesar de no tener tantas relaciones con ella como vosotros, pues trabajais el hierro y el acero. Mi padre supo ganar la voluntad de Crabbe, y el motivo le sabrás otro dia, y cuanto han estado enterrados estos y otros frascos para defenderlos de los salteadores ingleses. ¡Por ahora, voy á soplarle esta copa á la salud del alma de mi respetable padre y al perdon de sus pecados! — Echa tú, Dorotea, el mismo brindis, y despues te subirás á tu desvan, porque conozco se te aguzan las orejas; pero lo que debo hablar solo debe oirlo mi hijo adoptivo.

Dorotea, sin aventurarse á responder, apuro su copa de vino, al momento fué derecha á meterse en la cama, dejando solos á los dos buenos amigos.

— Siento en el alma, mi amigo Enrique, dijo Simon, llenando su copa y la del hiesped, haya estado Catalina contigo de un humor tan létrico; pero me parece que tú tambien tienes en algun modo la culpa. ¿Por qué te presentas aquí con espada y puñal, si sabes ya su ojeriza decidida contra las armas, de modo que no puede ni aun verlas? ¿No te acuerdas de la disputa que tuviste un dia con ella, antes de tu partida, porque lejos de vestirse como un paisano honrado y pacifico, gustas de ir siempre armado como esos tunos de valentones al servicio de los nobles? Ciertamente ya llegó el tiempo de que un paisano tranquilo deje las armas, y no las tome hasta oír la campana grande tocar á la guerra.

— No es culpa mia, padre Simon, respondió Enrique. Apenas me hube apeado del caballo, vine aquí, para dar á vm. parte de mi vuelta, pensando tambien pedirle permiso, para ser este año el Valentin de miss Catalina; mas habiéndome dicho mistress Dorotea estaban todos en la iglesia, fui allá, lo primero con el intento de asistir con vms. á los divinos officios, y lo segundo (Nuestra Señora y san Va-

lentin me lo perdonen), con el deseo de mirar y remirar á la que ya me tiene olvidado. Al tiempo que vm. y Catalina entraban en la iglesia, fijé la vista en tres hombres, á mi parecer sospechosos, que hablaban y miraban á vm. y á Catalina; entre ellos pude conocer á sir John Ramorny aunque disfrazado, por cubrirse un ojo con parte del birrete de terciopelo, y porque llevaba una capa como la de un lacayo. Como yo pensé que vm. era ya un poco anciano, y viendo á ese aturdido montañés muy joven para batirse en caso de urgencia, pensé haria bien poniéndome á retaguardia y siguiendo tras vms., cuando volvieran á casa, no dudando que estos trebejos podrian contener al que se atreviese á insultar á unas gentes para mí tan apreciables. Vm. sabe muy bien su empeño en conocerme y en haberme hecho entrar, quieras ó no quieras; porque sin este incidente, no me hubiera yo presentado delante de su hija, sino con mi perpunte nuevo de última moda, que me mandé hacer en Berwick, y no hubiera yo puesto á su vista estas armas que tanto la incomodan; y aunque para

decir verdad, hay muchos que ya por uno, ya por otro me tienen tan mala voluntad, que no debo salir de noche, sea por lo que fuere, sin armas.

— Esto es lo que no sabe ni piensa la tonta de mi hija; ni tiene bastante talento para persuadirse de que cada uno en nuestra amada Escocia, cree tener el derecho y privilegio de hacerse á sí propio justicia; pero, hijo mio, tú haces mal de tomar tan á pechos lo que ella te dice; y yo no sé porque tú tienes la lengua tan suelta delante de otras mozas, y enmudeces cuando ella te habla.

— Porque Catalina es una cosa muy distinta de todas las demas, padre Glover; porque no solo es la mas hermosa, sino la mas honesta y virtuosa, la mas instruida, la mas imponente, y santa; y que parece formada de otro diferente barro que nosotros. Yo me atrevo á levantar la cabeza en presencia de las otras muchachas, cuando bailamos al rededor del mayo; pero si me hallo cerca de Catalina, no me parezco á mi mismo, sino un ser terrestre, grosero, feroz, apenas digno de mirarla, y aun

mucho menos, capaz de replicar, cuando me intima sus órdenes.

— Tú eres un chalan poco avisado pues elogias lo que tienes gana de comprar. Catalina es una buena muchacha, yo soy su padre; pero si tú la llenas de amor propio por tu timidez y adulacion, ni tú ni yo lograremos nuestro intento.

— En esto pienso yo muchas veces, mi querido padre, porque reconozco cuan poco digno soy de Catalina.

— Vaya, vaya, párate ahora en una bagatela; ó por mejor decir párate en Catalina y en mi, amigo mio, exclamó entonces el guantero. Párate en que la pobre chica se ve sitiada desde la mañana hasta la noche: y por qué clase de personas, aun estando las puertas y ventanas á piedra y lodo. — Hoy mismo, sin ir mas lejos, nos hemos encontrado con un galan, que no se le puede nombrar por tan poderoso, — si; él no ha procurado disimular su despecho, viendo no quise permitir requebrase á mi hija en la iglesia y aun durante los oficios. Hay otros tambien, que no son mas juiciosos que

él; y por cierto me alegrara algunas veces no fuese tan linda, si con eso no se ganaba una tan peligrosa admiracion, ó que fuese algo menos santa, y se decidiera por ello á ser la muger legitima y dichosa del valiente Enrique Smith, que sabria protegerla contra toda la caballeria de la corte de Escocia.

— Y si yo faltase á ello, dijo Enrique, presentando un brazazo y una manaza como de un gigante, que no deje yo caer jamás el macho en el yunque. Si, si: como las cosas llegaran á tal punto, ya se daria por convencida mi bella Catalina de que no es tan malo el saber un hombre defenderse. Pero yo me figuro tiene ella la idea de que el mundo es una catedral muy grande, y que cada uno de los vivientes debe tener tal recogimiento y moderacion, como si oyera una misa eterna.

— Lo cierto es que ella tiene una especie de ascendiente sobre cuantos la tratan de cerca: ese joven montañés, ese Conachar, que ya embaraza mi casa tres años ha, con todo el caracter nacional que has notado en él; pues, ese mismo, á la menor insinuacion de Catalina

obedece, y nadie sino ella le hace parecer docil; ella trabaja lo posible por hacerle perder los hábitos de la montaña.

Parecia no hallarse Smith muy á gusto en la silla, tomó la botella en la mano y volviendo á ponerla en la mesa, dijo: — ¡ Con mil demonios el perro montañés y toda su casta! — ¡ Qué necesidad tiene Catalina de desasar á semejante camueso? Sucederá lo que á mi lobito que se me metió en la cabeza domesticar como si fuera un perro, y cuando todos y yo le creiamos ya docil y manso, cuando le llevé conmigo á paseo por la montaña de Monerieff, se arrojó como un rayo al rebaño del laird, é hizo en él tal destrozo, que si el laird no hubiera tenido necesidad por entonces de una armadura, me hubiera costado mas caro que aceite de aparcio. Y yo no puedo menos de admirarme, padre Glover, tenga vm. en su casa ese montañés. Vm. que tiene tanto juicio, tener aqui un joven que da tan buenas esperanzas que... ande vm., yo respondo si con el tiempo... tan cerca de Catalina, como si nadie hubiera mas que vuestra hija que pudiera ser su pedagogo.

— Aprieta hijo, aprieta: ya rabias de celos por un pobre diablo, que no está en casa, para decirte la verdad, sino porque no estaria tan bien al otro lado de la montaña.

— Yo sé lo que digo, padre Simon, repuso el armero, y si no temiera incomodar á vm., prosiguió como quien no tenia mas vastas ideas que las de los ciudadanos sus contemporaneos, le diria se familiariza mucho con estos entes habitantes de la montaña.

— Ya ves, que yo debo hacerme con las gamuzas, las cabritillas, mi amigo Enrique, y con ellos todo lo compro barato.

— Todavía ganan mucho, porque todo lo que venden es hurtado.

— Muy bien, muy bien; sea como fuere, á mi no me toca saber de donde les vino el animal, si yo puedo comprarles la piel. Mas como te decia, hay ciertas consideraciones que me obligan á darme por contento en servir al padre de este joven, teniéndole conmigo. Por otra parte no es mas que semi-montañés, y no tiene el genio enteramente indómilo; sobre todo, yo no le vijamas tan furioso como esta noche.

— No podia vm. haberle visto mas, como no hubiera muerto á su hombre, dijo Smith en un tono seco.

— Si con todo, así lo quieres, Enrique, me desentenderé de todo miramiento, y mañana enviaré yo al pillo, donde guste buscar su fortuna.

— Vm. debe persuadirse, padre Simon, que Enrique Gow tiene tanto cuidado de ese gatiillo montés, como de un carboncillo de su fragua. Le aseguro á vm. no me incomodara mucho aunque viera entrar todo su clan de tropel en nuestra ciudad por Shoegate, diciendo á voz en grito *Slogan** y tocando la zampoña; yo hallaria bien pronto cincuenta hojas bien templadas y otros tantos broqueles, que harian partir á estos salteadores mas ligeros que vinieron; y para decir á vm. lo que siento, no me gusta ver á este tacaño tan cerea de Catalina, por mas que parezca me explico muy á lo necio. Debe vm. considerar, padre Glover, que le es preciso tener los ojos y las manos ocupadas,

* Grito de guerra de los montañeses.

si ha de trabajar vm. bien segun su oficio, y esto, aun quando él tambien trabaja, lo que no le sucede al holgazan muchas veces.

— No hay duda en eso, él corta guantes solo para la mano derecha, y jamás ha podido sacar el par completo.

— Cuando corta la piel, piensa en todo, menos en lo que hace, y Dios sabe qué será en lo que piense, dijo Enrique secamente, pero disimule vm. le diga, padre Glover, que, trabaje ó no trabaje, ya se deja ver muy bien no tiene este muchacho la vista torcida, ni las manos quemadas del hierro hecho ascua, y encallecidas á fuerza de martillar, ni los cabellos mugrientos con el humo, y chamuscados en la fragua cual si fuera piel del tejon, tan distante de parecer cabellera capaz de llevar sombrero fino adornado de plumas, todo lo que por desgracia tengo yo: Catalina no puede menos de notar esta diferencia entre nosotros dos, y esta diferencia nunca puede serme ventajosa, por mas que me conste es una moza tan buena como la mejor que se haya visto, y aunque yo sostengo es la mas excelente de Perth.

— A tu salud, con alma y vida, hijo mio Enrique, dijo el viejo, llenando las dos copas. Ya veo, que si como buen armero trabajas en hierro, no sabes de qué metal están forjadas las mugeres. Enrique, debes ser un poco mas atrevido; y cuidado que te portes, no como al que conducen al suplicio, sino alegre, despejado, y á lo joven que sabe darse todo el valor que tiene, y no debe ni puede sufrir el desprecio de ninguna de las nietas de Eva, mas que sea la mas estirada. Catalina es una muger ni mas ni menos como su madre, y tú estás muy engañado, pensando que todas las mugeres se prendan de lo muy grato á la vista: tambien se les debe agradar por los oidos, ¡ amigo mio! Es muy necesario sepa una muger, que el hombre, á quien ella da la preferencia, es mozo de resolucion, decidido, y capaz de llevarse tras de si todas las atenciones de las otras mozas, aun cuando no le guste las exija él, ni las busque sino de ella sola. Cree lo que te dice un viejo, las mugeres acostumbran decidirse mas bien por el parecer de las otras, que por el suyo propio. Que pregunte Catalina ¿ cuál es el

hombre mas resuelto de Perth? y ellas le responderán, Smith. ¿Cuál el mejor armero que forja un arma en el yunque? le dirán, Enrique Gow. ¿Quién el que danza mas arreglado alrededor del mayo? el famoso Smith. ¿Cuál el mejor cantor de balatas? Gow. ¿Y el mejor espadachin, que sabe manejar con destreza la espada, la daga, y el escudo; aquel rey del palo, que le juega por ambos extremos; el mas perfecto en domar potros y montar á caballo, por último, el que ha sabido hacer entrar en su deber al montañés salvaje? todas contestarán que aun eres tú,... siempre tú,... y solo tú...; ¡Puedes tú, despues de todo esto, ni consentir el pensamiento de que prefiera Catalina donde tú estás, á este montañesillo! ¡Caramba! mas facil le seria forjar un guante de acero con una cabritilla. Debo decirte de Conachar, que nada tiene mi hija con él sino el buen deseo de sacarle de entre las uñas del diablo que le mira, y con él á todos los montañeses como cosa propia. ¡Pobre muchacha! Dios la bendiga. Tales son sus buenas intenciones, que haria todo lo posible por que todos las tuvieran.

— Y yo respondo sobre que no lo conseguirá jamas, respondió Smith, quien, como puede haber advertido el lector, no estaba muy en favor de los montañeses, yo apostaré contra Catalina y á favor del diablo, á quien yo deberia conocer algun tanto, pues que ambos trabajamos en un mismo elemento. Si, si, el diablo cargará por fin de fiesta con el tartan*.

— Grandemente; pero, tú no sabes que Catalina tiene un sustituto en su oficio de catequista del joven saltador, y que tú no le conoces. El padre Clemente; si señor, el padre Clemente ha emprendido contra el diablo, porque tiene tanto miedo á un centenar de diablos como yo á una manada de gansos.

— ¡El padre Clemente! vm. cada dia hace un santo nuevo en la buena ciudad de Saint-Johnstown. ¿Y quién es ese desencantador de diablos? ¿Es alguno de los tales ermitaños, que aprende á hacer milagros, como á luchar un atleta; preparándose por ayunos y penitencias? ¿No es esto?

* Género con que hacen los montañeses sus capas que llaman *plaids*. (N. D. T.)

— De ningun modo. La mayor de las maravillas está en que el padre Clemente come y bebe, obra como todos los demas, observando exactamente los mandamientos de la iglesia.

— ¡ Ah! sí, ya lo entiendo; es un clérigo muy jovial, que piensa mas en vivir alegremente, que en vivir bien; que se cuela un cántaro de vino el martes de carnestolendas, para tener fuerzas el miércoles de ceniza, en que comienzan los ayunos, y poder así hacer frente á la cuaresma con un buen *in principio*, y que confiesa las muchachas mas bonitas de la ciudad.

— Todavía no vas bien, Smith. Sábete que ni mi hija ni yo, saludariamos de cien leguas á un hipócrita traspasado del ayuno, ú bien repleto; y el padre Clemente no es de tal clase.

— Pero, vamos, por Dios. ¿ Quiénes ?

— Un hombre de mas valor que la mitad de los frailes de Saint-Johnstown á la vez, ó que es mas malo, que el peor de todos ellos, y que es vergonzoso consentirle vivir en el país.

— Me parece, que debe ser facil decir si es lo uno ú lo otro.

— Conténtate con saber, que si juzgas al padre Clemente por lo que le veas hacer, y oigas decir, le mirarás como el mejor y mas benéfico del mundo entero; porque sabe consolar al afligido, dar un buen consejo al que se halla en un apuro; es el conductor mas seguro para el rico, el amigo mas celoso del pobre. Pero si haces caso de lo que dicen de él los Dominicos, ¡ Dios nos asista! — El guantero se persignó al decir esto. — Es un infame, un herege, que debia pasar por las llamas en este mundo, para precipitarse á las inextinguibles del infierno.

— El armero se santiguó tambien y exclamó: — ¡ Santa María! ¿ Y vm. padre Simon, vm. hombre tan prudente y circunspecto, que ha merecido le llamen el Prudente Guantero de Perth, consiente sea director de su hija un hombre que es...; Válganme todos los santos!... de quien se sospecha estar coligado con el mismo espíritu maligno? ¡ Qué! ¿ no fué este un clérigo, que llamó al diablo en el Meal-Ven-

nel*, cuando derribó el uracan la casa de Hodge Jackson? ¿Y no es cierto que cuando se llevó el puente se apareció el diablo en el Tay, vestido de clérigo, nadando como un pez.

— Yo no sé si eso es ó no verdad; lo que te puedo asegurar es que no lo he visto; y de Catalina no hay que decir tenga por director al padre Clemente, pues que su confesor es el padre Francisco, fraile de Santo-Domingo, quien hoy mismo la confesó. Pero como las mugeres son caprichosas, ne hay duda en que ella consulta mas de lo que yo quisiera con el padre Clemente: y además habiéndole hablado yo varias veces, me ha parecido tan bueno y virtuoso, que de buena gana le hubiera confiado la salud de mi alma. Corren malas voces en cuanto á él entre los Dominicos; esto es muy cierto. Pero ¿qué tenemos que hacer con todos estos negocios, nosotros los legos, hijo mio? Paguemos á la santa madre la Iglesia lo que se le debe; demos limosna,

* En las cercanías de Perth.

confiesémonos, cumplamos las penitencias que nos dieren, y los santos nos sacarán del apuro.

— Sin duda, y que tengan misericordia del golpe fatal, que un hombre puede dar á su contrario batiéndose, y cuando le mira delante, puesto en guardia para defenderse, lo cual es la única profesion de fe, con que se puede vivir en Escocia; y piense su hija de vm. lo que mejor le parezca en la materia. ¡Vive Dios! si; el hombre debe saber bien la esgrima, ó su vida viene á ser un vale cuyo corto término está para cumplirse, y mas en una tierra, donde tanto menudean los golpes. Cien libras me han hecho salir como un hombre de bien en un lance, que me sucedió acaso con el hombre mas de bien del mundo.

— Acabemos pues con nuestro frasco; porque la campana de los Dominicos acaba de dar las doce. Escucha, hijo mio Enrique, procura estar al amanecer en frente de la ventana de esta casa, que da al levante, y adviérteme de tu llegada silbando bajito como se reclaman los

armeros. Yo haré de modo que Catalina se asome á la tal ventana, y tu tendrás por este medio todo este año los derechos y privilegios de su Valentin. Si no sabes llevar á cabo este proyecto, deberé creer que si la naturaleza te dió la piel del leon, te puso al mismo tiempo las orejizas anchas y largás del borrico.

— Amen, padre mio, respondió el armero; que vm. pase buena noche, y que Dios eche sus bendiciones sobre el techo de su casa, y sobre cuantos vivientes él cobija. Vm. oirá silbar á lo armero, y al canto primero del gallo; tenga vm. por cierto, que yo avergonzaré por su pereza en madrugar al señor Cantaclaro*.

En esto se despidió del guantero y aunque no conocia el miedo, siempre atravesó las calles un poco cuidadoso, y prevenido, hasta que llegó á su casa, situada en el parage lla-

* Apodo que se daba al gallo en las poesías antiguas inglesas.
(N. D. T.)

mado Mill Wynd*, al extremo occidental de Perth.

* Callejon del Molino: Wynd es la palabra escocesa que corresponde á la inglesa lane ó alley. Por el lugar donde vivia, tenia Enrique en las crónicas el nombre de Henry of the Wynd. Enrique del Callejon, ó por abreviar, Enrique Wynd.



CAPITULO IV.

¿Qué rumor, tan á deshora,
Se oye cerca de casa!
¿Es gente que corre, ó pasa,
¿Le causa quien enamora,
O quien su desdicha llora?
DREYDEN.

Puede creerse muy bien no faltaria el intrépido Smith por el mundo entero á la cita del que le tenia destinado para yerno. Cuidó para ello de vestirse con mas prolijidad que acostumbraba, alejando de si lo posible cuanto podia parecer marcial. Siendo demasiado cono-

cido en la ciudad, no debía salir de casa enteramente indefenso, y mucho menos reconociendo que si podia contar muchos amigos, tambien á causa de su genio y sus hazañas, no le faltarian enemigos mortales, de quienes sabia no le tratarian con piedad, si se les presentaba la ocasion de atacarle bien á su salvo. Vistióse lo primero de un famoso ajustador, que era una cota de malla ligerita y flexible, de modo que para nada le incomodaba; pero tambien, trabajada con esmero y á toda prueba, capaz de preservarle. Por encima de dicha armadura se puso, como los otros paisanos de su edad, un par de calzones y un perpunte de paño rico flamenco en honor de la festividad, uno y otro de un hermoso azul celeste, guarnecido de raso negro y bordado de raso del mismo color, botas de buen cordoban y su capa buena de paño escocés color de la lana, que le servia para ocultar un cuchillo de monte pendiente del cinturon, y este era la única defensa que llevaba; porque no tenia mas que un baston de acebo en la mano como por galanteria; llevaba un rico casquete de terciopelo

negro, por dentro forrado de acero y relleno entre la tela y el forro lo bastante para cubrirle, adornarle, y en caso necesario, defenderle la cabeza, no quedándole la menor duda sobre esta última circunstancia.

En suma, Smith, considerado su conjunto, parecia lo que realmente era, un paisano rico, digno de aprecio, y que por su modo de vestir, se daba la importancia que le era debida, sin elevarse á mayor altura que la de su clase, y sin aspirar á la noble. Su traza era la de un hombre franco y resuelto, y aunque sus modales indicaban no intimidarle nada, no se parecian de modo alguno á los de los espadachines y valentones de su tiempo, con quienes, muy contra justicia, se le confundia no pocas veces, atribuyendo las pendencias que tenia, siempre á lo violento de su genio, resultado de la confianza que podia infundirle su fuerza y maestria en el manejo de las armas. Todas sus facciones, bien por el contrario, expresaban la ingenuidad y buen humor de un hombre, que no trata de insultar á nadie, ni teme le insulten.

Luego que se halló vestido lo mejor que pudo, el honrado armero llevó al lado del corazón un regalito que tenía preparado largo tiempo había para Catalina Glover, regalo que le sería permitido presentarle como su Valentin, y para cuya admision tambien estaria pronta por la misma razon la Linda Doncella de Perth sin escúpulo alguno. Era, pues, el tal presente un rubí tallado en forma de corazón, traspasado con una flecha de oro, y metido en una bolsita de anillitos de acero entrelazados, y toda ella trabajada con toda la prolijidad y primor que pudiera estarlo la loriga que debiera presentarse al mismo rey. Leíase alrededor de la bolsa estas palabras:

Traspasa los corazones
Por la mas espesa malla
El duro dardo de amor.

Habia costado al armero algun trabajo este mote; y estaba muy satisfecho de su invencion, que le pareció muy oportuna, pues pensó significaba que su arte basta para gua-

recer los corazones todos, excepto el suyo, que no habia podido defenderse, aun cubierto de la malla, contra la mortal herida de amor, causada por la peregrina belleza de su Catalina. Embozóse muy bien con su capa y atravesó presuroso las calles, todavia desiertas, para estar al frente de la consabida ventana al rayar del alba.

Pasó con este objeto High-Street, y tomando un pasadizo, en donde está hoy situada la iglesia de San Juan para llegar á Curfew-Street, le pareció por el aspecto del cielo haber salido de casa una hora mas antes de lo necesario, y juzgó mas conveniente llegar al puesto nada mas que al tiempo crítico; no pareciéndole inverosimil rondasen otros galanes la puerta de Catalina, y no queriendo exponerse á que tal ocurrencia le diera por su flaco, y se viera en precision de comenzar á trastazos con ellos.

Iba diciendo entre sí:—Pues que la gran amistad del padre Simon me prefiere á todos, ¿por qué deberé yo ensangrentar mis

manos en esos pobres peales tan poco dignos de mi enojo, siendo mucho menos felices que yo? No, no; por esta vez seré prudente, ahuyentando lejos de mi la tentacion de tomar las armas. No les daré mas tiempo de buscarme la boca, que lo necesario para dar el silbido acordado, y para que me responda el padre Simon. No concibo yo como logrará que se presente su hija para verla yo á la ventana, y si supiera ella la intencion que lleva en esto, no dudo le costaria mucho el reducirla.

Ocupado el armero en estos pensamientos, iba menos vivo el paso, mirando hácia el oriente, y levantando los ojos al firmamento, donde no se divisaban señales algunas de claridad, que anunciaran la venida del aurora, si ya no muy distante, para los deseos de Gow, muy lejana y digna por lo mismo de las quejas del amante, que acusaba su pereza en presentarse á su vista. Caminaba paso á paso á lo largo de la pared de la capilla de Santa-Ana, sin olvidarse de santiguarse y rezar un *ave Maria* al pasar por este sitio sagrado, cuando llegó á sus oídos una voz que le pareció salir del

fondo de la capilla, y que decia: — El que debia ir corriendo va muy despacio.

— ¿Quién es quien habla? dijo Smith en alta voz y mirando á todas partes, algun tanto maravillado de que le hablasen, y en tal tono de voz, así como con palabras tan singulares.

— Nada importa quien habla, despáchate; que sino llegarás tarde; no respondas, marcha.

— Santo, pecador, angel ó demonio, dijo Smith haciendo la señal de la cruz, tu aviso me viene muy á tiempo, para que yo le desprecie: ¡San Valentin me dé piernas!

Al decir esto iba tan ligero, que pocos hubieran podido seguirle, y á poco tiempo se halló en la calle de su dama, donde sin haber dado tres pasos por la acera de la casa donde vivia Simon Glover, situada hácia el medio de esta calle muy estrecha, dos hombres, apostados cada uno á una pared, se vinieron al mismo tiempo en accion de impedirle avanzar; y la oscuridad no le permitió divisar mas sino que tenian el plaid como los montañeses.

— ¡Despejad luego malvados! dijo con fir-

meza y con una voz propia de sus pulmones.

No le respondieron, á lo menos de modo que pudiera percibir lo que decian; pero pudo ver echaban mano á las espadas, resueltos á cortarle por la fuerza el paso. Smith, dejándose llevar de conjeturas alarmantes, sin saber lo que temer debía, resolvió franquearse á todo trance un camino, lo que no podia menos de hacer para defender á su dama, ó morir á sus pies. Envolvióse con la capa el brazo izquierdo, para que le sirviese de broquel, y se adelantó con osadía y prontitud á los dos hombres. El mas inmediato á él le tiró una buena estocada, que reparó con su escudo de lana; Enrique le contestó luego con una puñada tan fuerte al medio del rostro con el brazo izquierdo, echándole al mismo tiempo una zancadilla con la pierna derecha, que le tiró por tierra, y casi al mismo instante sacudió un mandoble al otro de su derecha con el euchillo de monte que le hizo medir el suelo, cayendo al lado de su compañero.

Hallándose mas alarmado que nunca, y no sin causa, viendo guardada la calle por extranjeros que cometian tales violencias, siguió su

camino con la mayor celeridad. Oyó hablar en voz baja al pie de una ventana del guantero, y precisamente de la misma, en que debía él ver asomada á Catalina, para tener el derecho de ser su Valentín; púsose arrimado á la pared fronteriza para reconocer el número y el intento de los que allí se hallaban; pero uno de los que bajo la ventana se le presentaban, ó por haberle oído pasar por la calle ó por haberle visto, teniéndole por uno de los centinelas, le dijo en voz baja: — ¡Qué ruido es ese, Kenneth! ¿Por qué no has hecho la seña?

— ¡Ah malvado! dijo Enrique, ¡ya te conozco y ahora vas á morir! Diciendo y haciendo, le tiró á la cabeza una cuchillada, que hubiera realizado su prediccion, si el extranjero, levantando el brazo no hubiera reparado el golpe tirado á la cabeza; la herida debió ser de gravedad, porque comenzó á tartalearse y dió por tierra, suspirando profundamente. Smith sin pensar en él, fué volando á la ventana, donde habia un grupo de hombres, ocupados en arriar á ella una escalera: entonces ya no pensó en cuantos eran, ni menos en sus designios;

sino que dando el grito de alarma según uso, y al que no dejan de acudir los ciudadanos que le oyen; se arrojó sobre estos pájaros nocturnos, de los cuales sabía uno ya por la escalera; tomóla por un peldaño y dejándola caer, vino abajo el que la ocupaba, púsole al momento un pie sobre el cuerpo y le impidió se levantara. Atacáronle los otros con el mayor furor para librar á su compañero, pero la cota de maila de Smith hizo muy bien su papel, y él les daba dobles golpes, llamando gente á grandes voces.— ¡Al socorro! ¡Saint-Johnstown! ¡Al socorro, sablazos y lanzazos! ¡valientes ciudadanos, sablazos y lanzazos! ¡Que fuerzan nuestras casas en la oscuridad de la noche!

Estas palabras, que resonaron por toda la calle y las inmediatas, iban acompañadas de golpes furibundos que, distribuidos en todas direcciones por un brazo fuerte, producian su buen efecto en aquellos que le acometian. Mientras tanto los vecinos comenzaron á despertar y á presentarse medio vestidos los unos, y en camisa los otros, estos con palos, aquellos armados de lanza y escudo, y algunos con ha-

chas encendidas. Los desconocidos no pudieron escoger otro partido que tomar el portante, y todos escaparon menos el que habia sido derribado con la escalera. Habíale nuestro armero agarrado por el cuello tan luego como salió de entre sus pies, y le tenia tan bien asido como lo está un perro á la oreja del toro. Los heridos por mano de Gow se vieron fuera del peligro de ser presos, porque sus compañeros cuidaron de llevárselos.

— Esos son los bribones alborotadores; dijo Enrique á los paisanos que comenzaron á juntarse, — Seguid, corred tras esos pícaros; no iran muy aprisa, porque algunos van bien pringados, gracias á mi cuchillo de monte; no dejéis el rastro de la sangre y de cierto dareis con ellos.

— Estos serán algunos tunantes de montañeses; vamos, vamos tras ellos: dijeron algunos ciudadanos.

— Es preciso prenderlos; si, andad tras ellos, que yo me gobernaré con este perillan.

Los paisanos marcharon por distintas direcciones con las hachas encendidas, gritando, y haciéndose oír por todas partes.

Entonces el prisionero de Enrique trataba de alcanzar su libertad; valiéndose de súplicas, promesas y amenazas.

— Si sois un caballero, dijo al armero, dejadme ir en paz y lo pasado pasado, y tendreis el perdón de todo.

— Ni yo soy caballero, sino un vecino de Wynd en Perth, ni yo tengo nada por qué desear perdón.

— Villano, dijo el detenido, tú no sabes lo que has hecho, pero si me sueltas te llenaré el birrete de piezas de oro.

— Pronto tendrás el tuyo lleno de cascotes de tu cabeza, respondió el armero, como hagas el menor movimiento para escapar, porque ahora eres mi prisionero.

— ¿De qué se trata? ¿qué bulla es esa? hijo mio Enrique? dijo Simon desde su ventana. Te oí hablar en tono muy distinto del que aguardaba. ¿Qué significa tanta bulla y ese movimiento de los vecinos?

— No es cosa; una gavilla de infames, que ya estaban para escalar la casa, entrando por la ventana, y vea vm. aquí esté pajarraco que ya estaba en la escalera; pero le hice dar de costillas y le tengo aquí tan firme como el tornillo á la chapa.

— Hágame vm. favor de oír dos palabras que debo decirle á solas, dijo el prisionero, permitame vm. hablarle y sáqueme de las garras de este cabeza de plomo y manos de hierro; yo le probaré que no tuve intencion de causarle á vm. ni á nadie mal ninguno, y le haré saber cosas, que le tendrán mucha cuenta.

— Como que conozco esta voz, dijo Simon al abrir la puerta de su casa, con una linterna sorda en la mano. Hijo mio Smith, deja venir á ese joven y que me hable, no hay porque temerle; yo te lo aseguro; pero éstate ahí un poco mas, y cuida de que nadie se acerque á la casa ni para embestirla ni defenderla. Yo respondo de este guapo, sobre que no ha pensado en hacer mas que una valentinada.

Entonces hizo entrar el prisionero en su casa, y cerró luego la puerta, dejando confuso

á Smith, á quien no pudo menos de parecerle raro el modo con que tomó su futuro suegro esta chocante aventura. — ¡Una valentinada! repetía él, ¡una chanza! no hubiera sido mala chanza de san Valentín, si no me hubiera advertido la voz respetable y amistosa, y si yo al oírlo, no hubiera llegado á tiempo de que no entrasen por la ventana, y de que acaso y sin acaso se hubieran metido como que no hacían nada en el cuarto de la muchacha. Que dé gracias al que me advirtió desde el fondo de la capilla, porque según pienso era la voz de la bendita santa Ana; ¡pero quien soy yo para que me hable esta santa? á lo menos no se hablaron tales palabras sin permiso suyo; y prometo darle un cirio tan largo como mi cuchillo de monte. ¡Ah, desgraciado! ¡Que no hubiera yo traído mi gran claymore tanto por el honor de Saint-Johnstown como por esos canallas de montañeses! Porque los cuchillos de monte son juguetes muy bonitos, pero mas propios para el manejo de los muchachos que de los hombres. ¡O mi fiel troyana si hubieras tú venido á mi lado, en lugar de quedarte col-

gada á la cabecera de la cama, no hubieran apelado á las piernas estos tunos! Pero aquí viene gente con luces y espadas desnudas. ¡Ola! ¡Alto allá! ¿Sois vosotros por Saint-Johnstown? Ah, sí; sois los amigos de la hermosa ciudad, avanzad pues. Muy bien venidos.

— Hemos visto y seguido la caza, pero nada hemos cogido, dijo uno de los paisanos. Hemos ido por el rastro de la sangre hasta el cementerio de Dominicos, y vimos entre las sepulturas como sostenian dos bribones á otro tal, quien probablemente estaria señalado por Enrique; pero llegaron á la puerta falsa antes que nosotros, tocaron la campanilla, se les abrió la puerta y entraron. Con que ya están seguros en el sagrado, y nosotros debemos irnos á nuestra cama fria para ver si entramos en calor.

— Sí, sí; dijo otro. Los santos Dominicos siempre tienen un hermano de guardia, para dar entrada franca en cualquier trance á todo pobre que pide asilo. ®

— Con tal que dicho pobre pueda pagar bien, contestó otro; pero el que se halla tan pobre

de bolsa como de espíritu, puede muy bien esperar á la puerta, hasta que los perros que van tras él, se acerquen á morderle.

El cuarto de los paisanos, que habia estado como buscando algo con el hacha, se levantó para hablar. Era un hombre chiquitillo, pero de buena traza, y vivo, que lo pasaba muy bien, por nombre Olivier Proudful. Era la primera tijera del gremio de gorreros, y así hablaba con autoridad. — Valeroso Smith;—dijo, porque se veia muy bien con las hachas y podia conocerle:— ¿podrás decirnos quienes son esos alborotadores que han inquietado los moradores de nuestra ciudad?

— Los dos primeros que se me pusieron delante, me pareció tenían el plaid de montañeses.

— Es muy probable, dijo un paisano, meneando la cabeza. Es una vergüenza tener todavía sin reparar los portillos de nuestras murallas, para que estos atrevidos montañeses vengan á inquietar, y hacer salir de sus camas á tantos hombres de bien, en lo mas oscuro de la noche, que es cuando gustan asaltarnos estos insolentes.

— Pero, vecinos ¿qué es esto? dijo el gorrero, y les presentó una mano, que acababa de levantar del suelo.—¿ Cuando una mano como esta atacó las calzas de un montañés? Miradla bien, es una mano grande y vigorosa, pero la piel es fina y blanca como la de una dama, y en este dedo tiene una sortija brillante como las estrellas. Mucho me puedo yo engañar si Simon Glover no ha hecho guantes para esta mano; porque todos los señores de la corte son parroquianos suyos.

Examinaron los espectadores la prueba sangrienta de las hazañas del armero, y cada uno hizo su comentario sobre la materia.

— Entonces, dijo uno de ellos, bien puede tomar las de Villadiego Enrique Smith, pues por mas que alegue quiso defender la casa del ciudadano, el juez no pensará basta esto para cortar la mano á un hombre de calidad; y las leyes contra la mutilacion son muy severas.

— Ande vm., Miguel Wabster, ande vm., dijo el gorrero, ¿puede vm. decirnos cosa semejante? ¿No somos nosotros los representantes de los antiguos Romanos, y sucesores de los mismos que

fundaron la ciudad de Perth, y que la hicieron tan parecida como pudieron á su misma ciudad; no tenemos nosotros ordenanzas de todos nuestros grandes reyes, que nos han declarado sus amados vasallos? ¿Permitiría vm. renunciásemos nuestros derechos, privilegios é inmunidades, nuestra alta, baja y mediana justicia, nuestro derecho de multar, confiscar, prender y condenar á muerte en caso de delito *en fraude*? ¿Debemos permitir, que la casa de un ciudadano tranquilo sea impunemente asaltada? No; eso no, bravos ciudadanos, compañeros y paisanos. Antes correrá el Tay hácia Dunkeld, que es agua arriba, primero que sufrir nosotros tal injusticia.

— Y ¿cómo podremos impedir suceda eso mismo? preguntó un anciano venerable, que se apoyaba en una espada de dos manos, ¿qué deberíamos hacer para eso?

— A fe mia, baillo Craigdallie respondió Proudful, nunca hubiera yo pensado que me hiciera vm. tal pregunta. Mi opinion es, que vayamos desde aquí todos juntos, como hombres de pro, á presentarnos al rey, aun con el ries-

go de turbarle su reposo, y hacerle conocer lo sensible que nos es vernos obligados á saltar fuera de la cama en una estacion como esta, poco menos que en camisa; mostrarle esta mano sangrienta suplicándole nos declare si es justo y conforme á razon, que sus amados vasallos hayan de sufrir este trato de los nobles y caballeros de su corte desarreglada, y esto es lo que yo llamo hacer valer con eficacia nuestra causa.

— Con todo, y aunque dice con eficacia, replicó el viejo baillo, como soy que nos quedariamos tiesos de frio, primero que diese el portero la vuelta á la llave, para darnos entrada, y que fuésemos admitidos delante del rey. Vámonos, amigos, vámonos, que la noche está muy cruda, nosotros hemos cumplido con nuestro deber, como unos hombres, y nuestro valeroso Smith ha dado á los que traten de insultarnos una leccion dura y viva, que vale por veinte proclamas del rey. Mañana será otro dia, nos juntaremos aquí mismo, para deliberar sobre lo que debemos hacer á fin de reconocer los autores de este desorden, y hacer que los pren-

dan. Entretanto retirémonos, antes que se nos hiele la sangre.

— ¡Bravo, bravo, vecino Craigdallie! clamaron por todas partes, ¡viva y siempre viva Saint-Johnstown!

Bien hubiera querido replicar Olivier Proud-fute, pues era un orador inexorable, cual otros muchos, que se piensan poder superar por su elocuencia todos los inconvenientes del tiempo, lugar y circunstancias; pero ninguno esperó para oírle, y se fueron cada uno á su casa, alumbrados por los primeros rayos de luz que á dar comenzaba ya la aurora, surcando por todas partes el horizonte.

Apenas se habían marchado, cuando el viejo Glover abrió la puerta de su casa, y tomando á Smith por el brazo le hizo entrar adentro.

— ¿Dónde está el prisionero? preguntó Enrique.

— Se marchó, se escapó, se salvó, ¡qué sé yo! Se ha ido por la puerta falsa y atravesó el jardinillo. No pienses en él; ven á ver la Valentina, cuya vida y honor has defendido esta madrugada.

— Déjeme vm. limpiar antes el cuchillo, y lavarme las manos, dijo Smith.

— No se debe perder un momento, ella está levantada y casi vestida, replicó Glover.— Ven tras mí: quiero te vea ella con tu arma famosa en la mano, y el brazo cubierto de sangre de los miserables, para que aprenda como debe apreciar á un hombre de valor. Bastante tiempo me ha dado tapaboca con su gazmoñería y sus escrúpulos. Intento que sepa el precio del amor de un hombre intrépido, y un artesano valiente.



CAPITULO V.

¡ Arriba , bella señora !
Trenza el dorado cabello ,
Goza del aire sereno :
Sal pronto del bosque espeso,
Porque ya pasó la hora ,
Y mucho ha que graznaron ,
Cuando en torno de la torre
Róncos los grajos giraron.

JUANA BAILLIE.

Despertó sobresaltada la Linda Doncella de Perth , y estuvo escuchando el estrépito y los gritos, poseída del miedo y sin atreverse á respirar. Habíase puesto de rodillas para implorar el socorro del cielo ; mas luego que reconoció las voces de sus vecinos y amigos que venían

á defenderla, continuó en igual actitud para dar gracias á la providencia. Aun estaba arrojada, cuando su padre hizo entrar en el dormitorio á su campeón, porque él se había quedado á la puerta, tanto por timidez, como porque recelaba se diera por ofendida su amante, y además por respetar la devoción, en que la consideraba ocupada.

— Padre Simon, dijo el armero: está en oración, y yo no me atrevo á interrumpirla, del mismo modo que no lo haria con un obispo diciendo misa.

— ¡ Haz lo que quieras, esforzado y valeroso necio! le contestó el guantero; y dirigiéndose á Catalina, dijo: — ¡ Hija mía! el mejor y mas acepto modo de dar gracias al cielo, es el manifestar nuestra gratitud á nuestros semejantes. Este es el instrumento, de que Dios se ha servido para librarte de la muerte, ó del deshonor, mil veces peor que la muerte misma. Admitele como tu fiel Valentin, como aquel á quien yo deseo poderle llamar hijo mio.

— No así, padre mio, respondió Catalina, yo no puedo ni ver ni hablar á nadie por ahora.

No soy desagradecida, tal vez estoy demasiado reconocida, para con el que con justicia puede gloriarse le debemos toda nuestra seguridad; pero permitidme dar gracias al angel custodio, que me ha enviado este defensor tan á tiempo, y démele para peinarme y vestirme.

— A fe mia, Catalina, que seria muy duro negarte el tiempo para vestirme; porque diez dias ha que no te oigo hablar como muger. Me alegrara mucho, Enrique, aguardase mi hija hasta el momento en que la canonicen con el nombre de Santa Catalina segunda, para ser completamente santa.

— Fuera de chanza, padre Simon, porque le juro á vin. que por lo menos ya tiene un sincero adorador; un hombre, que se dedicó á su servicio, en cuanto puede hacerlo un miserable pecador como yo. Pues, á Dios por ahora, hermosa Catalina, y Dios te conceda sueños tan tranquilos durante la noche como son tus pensamientos por el dia. Yo te velaré, y desgraciado el que se atreviere á inquietarte.

— Bueno y esforzado Enrique, dijo Catalina, tú, cuyo excelente corazon forma tal contras-

te con tu mano cruel, no busques en lo que falta de noche otra nueva pendencia; y recibe al mismo tiempo mi mas tierna gratitud, procurando tener pensamientos tan pacíficos, como supones en mí. Nos volveremos á ver esta mañana, y entonces podré darte todas las seguridades de mi reconocimiento. ¡A Dios!

— ¡A Dios! dueña y luz de mi corazón, dijo el armero, y bajando la escalera del cuarto de Catalina se dirigia como para salir de la casa, cuando el guantero le tomó por el brazo.

— Gracias al ruido de esta noche, el chischas del acero será para mí mas gustoso de lo que yo creyera, hijo mío Enrique, si él es capaz de volver el juicio á mi hija, y le hace ver lo que tú vales. Por San Macgrider (el Santiago de los Escoceses) que no me disgustan estos alborotadores, y que lo siento en el alma por ese pobre amante, que no podrá tener el escudo con la mano izquierda. Sí, ha perdido una cosa tan importante, que todos los días de su vida la echará de menos, y mas que nunca, cuando quiera ponerse guantes. También debe sentirse tal desgracia porque será un parroquiano á

medias para los de mi profesion. No, no; para lo que falta ya, no sales de mi casa esta noche; no debes abandonarnos, hijo mío.

— No pienso en eso; antes bien espero me permita vm. ponerme de guardia en la calle; pues tal vez vuelvan á las andadas.

— Bien; pero tendrías doble ventaja contra esos galopines esperándolos en casa; el mejor modo de pelear para nosotros los paisanos, es hacer frente al enemigo, atrincherados con nuestras propias paredes. El deber, que nos impone velar por la seguridad pública, nos inspira esta táctica; fuera de que, hay ya muchos ojos y oídos alerta, para ver y oír cuanto pasa, y esto mismo nos asegura la paz y tranquilidad, hasta la venida del día. — Ven conmigo por aquí.

Al decir esto, llevó á Enrique al mismo aposento, donde la noche precedente habian cenado, y donde ya la vieja Dorotea, desvelada por el alboroto, habia cuidado de hacer lumbré. ®

— Ahora pues, hijo mío, me dirás qué vino prefieres para brindar á la salud de tu padre.

El armero se habia dejado caer maquinalmente sobre una silla de encina ya negra á fuerza de antigua, mirando al fuego, cuyo reflejo presentaba un color rojizo en sus facciones varoniles. Se decia como á media voz: ¡Buen Enrique, esforzado Enrique! — Ah si solo hubiera dicho ¡querido Enrique!

Al oír esto el viejo Simon le dijo riéndose: — Yo no sé qué clases de vinos son esas que dices; porque no las hay en mi cueva. Si te gusta Canarias, Gascuña ó del Rín, dilo y vendrá volando el frasco ni mas ni menos.

— ¡La mas tierna gratitud! continuaba el extasiado armero, jamas me dijo cosa igual. ¡La mas tierna gratitud! ¿á qué podrá extenderse esto?

— A lo que se extiende una cabritilla, respondió el guantero, si tú quieres dejarte llevar; pero, vamos; dime que quieres para echar un trago esta mañana.

— Lo que vm. quiera, padre mio, dijo Smith con dejadez, y volvió con su analisis sobre lo que le habia dicho Catalina. — ¡Un corazon excelente! me dijo; pero tambien habló de mi mano cruel! ¿Qué deberé yo hacer visto lo visto, para

curarme de esta comezon que padezco por batiirme? Sin duda seria lo mas acertado cortarme la mano derecha, y clavarla en la puerta de una iglesia, para que no volviera Catalina otra vez con semejantes reconvencciones.

— Basta de cortar manos con la que has cortado esta noche, dijo Simon, poniendo un frasco en la mesa. — ¿Por qué te rompes los cascós inútilmente? Ella te amaria doble, si tú no estuvieras tan loco por ella. Pero ya es tiempo de hablar seriamente. Me importa muy poco llamen á mi hija la Linda Doncella de Perth, si por ello me veo expuesto continuamente á que estos matones rabiosos al servicio de los nobles embistan con mi tienda, y roben mi casa. No, no; maldita la cosa que me gusta el negocio. Yo sabré hacer entender á mi hija, que soy su padre, y que me preste la obediencia que manda el Evangelio. Yo quiero que sea tu muger, Enrique, mi corazon de oro;... tu muger, mi hombre de metal..., si; pero antes de muchas semanas. ¡Vamos, anda, á tus alegres bodas brindo, bravo Smith!

Simon tomó un gran vaso y le apuró, le vol-

vió á llenar, se le presentó al armero, quien llevándole muy despacio hácia los labios, y sin tocarle, volvió á ponerle sobre la mesa, moviendo la cabeza en signo negativo.

— Si no quieres echar un brindis por esto, yo no sé por qué te pediré brindar, dijo Simon. ¿En qué piensas, locuelo? Tu buena suerte acaba en cierto modo de ponértela entre las manos, pues de un cabo al otro de la ciudad todo el mundo tomaria muy á mal, si ella te dijera no; yo que soy su padre, no sólo consiento en formar este matrimonio, sino que quiero uniros tan íntimamente ó mas, que haya jamas unido una aguja dos pedazos de gamuza; y aun teniendo en tu favor la fortuna el padre y demas, tienes el aire del amante desesperado de una balata, y parece piensas mas en tirarte al Tay, que en galantear á mi hija, que puedes lograr sin mas trabajo que pedirle su consentimiento, que lograrás en efecto, si sabes elegir el momento favorable.

— Si, señor; pero dudo mucho haya tenido ella este momento, y mas, que le haya dado á mortal ninguno, así como que se digne dar

oídos á un artesano grosero é ignorante como yo. No sé como entender esto, en cualquier parte me presento cuellierguido como cualquier otro; pero lo mismo es presentarme delante de su santa hija, que ya no tengo ni alma ni valor, y no puedo menos de pensar, seria tan malo como robar una iglesia, el conseguir arrebatarla su afecto. Veo muy bien sus pensamientos elevados hácia el cielo de tal modo, que juzgo imposible descienda por ellos hasta un ser tan bajo como yo.

— Piensa como quieras, Enrique. Mi hija no corresponde á tu galanteo..... no te pido se le continúes..... una buena oferta no puede ser causa de una desazon..... pero si piensas concebiré yo alguna vez la disparatada idea de convento, estás muy engañado. Yo soy muy afecto á todo lo de iglesia, y yo pago todo lo que le debo de diezmos, limosnas, vino y cera, y esto de tan buena voluntad como cualquier otro paisano de Perth; mas no puedo dar á la Iglesia la sola oveja que tengo en el mundo. Su madre fué de mi tan querida como lo haya sido muger en el mundo, y ahora es un angel

del cielo; Catalina es lo único que me resta para recuerdo de lo mucho que perdi; y si llegare á entrar en un claustro, será cuando su anciano padre cierre los ojos por la última vez, pero no antes. Por lo que hace á ti, amigo mio, puedes hacer lo que mas te agrade; porque te aseguro no pienso casarte á la fuerza con ella.

— Ya va de dos que vm. machaca el mismo hierro, padre Simon; siempre venimos á parar en esto. Vm. se incomoda conmigo, porque no hago lo que pudiera formar toda mi felicidad, y vm. tendria razon, si yo fuera capaz de hacerlo y no quisiera; pero no puedo efectivamente. Que me traspasen el corazon con el puñal mejor acerado que ha salido de mis manos, si hay una sola gota de sangre, que le dé vida y que no sea mas de Catalina que mia. ¿Qué quiere vm.? Ni yo puedo tener mas estimacion de ella, ni puedo darme yo mas valor ó mérito del que tengo. Eso que á vm. le parece tan facil, es para mí mas difícil que hacer una coraza de acero con estopa. — Pero, á la de vm., padre mio, prosiguió Smith en un tono

mas jovial, y á la de mi hermosa santa Catalina, mi querida Valentina, como espero lo sea. No me parece debo quitarle á vm. el sueño por mas tiempo, vaya vm. á descansar, y consultar con la almohada, hasta que salga el sol, y despues me llevará vm. á la puerta del cuarto de su hija, entrará vm. á pedirle licencia de darle los buenos dias, y entonces me cuento por el hombre mas feliz del mundo, y entre todos los que hayan despertado hoy en la ciudad ó sus contornos.

— No me parece malo el consejo, respondió Glover; pero, y tú ¿qué piensas hacer? ¿quieres que partamos la cama, ó quieres partirla con Conachar?

— Ni uno ni otro; porque tengo mal dormir; esta poltrona será para mí como la mejor cama de pluma, y me acostaré armado, como quien está de guardia.

Diciendo así, puso la mano á su cuchillo de monte.

— Quiera Dios, dijo Simon, que no tengamos precision otra vez de las armas. Buenas noches, ó por mejor decir, buenos dias hasta

la salida del sol, y el primero que despierte llame al otro.

Así se separaron los dos paisanos. El guantero fué á meterse en la cama, donde se supone no le sería difícil conciliar el sueño. No fué tan afortunado el amante. La robustez de su cuerpo le hacia soportar con facilidad las fatigas de la noche, pero su alma era de un temple mas fino. Enrique no era mas que un paisano resuelto en su época, orgulloso, porque fabricaba las armas con primor, y como diestro en manejarlas; su rivalidad contra los demás de su profesion, su fuerza y su pericia en la esgrima, le habian ocasionado pendencias; todo contribuyó á que muchos se le declarasen sus mortales enemigos; pero á esto se juntaba una bondad natural, la sencillez y candor de un niño, y al mismo tiempo, grande imaginacion, mucho entusiasmo, todo ello muy poco análogo á su trabajo y sus combates tan frecuentes. El ardor y vehemencia que le inspiraron las antiguas balatas y romances en verso, únicos estudios que habia hecho, tal vez pudo excitarle á ocuparse con gusto en las hazañas, para su

concepto peculiares de la caballeria. Por lo menos está fuera de duda, era tal su delicadeza en el amor que alimentaba por Catalina, que podria compararse al de aquel escudero, de quien nos dice el romance llegó á merecer los suspiros de la hija del rey de Hungría. La idea que tenia formada de su querida, era tan sublime como la que podia formarse de un angel del cielo. El anciano Simon, y cuantos de cerca le trataban, debieron estar muy equivocados, pensando que su pasion, por ser demasiado noble, no conseguiria nada de Catalina, formada del mismo barro que las otras mugeres; porque ella con toda su reserva y disimulo, tenia un corazon muy bien dispuesto para conocer todo el fondo y valor del afecto que manifestaba el armero, y sea que le fuese ó no posible corresponderle allá en lo intimo de su alma, estaba llena de orgullo y satisfaccion al reconocerse querida y apreciada en tan alto grado por el temible y valeroso Enrique Gow, cual se debe suponer lo estaria una heroína de novela, que habia sabido domesticar un leon, basta el punto de acompañarla para su protec-

cion y defensa. Despertó y se sintió penetrada de sentimientos de gratitud; la hora del amanecer y el pensar en los servicios tan marcados, que á Smith le habia merecido en una noche de tanta inquietud, le hicieron formar la resolucion de manifestarle el alto aprecio que de ellos hacia. Comenzó á pensar en los medios de que para esto deberia servirse.

Decíase á sí misma vistiéndose muy de prisa, y medio avergonzada de su proyecto: — Yo le he tratado con frialdad, y acaso no he tenido razon, no seré tan ingrata como he sido para con él, aunque no puedo acceder á sus deseos. No esperaré á que me le haga recibir mi padre como mi Valentin por este año; yo misma iré á buscarle, y yo misma le escogeré. — Es verdad que yo no he llevado á bien esta misma conducta en las otras mozas; pero siendo este modo el solo de agradar á mi padre, y no haciendo además en esto, sino guardar el ceremonial de San Valentin, no soy culpable, ni debo parecerlo, en probar á este hombre tan esforzado, todo mi reconocimiento por lo mucho que le debo.

Vestida con un poco menos cuidado que acostumbraba descendió la escalera de su cuarto, y abrió la puerta del otro en que suponía haberse quedado Smith despues del combate. Paróse á la puerta, como indecisa en ejecutar su designio, porque el uso no solo permitia, sino que mandaba á los Valentines comenzaran su amistad por un beso, signo de afecto, que sin él no se fundaba la verdadera valentinada; y estaba lo mas feliz del agüero en que uno de ellos hallase al otro dormido, y le despertara al tiempo de practicar esta ceremonia interesante.

No podia nunca presentarse una ocasion mas oportuna de comenzar este mistico enlace, que la ofrecida por el acaso á Catalina. El armero, fatigado de tantos y tan varios pensamientos, se habia dormido sentado en la poltrona, y sus facciones en este momento de tranquilidad tenían un aire tan firme y vigoroso, como Catalina nunca pudiera pensarle; no habiéndolas observado hasta entonces, sino agitadas del temor y el recelo de poder disgustarla, y siempre le habia vis-

to en su cara una expresion poco animada.

— ¡Qué aire tan severo! decia ella, ¿se incomodará? y cuando despierte... estamos solos... ¿llamaré á Dorotea?... ¿despertaré á mi padre?... ¿pero no, para qué? esto está en uso, una señal de amor fraterno, que no puede menoscabar el honor de una doncella, y no debo pensar se atreva Enrique á interpretar en otro sentido la ceremonia de costumbre, ni permitir me impida este infundado temor manifestarle como debo en justicia, la sinceridad de mi gratitud.

Avanzóse, pues, por el cuarto hácia su Valentin con el mayor tiento, sin respirar y de puntillas; aunque vacilante y sonrosada; llega por fin á la silla del dormido y deposita un beso en sus labios*, segun la costumbre general del pais, que solo allí permite besar; si tal fué la delicadeza del tal beso, comparada solo al contacto de una hoja de rosa, caida en los

* El uso general en la Gran-Bretaña es besar la boca y no la megilla.
(N. D. T.)

labios del armero, cuan ligero seria el sueño de este, pues que despertó al momento; sin duda podrá concluirse tuviesen los sueños del amante una verdadera simpatía con la causa que le hizo despertar enteramente y tomar en sus brazos á Catalina para pagarle con usura lo que á su parecer debia; pero ella se opuso con la mayor seriedad, y como sus esfuerzos presentaron al amante mas bien un temor de alarma que una supuesta vergüenza, aunque como mas fuerte, pudiera retenerla, consintió se desprendiese de ellos.

— No te enfades, buen Enrique, dijo Catalina con el mayor agrado á su sorprendido amante, he tributado en esto el obsequio debido á San Valentin, para probar lo mucho que le agradezco el amigo que me presenta este año: Espérate que se levante mi padre, y tú verás no me niego tomes á presencia suya la satisfaccion del agravio hecho á la tranquilidad de tu sueño, que tan buen derecho tenias á exigirme respetara.

— Por eso no quede, dijo en voz alta el viejo Simon, al entrar en el cuarto, como extasiado,

— Avanza, Enrique, buen ánimo, ni buscarla ni rehusarla, y cógele la palabra; enséñala lo que significa despertar al león dormido; porque de otro modo serias tan necio como no saberlo que quiere decir; cuando pasan rábanos, comprarlos.

Animado así Enrique, aunque con una vizeza menos alarmante, tomó de segundas en sus brazos á la Linda Doncella de Perth, quien se rindió sonrojada, pero con mucha condescendencia, á recibir la vuelta del beso que habia dado, aun con el aumento de una docena mas, por modo de represalias, con que manifestó el entusiasmado armero sus deseos de vengarse. Separóse al momento de los brazos de su amante, se dejó caer sobre una silla, y se cubrió el rostro con las manos, como espantada, ó arrepentida de lo hecho.

— ¡Levanta esa cabeza, no seas tonta, muchacha! le dijo su padre; y no te avergüences de haber hecho á dos hombres los mas felices de la tierra, y mas siendo tu padre uno de ellos: sí, Catalina; ese tu beso ha sido el mejor del mundo, y debia ser tambien el mejor pagado.

Mirame, mirame, mi querida Catalina; vamos, véate yo reirte del caso; porque te aseguro, hija mia, nada puede hacerme ver el sol, que acaba de salir en nuestra noble ciudad, mas agradable y gustoso. ¡Ola! pues qué; pensabas hacerme invisible como Giges con su anillo? No, aunque puedes pasar por hada de la aurora, o el ruido de la puerta de tu cuarto, y te seguí con pies de lana, no para defenderte de un dormido, sino por tener el gusto de ver por mis ojos á mi querida hija, que hacia por si misma lo que su padre tanto deseaba; baja, baja esas manos á tan mal tiempo levantadas, y si estás algo colorada, cualquier muchacha lo está regularmente la mañana de San Valentin.

Al decir esto bajó las manos de su hija. Dejóse ver esta encarnada como la grana, y aun indicaba otra cosa mas que la vergüenza, porque se le corrian las lágrimas.

— ¡Con que lloras, Catalina! á fe mia, ya es un poco mas de lo necesario. Enrique, ayúdame, consolemos á esta pobre tonta.

Catalina hizo por recobrar su tranquilidad, y

al fin se sonrió, y tenía su sonrisa cierto aire de seriedad y melancolía.

—Debo declarar á vm., padre mio, dijo la muchacha, esforzándose lo posible, que tanto en haber elegido á Enrique Gow por mi Valentin, como en saludarle segun debia, conformándose con el uso recibido, no tuve otra intencion que manifestarle mi gratitud por los servicios tan señalados, servicios para nosotros tanto mas apreciables, quanto que su valor nos ha salvado tal vez el honor y la vida; y sobre todo para que vm. se convenciera de mi obediencia y sumision. Ni por esto crea él ni menos piense vm. que he llevado algun otro fin sino el de constituirme su fiel y afectuosa Valentina por todo el año.

—¡O! pues ya... eso sí... en eso estamos los dos, dijo Simon en tono de madre que trata de acallar al niño.—Entendemos perfectamente lo que quieres decir: basta por una vez; no temas que te amedrenten ni apresuren; sí, sí; sois los afectuosos, los fieles Valentines y nada mas por ahora; lo demás... con el tiempo, con arreglo á la voluntad de Dios, y á las circunstancias.

Vamos, vamos, sosiégate, no fuerzas las manecitas, y no temas; ya estamos todos contentos y pagados: tú has obrado bien y muy bien, y anda con Dorotea, dile que llame al joven perezoso. Ya conoces necesitamos almorzar bien, despues de una noche tan inquieta y una madrugada tan gustosa. Haznos unas tortas de aquellas tan delicadas, que ninguna otra mano sabe hacer sino la tuya, porque tú debes saber el secreto de la que... , dijo suspirando, descansa en paz; tu pobre madre! ¡O! quanto se hubiera complacido al ver este día tan dichoso de San Valentin!

Catalina se aprovechó sin tardanza del permiso que se le dió para retirarse, y se marchó. Quedóse Smith tan en tinieblas como si el sol en aquel momento se hubiera eclipsado totalmente. Desde entonces comenzaron á disminuir las esperanzas concebidas, considerando la mudanza repentina que se dejó ver en la conducta de su amiga; en efecto su llanto inesperado, el temor que se mostraba en sus facciones, y la explicacion tan positiva que habia dado con toda la claridad posible á su de-

licadeza, sobre no tener su accion de sorprenderle dormido, mas objeto, que conformarse rigurosamente con el ceremonial del dia; todo le tenia sumergido en un abismo de ideas confusas, y que le inspiraban poca ó ninguna confianza sobre sus intentos ulteriores; y Glover no pudo menos de advertir con extrañeza y disgusto la situacion de su futuro yerno.

— Por San Juan bendito, dime, hijo, exclamó el guantero, ¿por qué ni á qué viene ponerte tan serio como Caton, ó tan triste como el mochuelo, en lugar de ponerte mas alegre que una pascua, estando como estás tan enamorado y bien correspondido de esa pobre muchacha?

— ¡Ah, padre mio! respondió con abatimiento, yo he leído en su rostro, que me ama lo bastante para ser mi Valentina, y muy poco para ser mi muger.

— Pero yo, replicó el viejo, te califico por un hombre tan desanimado como un pollo mantudo, y que no vales para maldita la cosa. Tan bien ó mejor que tú sé yo leer en el libro

que tú dices has leído, y no hay en todo él una sola palabra que diga, ni quiera decir esos desatinos tan enormes y poco fundados. ¡Qué diablos quieres mas! tú estabas aplanado en la poltrona como un padre maestro, y durmiendo como juez en audiencia, muy distante de portarte como enamorado fogoso, incapaz de dar entrada al sueño, la vista fija en el oriente, para ver los primeros rayos del sol; pero no, duermes que te duermes, roncando á mas y mejor y, yo apuesto y no perderé, sin acordarte de tal Catalina en el mundo, cuando la pobrecilla te gana por la mano, se pone de punta cuando amanece, y recelosa de que otra pueda robarle su precioso y vigilante Valentin te despierta dándote un beso que... — San Macgrider me valga, — hubiera podido resucitar un muerto y rebullir á tu mismo yunque, y ahora te muestras tan de mala gracia, tan quejoso como si te hubiera quemado el hocico arrimándote un hierro ardiendo. Por San Juan, debía haber mandado á la vieja Dorotea en su lugar, y que te hubieras visto precisado á ser el Valentin de tal esqueleto ambulante, que ya

tiene desierta la boca de chitas y el habla de sempedrada. Aunque la hubieras buscado con un candil, no podrias haber hallado en todo Perth una Valentina que le viniese mejor á un amante irresoluto, y falto de ánimo.

— En cuanto á eso de irresolucion, padre Glover, aun hay una veintena bien hecha de guapetones, que saben no me detengo mucho en hacerles saber quien es calleja; porque si bien cacareaban alto, poco tardé en echarles abajo la cresta; pero bien sabe Dios, que todo lo sabe, daría yo mi casa, mi fragua, fuelle, yunque, machos, toda mi herramienta y cuanto tengo, por hallarme dispuesto á pensar como vin. en la materia. No es de su vergüenza ni su rubor de lo que hablo, pero sí de la palidez, que desterró de sus megillas el color de rosa, y el llanto, que á este accidente sobrevino, llanto parecido al turbien de abril oscureciendo el mejor día del estío mas entrado, que haya brillado jamás sobre el Tay.

— Ta, ta, ta; pues no sabes tú que ni Perth ni Roma se hicieron en un dia. De tantas veces como fuiste á pesca de salmones, todavía no

has observado en ella lo que tanto podia servirte, para saberte conducir en casos como el presente. Si tiras bruscamente del sedal, tan luego como picó el pez, sin duda le romperás y todo perdido, aunque fuera cuerda de metal; pero si le das cuerda, y dejas venir el salmon á flor de agua, con paciencia y en menos de media hora ya estará sobre la arena, y podrás cogerle á tu gusto. Los principios del negocio son los mejores que apetecer pudieras, salvo si querias se te hubiera ido á la cabecera de la cama como se te presentó junto á la poltrona, y esto ya ves que dista mucho de la modestia de las doncellas bien criadas. Ten cuidado al fin del desayuno, y verás como yo te proporciono coyuntura para explicarte con ella, bien entendido, que procures no quedarte tan corto, que no llegues; ni adelantarte tanto, que tengas que volver atrás. — Dale cordel y mas cordel, no tires de pronto el sedal, de modo que salga el pez fuera de tiempo á tierra y te pongo, aunque sea la vida en favor tuyo, en cuanto al logro de nuestros deseos.

— Mas que hiciera yo milagros, padre Si-

mon, siempre le parecerian á vm. otra cosa, ó me quedaré cortado como leche en cuajo, ú me pasará de letras como el cura de Totana; daría yo, si señor, la mejor armadura que pudiera trabajar, por que toda la dificultad estu- viera de mi parte; tal vez y sin tal vez pudiera prometerme mucho mas el superarla, sin em- bargo que para decirlo todo, debo confesar á vm. soy un zopo, incapaz de dar con la pri- mera palabra para entablar una conversacion que tanto me gusta.

—Ven conmigo á mi tienda y yo te ofreceré un motivo de tratar sobre punto que tanto nos interesa. Ya sabes que un amante á quien tal dia como el de San Valentin, dió una mucha- cha el beso de rúbrica, tiene derecho á que se le regale un par de guantes, y por lo mismo estás para con Catalina en descubierto hasta pagar una deuda tan sagrada; ven á la tienda y yo te daré unos de gamuza la mas fina y be- lla que puede verse, y que le vendrán pinta- dos.—¡Ay! amigo, cuando los cortaba, me acor- dé mucho de su madre, añadió el buen ancia- no suspirando, y no siendo á Catalina, dudo

mucho haya en Escocia una dama que diga le vienen bien, aunque puedo alabarme haber to- mado medida muy en regla de las manos y brazos á las mas hermosas damas de la corte. — Ven, ven conmigo, y tendrás pie para desa- hogarte y saber algo de lo que deseas, si no te faltan á lo mejor del tiempo el ánimo ú la re- serva.



CAPITULO VI.

Catalina no dará jamás la mano á un hombre.

SHAKSPEARE. — *La mala muger corregida.*

Presentóse luego el almuerzo en la mesa, y los deliciosos pasteles de flor de harina y miel, cocidos en su punto, bien calentitos, todo según la receta casera, merecieron los aplausos, que no podían dejar de dar á la pastelera unas personas tan en favor suyo como un padre y

un amante; pero lo que dió la mas irrefragable prueba del buen condimento, fué la bellissima disposicion y apetito con que se comieron, pues así sucede tratándose de comer pasteles, tortillas ó pepitorias. Reinó el mejor humor del mundo durante el desayuno y se habló mucho; risa continua, y ciertas chanzas alegres fueron materia que ocupó á todos sin exceptuar á Catalina, restituida poco despues del lance á su calma natural, y tan luego como se vió en el sitio propio de las muchachas caseras y hacendosas cual es la cocina, donde revestida de ama y señora dirigia los preparativos del almuerzo con una destreza singular. Hay razones muy poderosas para dudar hubiera producido en su espíritu tan maravilloso efecto el pasage mas selecto de Séneca, como el que hizo la ocupacion doméstica. La vieja Dorotea se colocó al extremo de la mesa segun el uso de aquel tiempo. Los dos amigos se divertian de tal modo en su conversacion, y Catalina se ocupaba tanto en escucharlos ó en reflexionar, que la vieja fué la primera en advertir la ausencia de Conaçar.

— Dices muy bien, respondió Glover, ve y llámale, haz que se presente ese montañés holgazán. No se ha dejado ver en la bulla de anoche, ó por lo menos no me acuerdo haberle visto. ¿Saben vms. si anduvo tambien á trancazos?

La respuesta fué negativa, y Enrique dijo:

— Estos montañeses saben muy bien lo que les tiene cuenta, y se meten como los gamos en las madrigueras, cuando ven próximo el peligro, cuidando de salvar sus pieles como de quitarlas á las bestias para venderlas.

— Pero tambien hubo tiempos, Enrique, de que pueden gloriarse los montañeses; pues que ni el rey Arturo, ni toda su mesa redonda pudieron hacerles frente: tuviera mucho gusto en oírte hablar con algo mas respeto de estas gentes, porque como frecuentan nuestra ciudad en cuadrillas y separados, pienso te seria ventajoso vivir en paz con ellos; puesto que todavia no te han declarado la guerra.

Estaba ya dispuesto el armero á responder echando bravatas, pero se contuvo por prudencia.

— Ya sabe vm., padre mio, que los artesanos

preferimos á las gentes que nos dan á ganar el pan. Como mi profesion es de trabajar para los caballeros, escuderos, pages, soldados y otros á este modo, gente toda de armas llevar, es muy natural haga yo mas aprecio de los Ruthven, los Lindsay, los Ogilvie, los Oliphant, y de muchos otros tan honrados como ilustres vecinos, cubiertos con armaduras hechas por mi mano, que de esos salteadores montañeses, que andan casi en pelota, y que no piensan sino en hacernos mal y daño; y tanto mas que apenas se pueden contar cinco en cada clan, que fengan una armadura mohosa, tan vieja como el pingajo llamado por ellos *brattach*, ó bandera, y que si tienen algo, todo ello es obra de cuatro chapuceros, que trabajan en el ramo de armas poco y malo, todos de sus clanes, y ninguno, miembro de nuestra respetable corporacion, machacando sobre el yunque como lo hacian sus padres, sin avanzar un paso de gallina; por lo mismo puede vm. persuadirse, no deberá nunca mirarlos bien un artesano acreditado, y que sabe su arte por principios.

— Grandemente, muy bien; pero no digas mas por ahora; porque viene aqui ya nuestro dormilon, y aunque sé muy bien es hoy dia de fiesta, no quiero mas morcillas, porque se hacen con sangre; bueno está lo bueno, hijo mio.

Entró Conachar á este tiempo, pálido, los ojos encendidos y todo él como pensativo y agitado; sentóse al extremo de la mesa, frente á frente de Dorotea y se santiguó, como quien acaba de levantarse: al ver que no echó mano á nada, Catalina le dió el plato con los tan aplaudidos pasteles. Por el pronto rehusó la oferta con aire desdeñoso y con mala gracia; pero cuando ella instó sonriéndose, tomó un pastel, partióle y habiéndole mordido, le tragó con tanta repugnancia, que no probó á tomar otro bocado; entonces le dijo su amo en tono festivo:

— Mala gana tiene vm. de almorzar para un dia como el de San Valentin. Conachar; pero no me parece será por estar desvelado, pienso que ha dormido vm. muy bien la noche pasada, suponiendo como debo, no habrá oido la trisca que hubo frente á nuestra casa, pues que no

le vi como debiera puesto á mi lado con el puñal en mano, como buen montañés, tan luego como sonara el primer golpe de alarma.

— No he oído, respondió suspirando el joven, sino un ruido confuso; creí fuese alguno, que se divertía en meter bulla, y así no me pareció debía moverme, pues que vm. me prohibió abrir puerta ni ventana en casos tales, y el alarmar la familia por locuras de mozos.

— Bien; pero yo pensaba sabría distinguir un montañés el chischar de las espadas del sonido de los instrumentos, los gritos de los combatientes de las voces alegres y festivas; pero dejemos eso, y me alegro mucho vayas olvidando los hábitos de quimerista, almuerza presto, que tengo bastante obra en que ocuparte, y toda ella corre prisa.

— Ya concluí mi desayuno y yo también tengo prisa, porque me marcho á las montañas; si vm. tiene algun encargo que darme para mi padre, ¿digamele vm.?

— No, respondió Glover sorprendido; ¿pero estás loco, muchacho? ¿Por qué te piensas ir tan ligero como el viento?

— Se me ha dado la orden de partir, cuando menos lo esperaba, respondió como tartamudeando por la dificultad con que hablaba una lengua para él extraña*, ó tal vez por algun motivo secreto, lo que no parecía muy facil de distinguir, tengo que asistir á una cacería... y con esto calló.

— ¿Y cuando piensa vm. volver de esa dichosa cacería? en caso que yo pueda preguntarlo.

— No puedo decirlo á punto fijo... puede ser que no vuelva mas, si en ello viniere mi padre, respondió el aprendiz con cierto aire de indiferencia.

— Creía yo, dijo Glover muy serio, que todo eso estaba ya olvidado, cuanto mas concluído; pues que si á fuerza de súplicas le recibí á vm. en mi casa, pensé que encargándome, lo que no apetecía mucho, de enseñarle á vm. un oficio honrado, no se hablaría ya mas de caza, reunion de clan, excursiones ni cosa que lo valga.

* Tienen los montañeses su idioma particular, el *Gaelico*, que no es ni el inglés, ni el escocés.

— Cuando me mandaron venir con vm., contestó el joven con altivez, no me consultaron sobre tales cosas para saber si me acomodaba ó no, y nunca tuve noticia de las condiciones.

— Pero yo puedo asegurar á vm., señor Conachar, repuso Simon muy enfadado, que no es cosa capaz de hacerle honor haberse comprometido conmigo, respetable artesano, en clase de aprendiz, y como tal haberme roto y estropeado mas pellejos que puede valer el suyo, y marcharse sin mas ni mas cuando podia serme de algun provecho; disponiendo á su arbitrio del tiempo como si fuera suyo, cuando solo es de su maestro.

— Dé vm. parte á mi padre y él pagará un carnero de Francia* por cada cuero de los que yo desperdiçé, y un buey ó vaca gorda por cada dia que falté al trabajo.

— Concedido; acepte vm., amigo Glover, dijo con sequedad Enrique; vm. quedará, sino muy honradamente pagado, por lo menos

* Antigua moneda de oro francesa, llamada así, porque traía la figura de un carnero.

grandemente; pero me alegrara saber cuántas bolsas se vaciaron para llenar el *sporrán** de piel de cabra, de donde debe sacarse el oro para dársele á vm. tan liberalmente, si le han de pagar á vm. daños y perjuicios; así como tambien de qué valles vendrán las reses.

— Ah sí; vm. me recuerda la cuenta que tenemos por ajustar, dijo Conachar muy altanero.

— No te acerques á mi, donde alcanza el brazo, dijo Enrique, extendiendo el suyo vigoroso; porque no quiero nada contigo de mas cerca, ni me acomoda batirme á picazos de alfileres, porque no hago caso de picadura de abispa, ni permito se me acerque tal insecto, cuando le conozco cerca por el zumbido.

Sonrióse con desprecio Conachar: — No trataba de hacerte mal ninguno, dijo; pues que no te ha hecho sino un honor que no mereces vertiendo el hijo de mi padre la sangre de un

* El bolsillo de los montañeses, por lo comun de piel de cabra, y llevado delante, se llama *sporrán* en su lengua. (N. D. T.)

villano como tú. No dudes te la pagaré tanto por gota, para que despues de seca, no me empuerque mas los dedos.

— Calla, mico rancioso y fanfarron, dijo el armero; la sangre de un honrado y un valiente no se paga con todo el oro del mundo. La sola reparacion seria venir á una milla distante de tus montañas, en las tierras bajas, con dos de aquellos valentones de tu clan, y en tanto que yo me batiese con ellos, daria el encargo de corregirte á mi aprendiz Jankin.

Catalina, tomando parte con eficacia en la disputa, dijo: — Silencio, mi fiel Valentin; pues como tal puedo mandarle, y vm. tambien, Conachar, chiton, que debe vm. obedecerme por hija de su maestro; no se debe suscitar una pendencia que se supone adormeció la noche.

— A Dios, señor maestro, dijo Conachar, despues que volvió los ojos con desprecio hácia Smith, á lo que contestó este con una carcajada de risa. Quede vm. con Dios, y muchas gracias por los favores que le debo, y que yo no merecía; y si yo no me he mostrado tan agradecido como era justo, debe vm. culpar á las

circunstancias, pero de mi parte nunca hubo mala voluntad. Catalina... Echóla una mirada penetrante, que indicaba sentimientos de varias clases; vaciló como si tuviera que decir alguna cosa, se volvió enfin, añadiendo la sola palabra: — A Dios....

Presentóse de nuevo, cinco minutos despues, con sus botines montañeses, un lio debajo del brazo y salió de casa, dirigiéndose á la puerta de Perth que cae al norte, y tomó el camino de las montañas.

— Hele ahí; ya se marchó tan vanidoso y miserable como un clan entero de montañeses, dijo Enrique. Lo mismo vomita piezas de oro que yo hablaria de piezas de plata, y sin embargo juraria cabe muy á gusto en un dedo pulgar del guante de su madre todo el tesoro de su clan.

— Es muy probable, respondió el guantero riéndose de la ocurrencia, y tanto mas que su madre tenia la mano gruesa.

— Y en cuanto á eso de reses, no puedo menos de pensar, que su padre y hermanos roban los carneros uno á uno.

—Será lo mejor, dijo Glover en tono grave, que hablemos en esto lo menos posible. Lo primero él no tiene ningun hermano.... su padre es un hombre poderoso.... y de grande influencia; sabe extender sus brazos largos todo lo que puede, y oye á tanta distancia, que pienso no debemos hablar de él.

— Y á pesar de todo ha puesto de aprendiz á su hijo único en casa de un guantero de Perth! Hubiera creído, añadió Enrique, le fuese mas conveniente la honrosa profesion de San Crispin; y que si el hijo de algun gran *Mac* ú *O'** hubiera de ser artesano, no debería verificarlo en oficio que no fuera sino el de zapatero, como del que dieron ejemplo los príncipes mismos.

Esta observacion, aun hecha por Smith en un tono irónico, despertó en nuestro amigo Glover todas las ideas por él formadas, en cuanto á la dignidad de su profesion, ideas,

* El *Mac* ú *O'* (hijo de) entra muchas veces en los nombres gaélicos de Irlanda ó Escocia. (N. D. T.)

que por lo general caracterizaban á todos los artesanos de aquella época.

— Está vm. muy equivocado, hijo mio, respondió el guantero muy serio; la profesion de guantero es mas honorífica que la otra. El guantero trabaja para las manos, en tanto que los maestros de obra prima y los remendones trabajan solo para los pies.

Entonces, replicó el armero cuyo, padre fué uno de tantos diciendo:

— Estos son miembros tan necesarios al cuerpo como las manos.

— Así será, contestó Simon, pero no son tan nobles, mire vm. bien que nos damos las manos en señal de buena fe y amistad, los pies no tienen este mérito. Los valerosos y honrados se baten con las armas en las manos, los cobardes se valen de los pies para huir. Los guantes están en un lugar elevado, un zapato se planta en el lodo. Se saluda con la mano abierta, y se ahuyentan con el pie los perros, ó al hombre despreciable como un perro. Un guante á lo alto de una pica es la prenda de buena fe por todo el mundo, como un guante tirado al suelo

es llamar al desafio entre caballeros, y si lo he de decir todo, no veo pueda ser emblema de nada un zapato viejo; como no sea cuando algunas buenas viejas se le tiran á un hombre hácia la espalda, persuadidas á que el hecho debe proporcionarle buena fortuna: práctica que considero como una patraña y en la que no puedo tener confianza.

— Como soy, repuso el armero divertido con la elocuente apología del guantero en favor de su oficio, aseguro á vm. no seré yo quien tenga en poco la profesion de guantero: ya ve vm. que yo soy tambien fabricante de manoplas, que son guantes como los otros, aunque de acero; pero toda la dignidad de su antigua corporacion no me impide sorprenderme de que haya sufrido el padre de Conachar, aprendiera su hijo oficio alguno, sea cual fuere, de un artesano de la tierra baja; visto nos contemplan esos montañeses como los hombres mas bajos en comparacion á su grandeza de rango, y como raza de jornaleros despreciables, indignos de otro trato, que maltratarlos y robarlos, siempre que tales señores descalzos de pie y pier-

na tienen la bondad de hacernos igual servicio, conociendo pueden lograrlo sin exponerse.

— Ciertamente, continuó Simon, pero no faltan razones poderosas para..... para..... y se paró como para retener la palabra que pensó pronunciar; y añadió, para que obrase así el padre de Conachar. En cuanto á lo demás, cumplí por mi parte, cuanto le tenia prometido, y no dudo se conduzca bien conmigo; pero la partida repentina del hijo me incomoda lo bastante, porque tenia ciertas cosas de que cuidar..... y debo dar un vistazo en la tienda.

— ¿ Puedo yo ayudar á vm., padre mio? respondió Enrique con viveza, engañado por la seriedad con que le habló el viejo.

— ¿ Vm.? no : respondió Simon secamente, haciendo conocer á Enrique lo inoportuno de su proposicion, de modo que este se avergonzó de su poca presencia de espíritu en una circunstancia, que el amor debiera hacerle conocer por medias palabras cual era la intencion del viejo Glover. ®

— Catalina, dijo su padre, acompaña por cinco minutos á tu Valentin, y no le dejes

marchar, sin que yo vuelva; ven conmigo Dorotea que pienso me haces falta.

Salió del cuarto con la vieja, y Enrique y Catalina quedaron solos, quizá por segunda vez en toda su vida. Catalina se turbó algún tanto, y el amante anduvo poco diestro, lo menos por un minuto. Enrique por fin, revestido de todo su valor, sacó del bolsillo los guantes que Simon le habia dado, y le dijo permitiese al que le habia dispensado un favor tan singular, hacer el pago de la multa, en que habia incurrido por dormir al tiempo mismo en que hubiera renunciado al sueño todo un año por estar despierto un solo minuto.

— Pero el homenaje que hice á san Valentin no puede exigir el pago de la multa que quiere vm. pagar; y no puedo consentir en recibirla.

— Estos guantes, dijo Smith, acercando con tiento su silla junto á la de Catalina, las trabajó una mano de su mayor estimacion; y ve aqui, que le deben venir á vm. perfectamente. Extendiólos en la mesa, y tomando el

brazo de Catalina en su mano vigorosa, le puso el guante al lado, para que viesse le vendrian bien. — He aquí este brazo torneado, he aquí estos dedos bien formados, y dígame vm. si estos guantes, y los brazos á los que únicamente pueden venir bien, deben separarse, porque los pobrecillos han estado entre manos toscas y amarillas como las mias.

— Los acepto muy gustosa, basta que vengan de mi padre, respondió Catalina, y por dármelos mi *amigo* (y se detuvo sobre esta palabra), mi Valentin y mi defensor. — Déjeme vm. ayudarle á ponerlos, repuso Smith acercándose mas á Catalina, tal vez entrarán algo justos y podrá vm. necesitar le ayuden.

— Sabe vm. muy bien hacer obsequios de esta clase, buen Enrique Gow, dijo Catalina sonriéndose, pero retirando su silla para atrás.

— A fe mia, dijo Enrique moviendo la cabeza, mas ducho estoy en poner á un caballero las manoplas, que poner un guante bordado á una muchacha. ®

— Entonces no daré á vm. mas trabajo, y Dorotea me ayudará; pero no pienso necesitar

a nadie, porque nunca engañaron á mi padre los ojos y los dedos en su arte, y todas las obras de su mano jamas discrepan de la medida que tomó.

— Deje vm. que me convenza por mi mismo de que vienen esos bonitos guantes á las manos para que se hicieron.

— En otra ocasion, amigo Enrique, me pondré los guantes en honor de San Valentin y del compañero que me dió por este año. ¡Quiera Dios pueda yo satisfacer á mi padre en otro punto mas importante! Por ahora el perfume de los guantes me aumenta el dolor de cabeza que tengo desde esta mañana.

— ¡Mal de cabeza? ¡querida Catalina!

— Llámeme vm. mal del corazon y no se engaña, dijo Catalina suspirando, y continuó despues con mas seriedad: — Enrique, puede ser manifieste yo mas atrevimiento que debe vm. suponer he tenido esta mañana; porque quiero ser la primera en hablarle de una materia, sobre que yo deberia esperar se me hablará para responder. Pero á vista de lo que ha pasado, no debo dispensarme de decirle lo que

acerca de vm. pienso, sin exponerme á ponerle en el caso de pensar lo que no hay. No, no me replique vm. sin haberme oido antes. Vm. es valiente y mas que la mayor parte de los hombres, franco, y tambien fiel, puede contarse con vm. como con el acero que trabaja, vm....

— ¡Deléngase Catalina, deléngase vm., por compasion á lo menos! Nunca dijo vm. tanto bien de mí sino para darme una preciosa repasata, cuyos precursores fueron sus elogios. Soy hombre de bien dirá vm. tambien, pero tambien un descabezado, un turbulento, un pendenciero, un espadachin.

— Seria tan injusta para con vm. y conmigo si yo dijera todo eso de vm.; no, Enrique, nunca fué vm. un espadachin; porque siendo tal, aunque gastara plumas y espuelas de oro, no hubiera cumplido la ceremonia de costumbre Catalina Glover, como ella la cumplió con vm. esta mañana. Si alguna vez insistí sobre la inclinacion de su genio al enojo, y de su mano al combate, fué porque quise y quiero, si pudiera conseguirlo, hacerle aborrecer los pecados de valor y enfado, de que se deja llevar con de-

masiada facilidad. Hablé de tales cosas mas bien por alarmar su conciencia que por expresar mi opinion. Yo sé tan bien como mi padre que se pueden citar las costumbres de nuestra nacion y aun las de todas las cristianas, ¡gracias al desdichado siglo en que vivimos! para justificar el hábito de tener por la bagatela mas pequeña un motivo suficiente para una riña sangrienta, de formar el proyecto de la mas terrible venganza por la mas leve ofensa, y de matarse uno á otro por un principio de honor mal entendido, y no pocas veces por mera diversion. Sabiendo yo pues que todo esto es una trasgresion por la que deberemos ser juzgados algun dia, me alegrara poder convencerle, valeroso y generoso amigo mio, de la obligacion en que se halla constituido de prestarse á los buenos sentimientos de su corazon, y á los consejos que le inspiren, mucho mas que al valor de su brazo diestro y desapiadado.

—Estoy convencido, Catalina, lo estoy; sus insinuaciones serán desde ahora una ley para mí la mas digna de respeto. Ya hice bastante, tal vez demasiado, para probar mi fuerza y mi

valor, pero de vm. sola, Catalina, puedo yo aprender á pensar mejor. Tenga vm. presente, bella Valentina mia, que mi ambicion de hacerme distinguir por la destreza de las armas, mi humor quimerista, si tal se le quiere llamar, no combaten con armas iguales con mi buen genio y mi razon. Incitados están y movidos de causas que son para mí extrañas. Pongámonos en el caso de ocurrir una disputa, y que segun sus consejos me muestre yo poco dispuesto á tomar en ella parte, ¿cree vm. sea yo libre para elegir entre la paz y la guerra? ¡Por Santa Maria! que no lo soy. Cien gritos me darán para excitarme. —Cómo es eso, Smith; tu espada esta roñosa, dirá uno.—Enrique al oír una pendencia esta mañana se hizo sordo, contará otro. —Ve á batirte por el honor de Perth, me dirá el preboste. —Embista Enrique con todos y pongo por él una pieza de oro, dirá tal vez su mismo padre de vm. ¿Qué podrá y qué deberá resolver un pobre hombre como yo, Catalina, incitado por todos á nombre del diablo, cuando no hay cerca un solo hombre que le diga lo contrario para contenerle? ®

— Yo sé muy bien que abundan los agentes del diablo para excitarnos á lo malo; pero tambien estamos obligados á resistir contra sus vanas sugerencias, aun cuando se nos inspiren por las personas, á quienes debemos amar y respetar.

— Contribuye tambien y no poco, el canto y versos de los trovadores y sus balatas, que nos dicen consiste todo el mérito de un hombre si lo es, en que sea capaz de dar y recibir furibundos golpes. No creerá vm., Catalina, cuán responsable debe ser de muchos de mis pecados el trovador Harry el ciego. Cuando doy un golpe firme y bien asegurado, no lo hago con intencion de hacer mal, y pongo á San Juan por testigo, le doy solamente para imitar, en el modo de sacudir tajos, mandobles y reveses, al famoso William Wallace.

Decia todo esto el armero en un tono tan serio y al mismo tiempo lamentable, que Catalina no pudo menos de reirse y decirle que no podian jamás contrabalanazar unas razones tan fútiles, contra las que prueban el peligro que

corria su vida y el que corrian los demas en tales casos.

— Sin duda, prosiguió Enrique, algo picado por la risa; pero pienso seria completo el triunfo de la paz si su causa tuviera un buen abogado: supongamos me hallo ya casi decidido en un lance, para echar mano á la espada, y que pudiera yo recordarme de haber dejado en casa un buen ángel custodio cuya imagen me dice callandito: — ¡Nada de violencia! va vm. á tener mis manos en sangre, deténgase vm., Smith, no se aventure sin fruto á un riesgo inminente y mortal, mire que vm. mismo expone mi propia vida. Tales pensamientos producirian mas efecto en mí que si todos los frailes de Perth me dijeran á una voz: ¡Tente, Smith, pena de excomunion mayor!

— Si las palabras y consejos de una hermana le merecen algun aprecio en este debate, creedme, querido Smith, no lo dude vm. ni por un momento, cuando hiere vm. á alguno, mi mano se cubre de sangre, y cuando es vm. el herido mi corazón es el traspasado.

Animóse mucho mas el armero con esta pro-

testa, y por el modo afectuoso con que la pronunció Catalina, respondiéndole así.

— ¿Por qué pues no extiende vm. un poco mas allá de esos fastidiosos límites todo ese interés? ¿Por qué, siendo como es tan benigna y generosa, como que confiesa tomar un cierto interés por el miserable, por el ignorante pecador que tiene delante, no se resuelve vm. luego luego, á tenerle por su discípulo y le admite por esposo? Su padre lo desea con ansia, toda la ciudad lo tiene así consentido, y todos los guanteros y armeros preparan sus regocijos, ¡y vm. sola, vm. sola, cuyas palabras son tan dulces y bondadosas, se niega á dar el consentimiento!

— Enrique, dijo Catalina en voz baja, y casi temblando, créame vm.; yo tendria mucho gusto en obedecer á mi padre, si no hubiera ciertos obstáculos insuperables que impiden este matrimonio.

— Pero reflexione vm., considérelolo bien; yo no puedo decir ni pensar tanto ni como vm. que sabe leer y escribir; y si gusto de oír leer, nunca me cansaré del eco de su dulce voz. Le

gusta la música y yo he aprendido á tocar el arpa y á cantar tan bien como cualquier trovador. Vm. tiene gusto en practicar la caridad, y yo tengo medios para dar limosna sin peligro de quedar pobre; porque puedo dar tantas á los pobres como todo un síndico, sin echarlo de ver. Su padre, que ya va siendo viejo para trabajar tanto, viviria con nosotros, y yo le miraria siempre como á mi mismo padre. Me guardaré muy bien de meterme jamás en pendencias sin sustancia, como de meter la mano en la fragua; y si alguno tratase de insultarnos, yo le haré conocer que puso la era en mala parte.

— Ojalá pueda vm. experimentar todo el placer doméstico que se propone vm., Enrique; pero con otra muger mas feliz que yo. Así respondió la Linda Doncella de Perth, casi sofocada de contener el llanto y aun los sollozos.

— Con que segun eso me aborrece vm., dijo el amante despues de un corto silencio.

— No, ¡y pongo al cielo por testigo!

— ¿Ama vm. pues á otro mas que á mi?

— Es una crueldad preguntar lo que no puede

serle de ninguna utilidad saber, pero está vm. muy equivocado.

— ¿Ese gato montés de Conachar, tal vez? No se me ha escapado su modo de mirar, y....

— Se vale vm. de mi crítica situación, Enrique, y esto para insultarme sin tenerlo merecido. Conachar no significa nada para mi, sino en cuanto procuré domar su genio violento, dándole algunas instrucciones, tomando cierto interés por un muchacho abandonado á sus preocupaciones y caprichos, y que por lo mismo se le parece á vm. algun tanto, Enrique.

— Pues deberá ser algun gusano de seda, alguno de tantos cortesanos guapetones, respondió el armero, cuyo enojo irritaba ya su temperamento ardiente; alguno de esós que piensan llevárselo todo de calles por lo alto del penacho, y por el brillo de las espuelas doradas. Me alegraría saber quien es el que, abandonando sus parejas, todas esas damas perfumadas y aljofifadas de la corte, quiere hacer presa de las hijas de artesanos. Si yo supiera su nombre y apellido....

— Enrique Smith, dijo Catalina venciendo la debilidad que pareció abatirla poco tiempo antes, ese lenguaje conviene á un loco ú ingrato, pero no á vm., mejor diré que tal estilo es el de un furioso. Y a le dije á vm. al principiar nuestra conversacion, no habia nadie que merezca de mi una opinion mas alta, que el mismo cuya estimacion por él se va minorando en mí á cada palabra que profiere, en tono de sospecha injusta y de disgusto sin causa. Vm. no tenia el derecho de aspirar á saber lo mismo que yo le digo, y le pido considere no deben mis discursos autorizarle á creer le prefiero á los demás, aunque ya le hice conocer no prefiero á ninguno. Bástele á vm. saber hay una dificultad indisoluble para el logro de sus deseos; como si un encantador hubiera intervenido en mi destino.

— Los hombres esforzados saben deshacer los encantos, y me alegrara no tener algo mas que temer. Thorbiorn, el armero danés, me habló de un encanto que tenia, para que sus armaduras se tornaran impenetrables. cantando cierta cancion en tanto que se caldeaba el hierro; pero yo le dije, que sus rimas runas

no estaban á prueba de las armas usadas para batirse en Luncarty *; no es necesario decir lo que resultó de aquí, cuando la coraza, el que la llevaba y el cirujano que curó la herida, declaran si puede ó no Enrique Smith desencantar armaduras.

— Miróle Catalina en ademán de responderle y probar no se admiraba de la grande hazaña de que se alababa, por no haberse acordado el armero, que por la sola relacion de tal aventura, debia esperar le censurase; pero sin darle tiempo á explicarse entreabrió su padre la puerta, y asomando la cabeza dijo:

— Enrique, no puedo menos de interrumpir tan gustosa conversacion, y de pedirte vengas á mi taller al momento, para tratar negocios de la mayor importancia para la ciudad.

Saludando Enrique á Catalina se salió del cuarto. Acaso fué para él una ventaja que le proporcionó mantener sus amistosas relacio-

* El campo de Luncarty, situado en la margen occidental del Tay, á cuatro millas de Perth, se hizo famoso por un combate, en que, en el siglo décimo, los Daneses fueron vencidos por los Escoceses.

nes en lo venidero, la necesidad de separarse de Catalina tan de repente, si se considera el aspecto que debia tomar la conversacion; atendido que el amante, vista la declaracion de Catalina, se pensaba lo suficiente animado, y comenzaba ya por calificar la negativa de la Linda Doncella como un efecto inexplicable de un capricho; y si tambien se mira, que Catalina por su parte, le consideraba como queriendo abusar del favor que le habia concedido, mas bien que como un hombre que se hiciese digno de recibirle por su delicadeza.

Pero con todo, sus corazones tenian cierta simpatia y conservaban siempre una secreta y mutua inclinacion, que no podia menos de revivir tan luego como se acabara la disputa, bastando ella sola para olvidar Catalina el agravio cometido contra su delicadeza, y el amante la frialdad con que habia correspondido ella, cuando él se declaró de un modo tan apasionado.



CAPITULO VII

Esta disputa puede costar sangre algún día.
SHAKESPEARE, *Henri VI*, part. I.

Congregado estaba ya el conclave de ciudadanos citados, para deliberar lo que debían hacer visto el tumulto de la noche precedente. Lleno estaba el obrador de Simon Glover de personas de consecuencia, y entre ellas algunas con vestido de terciopelo negro y cadena

de oró al cuello. Eran efectivamente los padres conscriptos de la ciudad, y algunos eran bailíos y síndicos de corporacion. Se dejaba ver en el entrecejo fruncido de todos un aire de importancia ofendida, en tanto que conversaban en voz baja, para entregarse despues á la discusion formal. Entre todos estos personajes parecia el mas ocupado un hombre pequeñito, que figuró al fin del alboroto la noche anterior, llamado Olivier Proudfulate, gorrero de profesion. Andaba corriendo por entre los circunstantes, como la gaviota que al principio de una tempestad extiende las alas, grita, y revolotea confusamente, cuando se creeria mas bien debiera refugiarse en su nido durante la tormenta.

El maestro Proudfulate estaba en medio de todos, ya tocando los botones del uno, ya cuchicheando con otros, arrimándose á los de su talla, poniéndose de puntillas junto á los mas altos, y agarrándolos del cuello del vestido para sostenerse. Reconociéndose mejor informado que los demás por haber sido testigo de vista, se tenia y consideraba como el heroe del

asunto, y se preparaba para dar mas importancia de la que pudiera tener su deposicion, á costa de la moderacion y la verdad. Ni por esto se debe pensar que las noticias por él dadas fuesen curiosas ni demasiado interesantes, porque se reducian á lo siguiente:

— ¡Por San Juan, que todo eso es cierto! yo mismo me hallé allí, yo lo vi por mis ojos. Yo fui el primero que acudió al ruido, y si no hubiera sido por mí y otro vigoroso y valiente que llegó casi al mismo tiempo, hubieran escalado la casa de Simon Glover, le hubieran degollado, y hubieran llevado su hija á las montañas. Este es un hecho — que no se debe sufrir, vecino Crookshank, — que no se puede tolerar, vecino Glass, — que no conviene aguantar vecinos Balneaves, Rollock y Chrysteson. Ha sido la mayor fortuna del mundo que yo y el joven vigoroso hayamos llegado á tiempo. ¿No es verdad, vecino y bailio Craigdallie?

Estos discursos los decia el gorrero afanoso al oido. El bailio Craigdallie, el mismo, cuyo dictamen sobre diferir la discusion del hecho á la mañana siguiente, se adoptó la noche an-

terior, era un hombre alto, grueso, de buena figura, quien se desembarazó del gorrero figurin, que le tenia por el cuello del vestido, con la misma gracia que sacudiendo la cabeza un vigoroso caballo echa lejos de si al tabano importuno que le asaltó dando vueltas y zumbidos por diez minutos. — ¡Silencio, valientes ciudadanos! dijo en voz alta, aquí está Simon Glover, conocido por todos por hombre de verdad, él nos dirá el ultrage que se le ha hecho.

Simon contestó á esta interpelacion, explicándose muy en confuso, por la repugnancia que tenia en que la ciudad se pusiera en disputa con cualquiera que fuese, por causa suya: — Sobre todo yo pienso no tuvo el asalto mas intencion, que una diversion ó chanza de algunos cortesanos jóvenes, y lo peor que puede resultar, dejando el asunto, es, que yo haré poner una reja en la ventana del cuarto de mi hija para impedir se repita la escena.

— Pues no habiendo sido mas que gana de divertirse, dijo el baillío Craigdallie, nuestro conciudadano Enrique el armero cometió un

exceso en cortar la mano á un personaje de distincion, y la ciudad será ó podrá ser condenada al pago de una multa considerable, si no prendemos al mutilador.

— No lo permita Nuestra Señora replicó el guantero. Si supieran vms. lo que yo sé sobre este asunto, tal vez le tendrian mas miedo que de tomar un hierro ardiendo; pero, ya que quieren vms. quemarse los dedos, debo decir la verdad; y así valga por lo que valiere y suceda lo que quiera, estoy obligado á decir, que hubiera tenido la tal diversion un desenlace horroroso para mi tanto como para mi familia, si no hubiera intervenido Enrique Gow el armero, tan á tiempo y tan eficazmente.

— Así como tambien yo, dijo Olivier el gorrero, pues aunque yo no puedo decir que conozco el manejo del sable tan bien como Enrique, sin embargo, vecino Glover, vm. me vió al principio de la bulla.

— Yo no vi á vm. hasta despues que se acabó todo, dijo el guantero en tono seco.

— Sí, es verdad: se me olvidó, que como

vm. estaba en casa mientras la pelea, no podía ver los golpes y al que los distribuía.

— ¡Silencio! vecino Proudfoote, calle vm. dijo el bailío, incomodado ya de oír graznar al digno sindico. — Aquí hay, añadió, cierto misterio, pero me parece que yo adivino el secreto. Simon Glover, tan conocido por hombre de bien y de buen corazón, no quiere exponer a nadie, y permitirá primero la injusticia que se le hizo, que consentir se aplique la ley, ó se castigue a ningún amigo ó vecino para lograr una reparación. Todo esto va muy bien, pero tú, Enrique Gow, en cuyo valor halló siempre la ciudad un defensor, dinos lo que sabes en la materia.

El armero entonces contó lo sucedido tal y cual, como está dicho, y el afanoso fabricante de gorras volvió á decir:

— Pero tú me viste cuando yo estaba en la refriega, valeroso Smith: ¿no es verdad?

— A fe mía que no, respondió al armero; pero ya conoce vm. era muy fácil no verte siendo tan chico.

Rióse todo el mundo con la respuesta, y riéndose también el mismo Olivier, añadió:

— No es menos cierto haber yo llegado de los primeros al socorro del vecino Glover.

— Pero donde diablos estaba vm., vecino, preguntó Smith, porque hablando en plata, hubiera yo dado el valor de la mejor armadura por haber visto á mi lado un hombre firme y vigoroso como vm.

— Pues no, no estaba yo muy lejos de tí, contestó el figurilla, y en tanto que tú repetías los golpes como si fuera en el yunque, yo paraba los golpes de los pícaros que te acometían por detrás, y ve ahí por lo que no me viste.

— He oído hablar de herreros antiguos que no tenían más que un ojo, dijo Enrique, y aunque yo tengo dos, como ambos están adelante, no pude ver á vm. por detrás, vecino.

— Con todo, lo más cierto es que yo estaba presente á todo, prosiguió el porfiado Olivier, y yo debo dar cuenta de ello al señor bailío, porque Enrique y yo hemos llegado primero.

— Ya sabemos bastante por ahora, dijo el

bailió haciéndole señal para que callara. Las declaraciones de Simon y de Gow bastarian aun para un asunto menos creible. Por ahora, señores míos, ¿qué es lo que debemos hacer? Todos nuestros derechos de ciudadanía fueron ultrajados, y esto, como pueden vms. conocer, por un hombre poderoso, porque ningun otro se hubiera determinado à tanto. Es muy dura, señores míos, una resignacion por la que nos sometamos à un agravio tan degradante. Las leyes nos han puesto un grado mas bajo que el de los principes y nobles, pero es muy contrario à la razon pensar y creer que debemos permitir la fuerza y violencia de nuestras casas, el insulto contra el honor de nuestras mugeres é hijas, sin exigir la reparacion condigna.

— Eso es insufrible dijeron todos à la vez. Entonces Simon Glover, avanzando à la primera fila, dijo, manifestando en su rostro bastante inquietud y turbacion: — Todavía me prometo, señores, que los alborotadores podrian justificarse de que no tuvieron intenciones tan criminales como pudiéramos creerlo, y por lo mismo perdonaria yo muy gustoso el

ruido y alarma contra mi pobre casa por ahorrar à mi buena ciudad la incomodidad que podrá causarle todo lo pasado. Mediten vms. antes de todo, quienes deberán ser los jueces que tomarán conocimiento de la causa. Hablamos, bien entendido, entre vecinos y amigos, y con franqueza. El rey (que Dios guarde) está ya tan abatido y sin fuerzas físicas y morales, que no podrá menos de dar el encargo à uno de sus consejeros, ó sino à cualquier gran señor su favorito. Tal vez à su hermano el duque de Albany, quien se alegrará tener el pretexto del proceso para sacarnos el dinero.

— No queremos por juez al duque de Albany, pronunció toda la asamblea.

— Puede ser nos mande presentar nuestras quejas al duque de Rothsay, ese joven y estragado principe, quien mirará nuestros ultrages como un pie para las chanzonetas y burlas de sus compañeros, y para que canten de ellos sus trovadores.

— ¡Nada de Rothsay! es un hombre muy desmoralizado para ser nuestro juez, dijeron todos al mismo tiempo.

Simon entonces cobró nuevo brio hallándose ya cerca del punto que se habia propuesto; pero con todo, solo en voz muy baja fué como él dijo:—¿Estaria nuestro negocio mejor en manos de Douglas el Negro?

Un minuto se pasó sin que nadie respondiera. Mirábase los paisanos unos á otros pálidos y turbados; pero Enrique Smith, con mucho atrevimiento y en un tono de voz propio de un hombre decidido, manifestó los sentimientos que le animaban, y los mismos de la reunion toda, si bien que ninguno de ellos se decidió á declararlos.

— ¡Douglas el Negro para juez entre paisanos y un caballero, un gran señor, como se supone, y lo que no me importa! ¡Mas valdria el diablo mas negro del infierno! ¿Está vm. loco, padre Simon, para proponernos un hombre semejante?

Aun se pasaron algunos instantes de silencio, motivado por el temor y la incertidumbre, mas le rompió el bailío dirigiéndose al armero y echándole una mirada muy expresiva.— Vecino Smith, vm. habla gordo por la confianza

que le inspira su perpunte interior, pero sin él ya seria otra cosa.

— Yo tengo puesta toda mi confianza en el corazon que late por debajo de mi perpunte, tal como pueda ser, señor bailío, respondió el intrépido armero, y aunque yo no hablo mucho, ninguno de vuestros nobles será hombre para echarme un candado á la boca.

— Lleva un perpunte bien sólido, y sino habla mas bajo, respondió el bailío en el mismo tono expresivo; pues hay en la ciudad gentes de las fronteras que llevan á la espalda un corazon ensangrentado*... ¿pero qué debemos hacer despues de tanto hablar?

— Para decirlo pronto y bien, exclamó el armero, vamos al preboste con el recado, y pidámosle su auxilio y proteccion.

Oyóse al momento un murmullo de aprobacion en el obrador, y Olivier Proudpute dijo:— Esto mismo, es lo que dije hace ya media hora, y nadie quiso hacer caso. Vamos, digo, hablemos al preboste, él mismo es noble, y

* Armas de la casa de Douglas.

está obligado á intervenir entre los nobles y la ciudad, cuando llega el caso.

— Chitito, señores, atención, miren vms. lo que dicen y lo que hacen. Esto dijo un hombre chiquitillo y delgadillo, que parecia una sombra, segun los esfuerzos con que procuraba humillarse, y conformar sus discursos con su persona diminuta, mostrándose por ellos mas inútil que le habia hecho en su personal la naturaleza.

— Perdonen vms., señores, dijo, yo no soy mas que un pobre boticario; pero como me he criado y educado en Paris, donde hice mis estudios de humanidades y mi *cursus medendi* tan bien como los que se llaman doctos médicos, pienso poder sondear esta herida y curarla con emolientes. Aquí está nuestro Simon Glover, quien como vms. lo saben, es un hombre respetable. ¿Creen vms. no seria él mismo el que nos excitase á proponer medidas severas en un negocio, que tan de cerca toca el honor de su familia? Supuesto, pues, no se toma, segun parece, mucho empeño en acusar á los alborotadores, consideren vms. si acaso

no tendrá él razones bastantes para echar tierra y dejar la cosa en tal estado. Yo no debo tocar la llaga con el dedo, pero, ¡ah! todos sabemos que las doncellas son esto que llaman esencias, que con facilidad suelen evaporarse. Supongan vms. que una doncella recatada deja entreabierta, inocentemente, quiero decir, la ventana de su dormitorio la noche de San Valentin, para que algun caballero galan, honesta y honradamente pueda llegar á ser su Valentin; supongamos además que este caballero llegue á ser descubierto, no podria ella dar gritos como si no hubiera esperado tal visita, y.... y.... muélase todo esto en un mortero, y véase si resultará de todo ello materia capaz de inducir á la ciudad y hacerla dar queja contra cualquiera.

Pronunció este discurso el boticario de un modo muy significativo, pero se anonadó su persona, luego que vió la sangre remontada en las megillas del viejo Glover, así como el furor pintado en la frente del temible armero, quien adelantándose hácia él, y mirándole cólerico le dijo:

— Esqueleto ambulante, viejo asmático, asesino de profesion, si pudiera yo persuadirme que por un solo instante bastaba el pestífero soplo de tus infames palabras á empañar el brillo del honor tan bien sentado de Catalina Glover, sabe que yo te haria polvos sutiles, machacándote en tu mismo mortero, si; batiria y mezclaria tu carcomida armazon con la flor de azufre, única droga que no está falsificada en tu botica, empirico infame, y haria de todo ello un unguento para untar los perros sarnosos.

— Silencio, calla, hijo mio Enrique, dijo el guantero. Nadie sino yo tiene derecho de hablar en esto.— Digno bailio, puesto se da una interpretacion como la que se acaba de oir, á mi moderacion, resuelvo mostrarme parte y digo quiero seguir mi accion hasta llegar al cabo, por mas que deba probar el resultado que nos hubiera tenido mas cuenta estarnos quietos; porque á lo menos constará que mi hija no ha dado motivo á tal escándalo ni por locura ni ligereza.

El bailio intervino tambien á su turno y dijo:

— Vecino Enrique, nos hemos reunido aqui para deliberar, y no para reñir. Yo te mando como magistrado, que soy, entre otros de nuestra noble ciudad, depongas todo rencor y resentimiento contra el maestro Dwining el boticario.

— Descuide vm., contestó el armero. No merece que yo le castigue; á menos tendria emplearme contra ese pobre pelate, y un solo golpe de mi martillo bastaria para dar fin de él, sus botes, y su botica.

— Vamos señores, oiganme vms. Todos nosotros creemos que la Linda Doncella de Perth es honrada como Nuestra Señora, dijo el bailio santiguándose; pero en cuanto al recurso al preboste, ¿son vms. de parecer le hagamos, visto que se trata de algun noble poderoso?

— Siendo el mismo preboste un noble, dijo el boticario algo menos asustado por haber intervenido en su favor el bailio, bien sabe Dios que no pretendo decir nada malo contra un señor; cuyos antepasados han ocupado tan dignamente el lugar que él ocupa hoy; mas.....

— Por la libre voluntad de los ciudadanos

que le votaron, dijo Smith haciendo sobresalir lo sonoro de su voz.

— Sin duda, continuó el boticario, porque de otro modo no podía ser. — Suplico á vm. no me interrumpa, amigo Smith, cuando hablo con nuestro digno bailio para enterarle de mis pobres ideas. Digo pues, aunque hablemos á sir Patricio Charteris, debemos suponer es un noble, y que un lobo á otro no se muerden. Puede ayudarnos en una reyerta contra los montañeses, y tomar partido contra ellos como nuestro gefe y preboste; mas la dificultad está en saber, si el que se viste de seda, se resolverá contra los de vestidos bordados y de tisú, á defender nuestra causa, como lo hizo contra el tartan y la frisa de Irlanda. Tomen vms. el parecer de un loco. Nuestra Linda Doncella de Perth está salva y sana, de la que yo no pretendo hablar mal jamás, porque nada mal tengo que decir de ella; ellos han perdido por lo menos la mano de un hombre, gracias á Enrique Smith.

— Y á mí tambien, dijo el famoso comerciante de gorras.

— Y á Olivier, como lo dice él mismo, añadió el boticario, que á nadie disputaba la gloria, con tal que no se le forzara á caminar por la senda trabajosa de los que la tenían ya ganada. — Soy de parecer, vecinos, supuesto nos han dejado una mano en señal de que nunca vendrán á Curfew-Street; me parece, segun la cortedad de mis talentos, será lo mejor que podemos hacer dar muchas y repetidas gracias á nuestro valiente conciudadano, y visto haber quedado el honor y la victoria por la ciudad, y la derrota y pérdida por el lado de los alborotadores, que todo se acabe y que no se hable mas de esto.

No dejó de hacer impresion este discurso pacífico en muchos de los circunstantes, que comenzaron á dar muestras de aprobacion con la cabeza, y mirar con gravedad al abogado de la moderacion; aun el mismo Glover, quien poco antes se hallaba ofendido, y era de parecer se pidiera justicia, tambien se inclinó hácia la opinion del boticario. No así el armero Enrique, y viendo que nadie tomaba la palabra, dijo:

— ¡Vecinos! no soy ni mas viejo ni mas rico que vms. y no lo siento, maldita la cosa. Los años vendrán y los verá quien los viere; yo puedo ganar y gastar el dinero lo mismo que cualquier otro al resplandor de mi fragua y al viento de mi fuelle. Pero nadie me ha visto quedar de brazos cruzados, cuando alguno agravio á nuestra buena ciudad en obras ó palabras, si el brazo ó la lengua de un soño hombre pudo hacer justicia. No sufriré un ultraje como este si yo puedo hacer mas. Yo iré á buscar al preboste mismo aunque tuviera que ir solo. Es un caballero, ya lo sé; es un noble descendiente de otros, como todos sabemos, desde el tiempo de Wallace, quien estableció en este país al bisabuelo de sir Patricio. Pero aunque fuese el noble mas encumbrado del país, él es el preboste de Perth, está obligado á guardar y hacer se guarden los privilegios de la ciudad, sus fueros é inmunidades. Si, bien sé yo que lo hará, yo le hice una coraza de acero, y sé muy bien, qué clase de corazon debe cubrir.

— Ciertamente, dijo el baillío, de nada serviría presentarnos á la corte sin el apoyo de sir

Patricio Charteris. La respuesta inmediata seria: Debeis estar con vuestro preboste, paisanos indiscretos. Con que vecinos y amigos, si sois de mi dictamen, el boticario Dwining y yo iremos al momento á Kinfauns con Simon Glover, el bravo Smith y el valiente Olivier Proudpute como testigos del agravio, y nosotros hablaremos á sir Patricio Charteris en nombre de nuestra buena ciudad.

— ¡O! dijo el pacifico mercader de pócimas, déjeme vm. por fuera, suplico á vm.; yo no tengo valor para presentarme delante de un caballero.

— No importa, vecino, replicó el baillío; vm. debe venir con nosotros. Todo el mundo me mira como una cabeza alborotada con sesenta años á cuestas; Simon Glover es la parte ofendida, todos conocemos que Enrique Gow rompe mas armaduras con la espada que hace con el martillo, y nuestro vecino Proudpute, que segun él dice, se halla siempre al principio y al fin de todas las pependencias que hay en la ciudad, es por consecuencia un hombre dispuesto á obrar; necesitamos pues un abogado

de la paz y tranquilidad como tú, Dwining, y este es el papel que tienes que hacer.—Vamos, vamos, señores, á ponerse las botas y á disponerse, á preparar los caballos.—¡A caballo! digo, y nos juntaremos en la puerta del Oriente, es decir, vecinos, si vms. quieren confiarnos este negocio.

—¡Vm. no puede hablar mejor! Todos venimos en ello, dijeron á una voz los paisanos. Si el preboste toma parte como la buena ciudad debe prometerse, podemos decir hemos echado el cascabel al gato; entonces no tendremos miedo del noble mas orgulloso.

—Bien, vecinos, hágase lo acordado, dijo el bailio. Yo habia convocado el consejo general de la ciudad, y como veo reunidos aquí una gran porcion de miembros que votaron por el recurso al preboste, no dudo serán los demás de la misma opinion. A caballo pues, vecinos y valientes ciudadanos de la hermosa ciudad de Perth, á caballo, vuelvo á decir; yo estaré muy pronto en la puerta del Oriente.

Una general aclamacion puso fin á la reunion de esta especie de consejo privado, y los ciu-

dadanos se dispersaron en diferentes direcciones, los unos á disponerse para la partida, y los otros para dar cuenta á sus mugeres é hijas, deseosas de saber las medidas que se habian adoptado, para que sus dormitorios estuviesen libres de las empresas de los galanes á horas excusadas.

No será fuera del caso que, mientras los señores comisionados piensan los caballos, aparezcan, comen y se visten, demos á nuestros lectores algunas noticias de ciertas cosas que no se han hecho mas que insinuar en la precedente discusion.

En este tiempo, cuando el poder de los señores feudales ó la aristocracia feudal despreciaba los derechos de las ciudades reales de Escocia, y violaba muchas veces sus privilegios, estaba en uso, siempre que se podia, escogiesen ellas los prebostes, es decir su primer magistrado, no entre los negociantes, mercaderes y ciudadanos que vivian en la ciudad, porque estos ocupaban los puestos de la magistratura inferior, sino de entre los nobles y barones que vivian en las cercanias. Debia ser el nombrado

para este cargo eminente, el protector que tenía la ciudad en la corte en todo lo respectivo á sus intereses, el comandante de la milicia ya en la guerra, ya en una pendencia particular de la ciudad, á la que debía socorrer con sus propios vasallos. Esta proteccion no era siempre gratuita. Los prebostes se aprovechaban de cuanto podia proporcionarles la dignidad; llegando no pocas veces al abuso, logrando se les hicieran concesiones de tierras, casas y demás que pertenecian como propiedad al comun, haciéndose pagar bien caro por este medio los servicios que prestaban. Otros se contentaban con recibir asistencia de los habitantes de la ciudad en sus propias disputas feudales, y con cualquiera otra manifestacion de respeto ú gratitud, que las ciudades por ellos presididas tenían á bien darles, con lo que pudiesen estar seguras se les concederia su auxilio en todo evento. El baron protector de alguna ciudad admitia sin reparo estas ofertas voluntarias, y pagaba á las ciudades por estos servicios, defendiendo por su elocuencia en el consejo los derechos de su

ciudad, y en el campo de batalla por hazañas importantes.

Los habitantes de la ciudad, ó como ellos la llamaban, la bella ciudad de Perth, tenían desde muchas generaciones un protector, un preboste semejante en la noble familia de los Charteris, señores de Kinfauns en la vecindad ó cercanias de la misma ciudad. Cerca de un siglo habia (bajo el reinado de Roberto III*) que el primer individuo de esta familia distinguida se habia establecido en el castillo fuerte, su propiedad, como señor del territorio fértil que le rodea. La historia del primero que se fijó en este canton, tenía un aire de aventura caballeresca y de novela la mas acomodada para el establecimiento de un extranjero en un país, á que su hado le habia dirigido. La referiremos tal como la conserva una tradicion antigua y uniforme, cuya verosimilitud es muy grande, y que tal vez tiene bastante autenticidad para que pueda hallar su lugar en obras

* Wallace y Bruce, vivian en el principio del siglo XIV. Roberto reinó desde 1390 hasta 1425.

mas formales y serias que la presentada en este momento á nuestros lectores.

Dícese que despues de haber echado el ilustre patriota sir William Wallace á los Ingleses de su pais natal, emprendió su viage á Francia en compañía de ciertos amigos de confianza con el fin de ver si su presencia (porque su valor le hacia respetar en todo pais) resolveria la indecision del monarca francés sobre prestarle auxilio, enviando un cuerpo de tropas, ú otros socorros, capaces de ayudar á los Escoceses á reconquistar su independencía.

Hallábase, pues, el campeon de la Escocia embarcado en un buque pequeño que iba en direcccion al puerto de Dieppe, cuando se alcanzó á ver ó lo lejos una vela mirada desde luego por los marineros con duda y alarma, y despues con temor y espanto. Preguntó Wallace que significaba todo esto, y el capitán del barco le hizo saber se acercaba con presteza un buque grande corsario, con el intento de tomarle al abordage, y que no dudaba lo consiguiera, visto ser su comandante un corsario de mucha fuerza y valor, así como tambien

muy afortunado. Con efecto un caballero francés, llamado Tomás de Longueville, pirata célebre, que se había proclamado amigo del mar y enemigo de cuantos en él bogaban, era el comandante del dicho buque. Atacaba y robaba los buques de todas las naciones como los corsarios de la Escandinavia, que se llamaron Norsas, reyes del mar, cuyo trono le formaban las montañas húmedas de las olas: ningun buque, añadió el capitán, puede librarse huyendo de este corsario, porque no hay otro mas velero; y ninguna tripulacion, por valiente que sea, puede lisonjearse de resistirle al abordage, cuando este corsario ataca al frente de su gente, lo que por lo comun es su maniobra preferida.

Rióse Wallace en tanto, que con un tono triste y casi llorando, le anunciaba el capitán serian antes de mucho presa del Corsario Encarnado, nombre que se dió á Longueville por el color de sangre del pabellon que ya se veia distintamente, y el mismo que acostumbraba desplegar. — ¡Yo libraré á la Mancha de este corsario! dijo Wallace.

—Llamando entonces á doce de sus amigos y compañeros, Boyd, Kerlie, Seton y otros, para quienes el polvo de los combates era un céfiro que les inspiraba vida, les mandó se armasen y tendiesen sobre cubierta de modo que los contrarios no alcanzaran á verlos, dispuso que todos los marineros no necesarios á la maniobra bajasen al puente, é intimó al capitán so pena de la vida, no hiciera otra cosa mas que maniobrar de modo que pareciese huir, facilitando al Corsario Encarnado la toma del buque. Tendióse también sobre cubierta el mismo Wallace, para que nada hiciera ver se intentaba resistencia. En un cuarto de hora se acercó el buque de Longueville al del campeón escocés, echó el corsario los cloques y amarró los dos buques para tomar con seguridad la presa, saltó á bordo armado de pies á cabeza, seguido de los suyos que gritaban furiosos como si ya tuvieran asegurada la victoria; pero levantándose de pronto los Escoceses armados, se vió sin pensarlo el Corsario Encarnado, precisado á batirse con quienes miraban como suyo el triunfo, no teniendo cada uno de ellos mas que

dos ó tres contra quien pelear. El mismo Wallace se arrojó sobre el pirata y se empeñó entre los dos tal combate, que todos suspendieron los golpes para presenciarle, y como dando á entender se remitían todos á los dos valientes caudillos sobre la decision del empeño de armas en que estaban. Peleó el pirata como pudiera un hombre hacerlo; pero el vigor de Wallace era mas que humano; haciendo saltar la espada de entre las manos del pirata, le puso en tal apuro, que no tuvo mas arbitrio, que abrazarse con el campeón escocés para empeñarle á luchar; también le salió mal este designio. Los dos cayeron abrazados fuertemente, pero Wallace siempre se mantuvo encima de su adversario, y echándole mano á la gola, le apretó con tal denuedo que no impidió el que fuera ella del mejor acero, para que le hiciera echar sangre por ojos, boca y narices, de modo que solo por señas pudo el corsario rendirse y pedir se le diera cuartel... entonces rindieron todos los suyos las armas, pidiendo gracia, cuando vieron que su gefe quedaba sometido al vencedor. Wallace concedió á todos

la vida, los hizo prisioneros y se apoderó del buque. Así que se vió el puerto de Dieppe, trató de almarle, así como la ciudad toda, enarbolando el pabellon encarnado como si el mismo Longueville llegase para saquear la ciudad. La campana y las cornetas dieron la señal de alarma, y todos los ciudadanos se pusieron sobre las armas, mudándose inmediatamente la escena, al ver enarbolado el leon escocés en campo de oro sobre la bandera encarnada del pirata, como anuncio de la llegada del valeroso de Escocia, cual ufano halcon que trae la presa entre las garras. Desembarcó su prisionero y le presentó en la corte de Francia suplicando por él al rey, quien le perdonó todas sus piraterías, le armó caballero, ofreciéndole acomodarle en su ejército, lo que no admitió el corsario, pues habiendo contraido íntima y fiel amistad con su vencedor, prefirió el unir su fortuna con la del que le habia tratado con tanta generosidad. Volvió con Wallace á Escocia batiéndose á su lado en muchas batallas terribles, dando pruebas de un valor que no cedía sino al del heroe de Escocia; y su destino fué mas feliz que el

de su amigo. La bella presencia de Tomás de Longueville le valió la mano de una señorita de la nobleza antigua de Charteris, que trajo al matrimonio el hermoso castillo de Kinfauns con todos los dominios dependientes de esta baronía. Sus descendientes tomaron el apellido de Charteris, siendo el de sus ascendientes maternos, antiguos propietarios de sus bienes, aunque tambien conservaron muy respetado el de Tomás de Longueville todos ellos. La familia conserva todavia la espada grande que usaba en las batallas. Tambien, segun otra tradicion, el mismo Longueville se llamaba Charteris. Pasó despues el castillo y la baronía con todas sus posesiones á la familia de Blair, y en el dia pertenece á Ior Gray.

Estos barones de Kinfauns habian ejercido de padres á hijos el empleo de preboste de Perth, contribuyendo la situacion del castillo tan cerca de la ciudad á la mutua comodidad. Sir Patricio Charteris habia ya combatido mas de una vez á la cabeza de los moradores de Perth en las escaramuzas contra los incorregibles salteadores montañeses, y contra otros enemigos

domésticos y extraños; aunque tambien es cierto se hallaba incomodado con frecuencia por las quejas de poca importancia que se le hacian, pidiéndole tomase parte, y los defendiese. La justa razon con que se negaba, cuando se le queria comprometer por causas leves, era el motivo de acusarle de altanería propia de noble, de muy descuidado por ser rico, y por darse demasiado á la casa y á la hospitalidad feudal; lo que decian le impedia salir al frente con toda la prontitud que la hermosa ciudad de Perth deseaba. Mas á pesar de todo lo que de él se quiera murmurar, siempre que la ciudad de Perth se hallaba en justa necesidad de su apoyo, en cualquier alarma seria, los ciudadanos ya estaban bien acostumbrados á reunirse con su preboste, y este mismo los apoyaba y defendia con su talento y el valor de su brazo.

CAPITULO VIII.

Van los Johnstones á caballo
Entre las orillas del Annandalo;
Han estado allí mil años
Y aun estarán otros tantos.

Balata antigua.

Pues que ya tenemos, por lo dicho en el capítulo anterior, una noticia suficiente aunque sucinta del caracter del preboste de Perth, debemos ir á la puerta del Oriente, donde hallaremos reunida la diputacion, que á nombre de la ciudad debia presentar la queja, y pedir

domésticos y extraños; aunque tambien es cierto se hallaba incomodado con frecuencia por las quejas de poca importancia que se le hacian, pidiéndole tomase parte, y los defendiese. La justa razon con que se negaba, cuando se le queria comprometer por causas leves, era el motivo de acusarle de altanería propia de noble, de muy descuidado por ser rico, y por darse demasiado á la casa y á la hospitalidad feudal; lo que decian le impedia salir al frente con toda la prontitud que la hermosa ciudad de Perth deseaba. Mas á pesar de todo lo que de él se quiera murmurar, siempre que la ciudad de Perth se hallaba en justa necesidad de su apoyo, en cualquier alarma seria, los ciudadanos ya estaban bien acostumbrados á reunirse con su preboste, y este mismo los apoyaba y defendia con su talento y el valor de su brazo.

CAPITULO VIII.

Van los Johnstones á caballo
Entre las orillas del Annandalo;
Han estado allí mil años
Y aun estarán otros tantos.

Balata antigua.

Pues que ya tenemos, por lo dicho en el capítulo anterior, una noticia suficiente aunque sucinta del caracter del preboste de Perth, debemos ir á la puerta del Oriente, donde hallaremos reunida la diputacion, que á nombre de la ciudad debia presentar la queja, y pedir

á este funcionario la hiciera valer ante quien y en la forma que mas conviniere.

El primero que llegó al puesto señalado fué Simon Glover, montado en un caballo muy tranquilo, otras veces mas favorecido con carga mas bella y menos pesada, la de su hija encantadora. Estaba embozado en la capa, sea para dar á entender á sus amigos no debian interrumpirle con preguntas por el camino, y principalmente por las calles, ó sea para defenderse contra el frío que hacia. Se manifestaba en su rostro una especie de inquietud, que iba creciendo á proporcion de como reflexionaba el negocio en que se veia; sea porque cada vez le parecia mas espinoso. No saludó de otro modo á sus amigos, cuando llegaron, que con un gesto agradable; pero sin hablar palabra.

Un vigoroso caballo negro de la raza antigua de Galloway* de poca talla, no teniendo mas

* Los *Galloways*, ó caballos del condado de Galloway, son, segun dicen, de raza española ó morisca; son chicos, fogosos y fuertes, generalmente pardos con una raya negra en el lomo.

que catorce palmas, pero altas las espaldas, y los miembros robustos bien cortados, trajo el valiente armero á la puerta del Oriente. Cualquiera inteligente hubiera visto en los ojos del animal una chispa que nunca falta á un caballo vigoroso, como el signo del vicio y de la mejor disposicion para llevar la fatiga; pero el peso del caballero, su diestro manejo y el modo de montar, junto con el ejercicio del dia precedente para concluir un largo viage, habian ya domado la bravura del potro: venia con el respetable gorrero, hombre como ya se dijo muy pequeño y gordo, que parecia una bola encarnada, — porque estaba embozado en una capa de escarlata, sobre la que se habia echado una cacerina en forma de bandolera, — á la extremidad superior de una silla tan alta que mas podia pasar por colgado que por montado. La silla en que montaba el jinete estaba fijada por medio de una cincha sobre el lomo de una yegua flamenca con el hocico al aire como un camello; parecia tener cubiertas las patas, por la parte de abajo, de un manojo de esparto por lo muy peludas que las tenia, rematando

despues en una uña del casco tan particular, que parecia calzada con cuatro almagreñas. Tal era el contraste entre el animal y el ginete, que si los que pasaban y le veian por casualidad se admiraban de que este hubiera podido montar aquel, sus amigos recelaban del peligro que corria, cuando tratara de apearse; porque los pies del caballero no pasaban de la guarnicion de la silla. Habia estado observando la salida de Smith, con el designio de reunirse con él, pues pensaba Proudful que los valientes se manifestaban mejor cuando estaban juntos, y él se alegró mucho, cuando un chocarrero de la clase baja al verlos juntos, conservó bastante serenidad para exclamar sin reirse: — Allá van los valientes de Perth, la gloria de Perth, el valeroso Smith y el intrépido gorrero, y luego guiñaba el ojo á otros galopines como él, signo que ya era bien expresivo entre ellos.

Como el fabricante de casquetes no veia este á parte, le tiró una moneda de plata para esforzarle mas al aplauso de los hombres belicosos. Este acto de liberalidad atrajo un tropel de muchachos que reian á careajadas y gritaban

desenfrenadamente, hasta que volviéndose Smith al mas cercano le amenazó con el látigo, con lo que luego callaron todos y se dispersaron.

— Aquí estamos ya los tres testigos, pero faltan los que deben apoyarnos, dijo el hombrecillo luego que llegó junto á Simón Glover, ¡Ay, hermano Enrique! prosiguió, la autoridad es una carga mejor para un borrico lerdo que para el caballo corredor, solo seria buena para entorpecer los movimientos de los jóvenes como vm. y como yo.

— Me alegrara, digno maestro Proudful, respondió el armero, le tocase á vm. una buena porcion de ese peso, y que pudiera tenerse firme á caballo, porque se tambalea vm. tanto que parece baila la giga sin necesitar los pies.

— Si, si; ya me afirmo en los estribos para evitar el choque, mi yegua tiene muy mal trote; me ha llevado por montes y barrancos; pero siempre me ha sacado bien de todo, en ocasiones que no eran sin peligro; así es que no dejaré jamas á mi Jezabel; la llamo Jezabel porque así se llamaba la princesa de Castilla.

— Supongo que vm. quiere decir Isabel.

— Sí, sí, Isabel ó Jezabel todo viene á ser lo mismo como vm. sabe: pero ya llega por fin el bailio Craigdallie con ese pobre hombre, ese gallina de boticario. Traen consigo dos guardas de la ciudad con sus partesanas, sin duda para guardar sus preciosas vidas. Detesto de corazón á ese rastroero Dwining.

— Cuidado, maestro, no lo oiga, porque debo asegurarle es mas temible esa osamenta viva, que veinte guapetones como vm.

— Vaya, vaya, Smith; vm. quiere reir á mi costa, dijo Olivier, pero bajando la voz se puso á mirar al boticario, como para registrar cual de los miembros ó cual de las facciones descarnadas de su macilento y extenuado rostro podia intimidarle; y como esta revista le tranquilizó, dijo con audacia: — ¡Sables y escudos! ni una docena como él podria infundirme miedo. ¿Qué podria él hacer á un hombre que tuviera el alma en sus carnes?

— Darle una dosis de sus drogas, dijo el armero con tono seco.

No tuvieron tiempo para decir mas; porque

tan pronto como llegó el bailio, les dijo se pusieran en marcha para Kinfauns, y él mismo les dió el ejemplo. La conversacion que comenzaron durante su camino, recayó sobre el recibimiento que tendrian del preboste, y el interés que tomaria probablemente en el asunto que pensaban proponerle. El guantero cada vez parecia mas abismado en sus reflexiones, y habló muchas veces de tal modo, que se debia pensar era su parecer dejarlo todo como antes, aunque no manifestó su modo de ver en lo que iban tratando; temeroso siempre de que su total silencio no hiciera sacar consecuencias poco favorables á su hija. Dwining era del mismo dictamen, pero habló con mas circunspeccion que lo habia hecho la mañana precedente.

— Despues de todo esto, dijo el bailio, cuando considero los muchos presentes que nuestra buena ciudad ha hecho al lor preboste, no puedo creer deje de interesarse con energia en este asunto. Mas de una barca, llena de botellas de buen Burdeos, ha remontado el Tay para dejar su carga en Kinfauns. Yo soy el que

mas puede saber y decir de esto; pues que yo mismo he sido quien ha hecho la importacion. Yo tambien, dijo Dwining con su voz en tiple destemplado, pudiera decir bastante de almibarados exquisitos, confecciones delicadas, tortas y bollos de toda especie, y aun de pilones enteros de azucar que han salido de nuestros muros para un festin de boda, de bautismo ú alguna otra tal solemnidad. Pero ¡ay, señor bailio! el vino se bebió, las conservas se comieron, y el regalo se olvida luego que pasa el sabor del paladar. ¡Ay, amigo! el presente que se le hizo en razon de aguinaldo la Navidad pasada, escapó de la memoria como desaparecieron de nuestra vista las nieves del año pasado.

— Pero tambien se le han enviado guantes llenos de piezas de oro, dijo el magistrado.

— Yo que los hice debo saberlo, dijo Simon Glover, que mezclaba siempre lo que podia recordar su profesion con toda idea que se le ocurría. Habia entre ellos un par de guantes de caza de halcon para milady, es verdad que eran un poco anchos, pero no le desagradaron

á Su Señoria, luego que supo de lo que debian forrarse.

— Muy bien, dijo el bailio, lo que yo digo es mucha verdad, si no existe todavia este presente, tiene la culpa el preboste y no la buena ciudad; porque la forma en que se ha hecho no ha podido ni comerse ni beberse.

— Tambien podria yo hablar de una buena armadura, dijo Enrique Smith; pero, *cogan na schie**: como dice Juan el montañés. Por lo que me pueda tocar hablar, soy de parecer que llenará sir Patricio Charteris todos sus deberes para con la ciudad en paz y en guerra, y no me parece del caso contar los presentes que le tiene hechos la ciudad hasta ver si ya se le olvidaron.

— Eso es lo mismo que yo digo, exclamó Proudpute desde lo alto de su yegua, los que somos de buen temple no contamos por no en-vilecernos el vino y las nueces que damos á un amigo como sir Patricio Charteris. Créanme

* Palabras gaélicas que significan: Paz ó guerra, poco cuidado se me da.

vms., un cazador tal como este caballero debe tener en mucho el privilegio de cazar en las tierras de la ciudad, derecho que no se concede jamás, no siendo á Su Magestad, ni á noble ni pechero, y cuyo goce solamente le tiene nuestro preboste.

Oyéronse á ese tiempo cerca de allí: — *So so — waw waw — haw*, que son las voces de los cazadores para llamar al halcon.

— Ahí tiene vm., dijo Enrique, un tunante, que ni es rey ni preboste según su traza, y usa del privilegio de los tales señores.

— Sí, como soy, ya le veo, dijo con viveza el gorrero, pensando podría esta circunstancia serle favorable para ganar reputacion. Vamos á él, bravo Smith, piquemos antes que se marche, y preguntémosle con qué privilegio caza en tierras de la ciudad.

— Vamos allá, dijo Enrique, y su compañero espoleando la yegua se adelantó persuadido le seguia Smith bien de cerca: pero Craigdallie tomó por la brida el caballo del armero, diciéndole: — Quédate atrás escoltando el estandarte, y veamos qué partido saca nuestro

valeroso compañero; si le dan un buen coscorron, le tendremos algo mas tranquilo todo el dia.

— Por lo que yo veo, dijo Enrique, así le sucederá; el tunante se detiene y nos mira con la mayor insolencia, como si tuviera el mejor derecho del mundo para cazar en esta tierra. Por el caballo que monta, su gorro de hierro mohoso con la pluma de gallo y el sable de dos manos, parece estar al servicio de algun lor del sur; tiene toda la traza de uno de los que moran cerca de Inglaterra, con la coraza siempre al pecho, y cuyas manos andan muy sueltas, y los dedos en forma de garra dispuestos al pillage.

En tanto que así discurría sobre lo que produciría tal encuentro, el valiente gorrero comenzó á retener el paso de su Jezabel, con el fin de que Smith, á quien suponía detrás, tuviera tiempo de alcanzarle, y adelantarse despues el primero, ó al menos ponerse á su lado: pero cuando le vió á trescientos pasos de distancia, y parado con los otros compañeros, comenzó á sentir calofríos de miedo, á vista

del peligro á que su genio aventurero podia exponerle : sosegándose sin embargo por lo cerca que de él estaban sus amigos, con la esperanza de que su número aterraria ciertamente al cazador furtivo , por estar solo ; vergonzoso de retirarse de una empresa de que voluntariamente se había encargado , resistió á la fuerte tentacion que le asaltó de volver la grupa á Jezabel , y marchar á brida suelta donde sus compañeros estaban , y donde querria estar todavía . Avanzó muy bien hácia el extranjero , aumentándose su inquietud mucho mas , al ver que el cazador tambien se le aproximaba muy al trote ; y al observar este movimiento , volvió la cabeza mas de una vez por el hombro izquierdo , como para reconocer el terreno por donde debía marchar en retirada , y entre tanto hizo alto . Pero llegó el furibundo Filisteo antes que pudiese decidir el fabricante de gorras sobre batirse ú escapar . Tenia el tal Filisteo la mala facha , y todo él podia pasar por ente de muy mal agüero . Era muy alto con tres ó cuatro cicatrices y otros tantos costurones en la cara , y toda su tendencia manifestaba ser de

aquellos que ponen á los viageros la disyuntiva de , — ¡ la bolsa ó la vida !

Comenzó la conversacion este figuron en tono tan desagradable como sus miradas , y dijo en alta voz : — ¡ Llévete mil demonios , mono en cuchillas ! ¿ por qué vienes á lo largo de las lagunas espantándome la caza ?

— Digno extranjero , respondió nuestro amigo , como el que quiere reconvenir pacíficamente . Yo me llamo Olivier Proudpute , ciudadano de Perth y hombre respetable ; á corta distancia están como vm. ve el honorable Adán Craigdallie , bailio decano de la ciudad , con el valiente armero Smith y otros tres ó cuatro hombres todos armados , quienes desean saber como se llama vm. y por qué casualidad caza vm. en tierras de la ciudad . De mi parte puedo asegurarle así como á nombre de todos ellos , que no tratan de armar una pendencia por una trasgresion accidental ; pero acostumbran no conceder este permiso , sin que por lo menos se les pida , y.... y..... por esto quiero saber , digno extranjero , como se llama vm.

El aire de desprecio y ferocidad , con que

habia el mascarón mirado al pequeñito Proud-
fute, le tenia muy turbado, y todo le habia he-
cho mudar el fondo y forma del discurso, de
toda otra especie, que si le hubiera guardado
la espalda Enrique Gow.

Respondió lo primero el extranjero al dis-
curso tan moderado, frunciendo el entrecejo
de modo que los costurones formaron un gesto
aun mas espantoso: — Quereis saber mi nom-
bre, pues me llamo Dick del Diablo de Hellgart,
bien conocido en el Annandale como un noble
de los Johnstones; yo soy uno de los de la co-
mitiva del laird de Wamphray que va en com-
pañía del temible lor Johnstone su pariente,
que sigue al poderoso conde de Douglas; y el
conde, el lor, el laird y yo su escudero echamos
á volar nuestros halcones en cualquier parte
donde hay caza, sin pedir á nadie licencia.

— Muy bien; yo cumpliré con su encargo,
respondió Proudful en tono amistoso, porque
ya tenia gana de concluir la embajada temera-
ria de que se habia encargado; y volvió la bri-
da de su yegua, cuando el escudero añadió:
— Pero tome vm., señor Olivier Proudful, no

quiero se me vaya con toda la lana, ni menos
se le olvide haber encontrado á Dick del Diablo,
de quien necesita vm. aprender á no meterse
otra vez en espantar la caza de un hombre que
lleva la espuela alada sobre el hombro.

Y al decir esto descargó un nublado de lati-
gazos encima del gorrero; y habiéndole tocado
algunos á Jezabel, comenzó á botes dando con
la basura en tierra, y comenzando despues á
galopar hácia los ciudadanos de Perth.

Gritaba el gorrero tendido á la larga en un
tono de voz no muy fuerte, pidiendo socorro,
y casi en el de un hombre que pide miseri-
córdia; porque luego que su antagonista le
vió por tierra, bajó del caballo, le puso á
la garganta la punta de un cuchillejo de caza,
al tiempo que con la otra mano le desocupaba
las faltriqueras, registró despues la caceri-
na, jurando se llevaria lo que hallara para
compensar lo que le habia impedido cazar.
Quitó de ella la bandolera con violencia, en
lugar de quitar la hebilla que la prendia, y
rompió la correa, lo que contribuyó á infundir
mas miedo al desdichado ciudadano de Perth.

Como no encontró nada en la cacerina que pudiese halagar su codicia, la tiró con desprecio, y dejando levantar al caído caballero, montó también él mismo en su jaca; y estuvo mirando á los compañeros del gorrero, que ya se dirigian hácia él.

Cuando su delegado cayó por tierra, lo celebraron y rieron, dispuestos ya para ello por las bravatas de Proudful, y por haber dicho Enrique Smith, que su Olivier encontró con un Rolando*; pero al ver que se inclinaba su adversario sobre él, y le trataba tan mal, el armero no pudo sufrir mas.

— Señor bailío, dijo, con licencia de vm. yo no puedo aguantar se haya tratado tan inicua-mente á uno de nuestros conciudadanos, que se le haya robado y tal vez asesinado á nuestros mismos ojos. Es una desgracia para nuestro Proudful, pero es una vergüenza para nuestra bella ciudad y para nosotros; yo voy á

* Rolando y Olivier eran dos caballeros de mucha fama. —
• Encontrarse un Rolando con un Olivier es un proverbio inglés que significa: Hallar con quien hablar: *Donde las dan las toman.* (N. D. T.)

socorrerle. Vamos todos allá, dijo Craigdallie, pero cuidado que nadie tire un solo golpe sin dar yo la orden; porque ya tenemos mas pendencias de las que podemos llevar bajo del brazo, y así mando á todos y en particular á ti, Enrique Gow, á nombre de la bella ciudad, que no te sirvas de las armas sino para defenderte.

Adelantáronse todos, y la vista de tanta gente armada ahuyentó del camino al ratero. Paróse sin embargo á cierta distancia, para mirarlos, como el lobo que aunque se retira á vista de los perros, no por eso puede resolverse á una completa huida.

Viendo Enrique las cosas en tal estado, picó su caballo y se adelantó al sitio de la escena del desastre de Olivier Proudful: lo primero que hizo fué parar á Jezabel tomándola por la brida; lo segundo llevarla donde su amo estaba, y este se adelantó hácia él, lleno todo de barro y ojilloroso en fuerza del dolor y la mortificación. Ofrecia un aspecto muy distinto del aire de importancia que se daba por su fachenda y ostentacion; por lo cual no pudo menos el armero de compadecerse del hom-

brecillo, y de sentirse algun tanto pesaroso de haberle dejado expuesto á este accidente. Pocos hay que no se complazcan en las chanzas pesadas; pero con la diferencia que un malvado goza sin remordimiento del gusto que halla en ellas, al paso mismo que un hombre de bien olvida muy pronto la parte ridicula para no emplearse sino en aliviar el dolor del paciente.

— Quiere vm. que le ayude á montar, vecino; dijo Smith echando pié á tierra, para volver á subir al gorrero casi como lo haría con un mono.

— Dios se lo perdone á vm. el no haber acudido á socorrerme, vecino Smith: no lo hubiera creído, aun deponiendo cincuenta testigos de toda confianza, y con juramento.

Estas fueron las primeras palabras pronunciadas con mas pena que cólera, por las que se quejó el pobre gorrero.

— El bailio detenía mi caballo por las bridas, y además, añadió Enrique con una ligera sonrisa que á pesar de su compasion se le escapó, yo creía me hubiera vm. reprendido el qui-

tarle una parte de la honra, viniendo á defenderle contra un hombre solo. Pero consuélase vm., el bribon se aprovechó de la terquedad de su caballo.

— Cierto, cierto; es verdad, dijo Proudfulite echando mano al momento de la excusa.

— Y ahora vea vm. como el gran canalla se complace del mal que hizo, y que triunfa de su caída como el rey de la novela, que tocaba el violin mientras ardía una ciudad*. — Ven conmigo y verás como le ponemos de vuelta y media, ven y no temas que yo te abandone por esta vez.

Diciendo esto, tomó la brida de Jezabel, y haciéndola galopar al lado de su caballo, sin darle tiempo á Olivier de decirle no le gustaba esta persecucion, fué hácia Dick del Diablo, que se habia parado en una loma, y no muy lejos. Sin embargo el noble Johnstone, ya porque pensó seria desigual el combate, ó porque le parecia bastante lo hecho para un solo día,

* Se habia puesto en novelas á toda la historia antigua, pues aqui se trata de Neron. (N. D. T.)

chasqueó los dedos, extendió el brazo como para echar bravatas, se metió por el pantano inmediato, donde parecía caminar como lo haria un pato, volteando al mismo tiempo el señuelo, y silbando al halcon, cosa que ningun caballo ni caballero hubiera practicado sin haber corrido el riesgo de sumergirse hasta las orejas.

— Ahí tiene vm. un verdadero salteador de lagunas, dijo el armero; ese gran pícaro combatirá ó se marchará segun le acomode; y es lo mismo perseguirle, que perseguir á un ganso silvestre. Sin duda le ha robado á vm. el bolsillo, porque nunca se va esa gente de vacio.

— Sí..... sí, dijo Proudfulute en un tono lastimero, me ha robado el bolsillo; pero no es del todo malo, que me ha dejado la cacerina.

— Sin duda; la cacerina hubiera sido para él un emblema de victoria, un trofeo, como dicen los trovadores.

— Hay en ella algo de mas importante, amigo, respondió el gorrero con mucha expresion.

— ¿Si? tanto mejor, vecino. Me gusta verle

á vm. volver á su tono magistral. Vamos, consuélase vm. por haber visto huir al bribon, y haber vuelto á ganar los trofeos perdidos cuando estaba vm. indefenso.

— ¡ Ah, Enrique Gow, Enrique Gow! exclamó el gorrero, dando un profundo suspiro, que mas parecia gemido.

— ¿ Qué es eso? ¿ Qué mas tiene vm. que le incomoda?

— Sospecho, y con bastante razon, se puso el ladron en huida mas por miedo de vm. que de mi.

— No lo crea vm., él vió dos hombres y escapó; con que cómo puede saberse de cual huyó. Además de que ya sabia él era vm. vigoroso y agil; pues que tanto él como todos nosotros le vimos sacudir buenas patadas, cuando estaba vm. tendido por tierra.

— A la verdad, que no me acuerdo de eso, dijo Proudfulute; pero yo sé bien ser este mi fuerte. ¡ O! yo soy muy firme de riñones; ¿ pero lo han visto todos?

— Lo mismo que yo, respondió el armero ya sofocado de contener la risa.

— Y vm. se lo recordará bien á todos ellos.

— Ciertamente, lo mismo que la intrepidez con que vm. le ha perseguido. Oiga vm. lo que le diré al baillío Craigdallie, y sepa vm. aprovecharse de ello.

— No porque yo necesite de que alguno testifique de mi valor, porque yo soy naturalmente tan valiente como cualquier otro ciudadano de Perth, pero..... y el valiente no acabó la frase.

— Pero ¿qué? preguntó Enrique.

— Pero temo que me maten: ya conoce vm., Smith, que sería doloroso dejar al desamparo una muger bonita, y una familia de corta edad. Vm. lo conocerá mejor, cuando vm. se halle como yo en el mismo caso; entonces verá vm. como se le amortigua el ardor.

— Eso no es imposible, dijo el armero algo pensativo.

— Sobre todo, yo estoy muy acostumbrado al manejo de las armas y tengo la respiracion tan libre, que pocos pueden luchar conmigo. Vea vm., añadió el chiquituelo sacando el pecho hácia fuera que parecia pechuga de pollo

en asador, y pasándose por él la mano:—aquí hay bastante cavidad para el mecanismo del soplo.

— Me atrevo á decir que vm. tiene la respiracion muy larga; por lo menos asi me lo prueban sus discursos de vm.

— ¡Mis discursos! ¡Vm. se burla! Pero hice venir de Dundee la coronacion de un *dromond* y.....

— ¡La coronacion de un Drummond! exclamó el armero. En conciencia que esto solo basta para que caiga sobre vm. todo el clan, y este no es el menos vengativo de las montañas, segun oi decir.

— Por San Andrés, que no me comprende vm., Enrique. Hablo de un *dromond*, que es un navio grande, y yo he mandado cortar esta coronacion, ó para decirlo mas claro el mascarón, de modo que parezca un soldan ó un sarraceno; le hice fijar en el patio de mi casa, y me bato con él las horas enteras; dándole muchas estocadas, cuchilladas y reverses con mi espada de dos manos.

— Esto debe hacerle á vm. muy conocido el uso de esta arma.

— Sin duda : y algunas veces le pongo una gorra (vieja se entiende) al tal soldan, y doy golpes tan firmes y acertados que bien pronto no le quedará craneo.

— Esto es malo, porque perderá vm. el parroquiano. Pero ¿qué dirá vm. de esto, maestro gorrero? Yo me pondré un día mi casco y mi coraza, vm. me tratará como al soldan; pero permitiendo parar los golpes y volverlos. ¿Qué tal? ¿Quiere vm.?

— De ningun modo amigo mio; no quiero yo tratarle á vm. tan mal. Por otra parte para decir verdad, golpeo con mas acierto en el casco ú la gorra puestos en la cabeza de mi soldan. ¡O! entonces ya estoy cierto de abatirsela; pero si veo un casco con el penacho que se mueve, y que brillan por entre la visera los ojos, en fin al ver delante de mi un contrario que se mueve á discrecion como si danzara, entonces confieso, que ya no cuento tanto con la seguridad de mi pulso.

— ¿Pero si hubiese alguno, que se presen-

tara y mantuviera tan quietecito como el soldan? ¿haría vm. el papel del tirano, maestro Proudífute?

— Con el tiempo y el ejercicio, creo podría lograrlo. Pero ya llegamos cerca de nuestros compañeros. El bailio Craigdallie está un poco serio, pero no me intimida su enojo.

Conviene mucho sepa el lector, no se dieron el bailio ni sus compañeros mucha prisa por socorrer al gorrero, cuando vieron al armero que se adelantaba, y que el extrangero se disponia para batir en retirada, pensando y con razon que la presencia sola del temible Smith bastaria; y volvieron por tanto al camino derecho de Kinfauns, no queriendo ya retardar por mas tiempo el cumplimiento de su mision. Como se pasó un buen rato antes que Olivier y el armero se les reunieran, el bailio les preguntó, dirigiéndose á Enrique, por qué habian perdido un tiempo tan precioso en perseguir al cazador furtivo hasta las alturas.

— Como soy que no es culpa mia, señor bailio, respondió este. Si vm. aparee un galgo

con un mastin, no debe culpar al primero, si va por donde le lleva el otro; esto es lo que me ha sucedido precisamente con mi vecino Olivier: luego que se levantó, subió en su yegua como un relámpago, y rabioso por la ventaja cobarde que le tomó su contrario aprovechándose de su caída, fué tras él corriendo como un dromedario: yo tenía que seguirle, tanto para impedir otra caída, cuanto para defender á nuestro campeón, á nuestro valiente amigo en caso de alguna emboscada, preparada en las alturas; pero el picaron, que va con la comitiva de algun lor de las fronteras, y que lleva en el hombro la espuela alada para ser conocido, huyó de nuestro vecino como escapan las chispas del pedernal.

El decano de los bailíos de Perth escuchaba con sorpresa la leyenda que gustaba Smith de poner en circulacion; porque aun sin cuidar mucho de saber la verdad en cuanto á esto, él habia dudado siempre del relato romancesco que tenia hecho el gorrero de sus hazañas, y con arreglo á lo que se decia, le pareció debia tenerlas por verdaderas hasta cierto punto.

El viejo y astuto guantero se puso mejor en la dificultad.

— Tú volverás loco á ese pobre hombre; dijo á Enrique lo mas bajo que le fué posible. Hará tanto ruido con la relacion de sus proezas como los muchachos al salir de la escuela; cuando por el buen orden y el decoro seria mucho mejor que callara.

— Por Nuestra Señora, padre Glover, respondió el armero, me gusta ese fachendilla, y no me gustaria verle avergonzado y sin hablar palabra en un rincon de la sala del preboste, mientras que los demás, y principalmente este negociante de venenos, ó este boticario diga lo que le venga á las mientes.

— Tú eres demasiado bueno, replicó Simon; pero nota bien la diferencia entre estos dos hombres: este gorrero chiquitin que no hace mal á nadie, se da el tono de un dragon para disimular su cobardía natural, y el boticario se presenta muy humilde, tímido y circunspecto, para que nadie conozca su genio maléfico. La víbora escondida bajo de una piedra no tiene un veneno menos mortífero, que la

situada en el camino: sabe, mi amigo Enrique, que con sus palabras rastreras, y sus modales tímidos, este esqueleto ambulante gusta de hacer mal, mucho mas de lo que teme el peligro que corre por hacerle. — ¡ Ah! que ya llegamos al castillo del preboste, y debemos convenir en que Kinfauns es una morada digna de un lor, y una gloria para la ciudad tener por su primer magistrado al dueño de un castillo tan hermoso.

— A la verdad, que es una buena fortaleza; dijo el armero mirando el anchuroso Tay, que corre al pie de la altura donde se levanta el castillo (como ahora se presenta al castillo mas moderno). Este suntuoso edificio parecia cual si fuera el rey de los valles, aunque las fuertes paredes del Elcho, situado á la otra parte pudieran disputarle la primacia. El Elcho era en aquel tiempo un apacible convento, y las paredes que le cercaban servian de barrera á las vestales, separadas del mundo, pero no de baluarte para una guarnicion armada.—Es un excelente castillo, continuó Enrique, levantando la vista hácia las torres de Kinfauns; es

el escudo y la coraza del curso del Tay; y bien se necesita romper mas de una buena espada para poder entrar en él á viva fuerza.

Habiendo reconocido el alcaide de Kinfauns las personas y calidades de los que se aproximaban al castillo, habia ya franqueado las puertas del patio para recibirlos, despues de haber enviado uno que avisase á sir Patricio Charteris la venida del bailío decano de Perth con otros buenos ciudadanos de la misma. El buen caballero, que se disponía para ir á caza con sus halcones, recibió esta nueva casi lo mismo que un moderno representante de alguna ciudad, al saber que le amenaza la visita de una parte de sus mandatarios en un momento en que no le conviene recibirlos; es decir que dió al diablo en tono bajo los huéspedes y su venida, al paso que daba las órdenes necesarias para recibirlos con todo el decoro y cortesía. Mandó á sus criados sirviesen luego luego en el salon, asados y fiambres, y á su dispensero que abriese los toneles y cumpliese con su oficio; porque si alguna vez la bella ciudad de Perth llenaba su cueva, los ciuda-

danos de la misma estaban siempre dispuestos á vaciar sus frascos.

Introdujeron con el debido respeto á los ciudadanos en el salon, donde el caballero en traje de caza y con botas hasta medio muslo los acogió con un aire de cortesía y condescendencia protectora; deseando interiormente verlos al fondo del Tay, antes que hubieran venido á impedirle la diversion, á que tenia dedicada la mañana. Adelantóse hácia ellos hasta la entrada del salon, la cabeza descubierta y la gorra en la mano; saludándolos casi en estos términos:

— ¡ Ah! señor bailío Craigdallie, digno Simon Glover, padres de la hermosa ciudad... y vm., bravo Smith... nuestro dócto boticario... y vm. tambien, diestro fabricante de gorras que rompe mas cascos que cubre... ¿ cómo y por qué tengo yo la dicha de ver reunidos tantos buenos amigos y tan de mañana? Estaba en ánimo de dar vuelo á mis halcones, pero con tan amable compañía, si vms. gustan honrarme, será mas agradable esta diversion (permita Nuestra Señora, pensó, se rompan la cabeza),

salvo si la bella ciudad tiene órdenes en contrario, que yo deba cumplir. — Dispensero Gilberto, despáchate. Yo pienso no tendrá su buena venida otro motivo mas formal que saber si el malvasia conserva su fragancia.

Los delegados de la ciudad de Perth correspondieron á los cumplimientos de su preboste por inclinaciones de cabeza mas ó menos significativas. La del boticario fué la mas profunda, y la del armero muy sin ceremonia. Probablemente que este último conocia su valor personal. El bailío Craigdallie tomó la palabra como el mas autorizado de la diputacion.

— Sir Patricio Charteris, nuestro digno señor preboste, dijo con toda gravedad, á no tener nosotros otro fin que disfrutar de su generosa hospitalidad esta vez mas, entre tantas como ha tenido á bien acogernos su bondad, nuestra educacion nos hubiera obligado á esperar precediera un convite, como es de costumbre. En cuanto á la caza de halcones, ya hemos visto bastante por hoy, pues á la venida hemos hallado un tunante cazando con el hal-

con en los pantanos de la ciudad, el mismo que ha robado y maltratado á nuestro amigo Olivier el gorrero, sin mas motivo que haberle preguntado á nombre del preboste y de la ciudad, quien era él para tomarse tal licencia.

— Y ¿qué cuenta dió de sí? dijo el preboste. Por san Juan que yo le enseñaré á ese picaro, cuando y como ha de cazar en mis cotos.

— Debe advertir Vuestra Señoría, respondió el gorrero, que se aprovechó de una caída que yo di del caballo, pero volví á montar y le perseguí con todo empeño. Dijo se llamaba Ricardo del Diablo.

— ¡Cómo! ¿ese de quien hacen mencion tantos romances y balatas? Yo pensé que aquel valeroso se llamaba Roberto.

— No es el mismo, segun me parece, sino que yo he querido darle su nombre por entero; él dijo llamarse Dick del Diablo, añadiendo, que era un Johnstone de la comitiva del lor así llamado. Pero yo le hice huir por el pantano y recobré mi cacerina, que me habia tomado cuando estaba indefenso.

Sir Patricio reflexionó un poco. — Hemos

oido hablar del lor Johnstone y su comitiva, dijo él, y no vamos á ganar mucho en meternos con ellos. — Pero decidme, amigo Smith, ¿habeis tolerado con paciencia todo esto?

— A fe mia que no pude menos de obedecer las órdenes de mi gefe sobre ser mero espectador.

— ¡Muy bien! si tú no te has movido, no sé porque no deberé yo hacer otro tanto; puesto que ya el maestro Proudful, aunque al principio perdió, ha sabido volver por su honor y por el de la ciudad segun acaba de contarnos. Pero aqui está ya el vino: llena los vasos hasta que se reviertan y da de beber á mis huéspedes. ¡Prosperidad á Saint-Johnstown, á la buena venida de mis buenos amigos! Por ahora siéntense vms. á la mesa; porque ya es tarde y vms. que siempre tienen que hacer, se habrán desayunado temprano.

— Ante todas cosas, permitasenos, dijo el bailío, exponer el motivo urgente de nuestra venida, porque todavia no hemos dicho nada.

— Dejaremos eso hasta que vms. hayan tomado un refrigerio, señor bailío. ¿Algunas

quejas contra los escuderos de algun noble por haber jugado á la pelota en las calles, ú otra cosa de igual naturaleza?

—No, milor, respondió el bailio con firmeza y energía; es de los señores de los escuderos de quienes venimos á quejarnos. Estos son los que juegan á la pelota con el honor de nuestras familias, y que gastan muy poca ceremonia con los dormitorios de nuestras hijas como si se tratara de un lupanar de Paris. Una cuadrilla de cortesanos y gentes de calidad, como tenemos por que pensarlo, han tratado la noche pasada de penetrar en casa del maestro Simon Glover, plantando una escalera en la ventana del cuarto de su hija. Se defendieron con las armas luego que llegó Enrique Gow, quien malogró sus intentos, y se batieron con él, hasta que se reunieron varios ciudadanos como debieron acudir al ruido, y los obligaron á escapar.

— ¡ Como es eso! exclamó el preboste, con el vaso casi á los labios, y dejándole sobre la mesa. Pruébeseme esto: por mi vida y por el

alma de Tomás de Longueville echaré todo el resto de mi poder en hacer se administre justicia, aunque me costara los bienes y la vida. — ¿ Quién atestigua este hecho? Simon Glover, vm. está tenido por hombre de bien y prudente, responderá vm. de la verdad del caso?

— Milor, entienda Vuestra Señoría, que yo no me muestro espontáneamente parte querrellosa en este asunto importante. No ha sucedido desgracia ninguna sino á los alborotadores: y recelo mucho, que solo un hombre de gran poder haya sido capaz de alentar semejante audacia, semejante desprecio de las leyes; y por mi parte yo no quisiera motivar una pendencia de resultados tan peligrosos entre mi ciudad natal y un noble poderoso; pero como han llegado á pensar, que si no me mostraba parte, seria suponer yo de mi hija, sino el esperar, á lo menos haber dado lugar á la intentona de tal visita, no he podido menos de dar este paso. Por lo tanto diré á Vuestra Señoría todo lo sucedido segun estoy de ello informado; dejando á su sabiduria el decidir sobre lo que mejor nos convenga.

Contóle, pues, punto por punto lo pasado la noche precedente.

Habiéndole oído sir Patricio Charteris con la mayor atención, no pudo menos de chocarle la circunstancia del preso ú detenido, que habia logrado escapar.

— Es muy extraño, que habiéndole vm. tenido en su poder no le hubiese asegurado. ¿No le miró vm. con cuidado y de modo que pudiera reconocerle?

— No me era muy fácil sin mas luz que la poca de un velon, y en cuanto á escaparse, ya soy viejo, y estaba solo; mas con todo hubiera podido detenerle, si no hubiera dado gritos mi hija desde su cuarto, y como acudí para socorrerla, cuando volví, ya se habia marchado por el jardín.

— Pues bien; pero vm. armero, dijo sir Patricio, decidme como hombre ingenuo y buen soldado lo que sabe en el asunto.

Enrique Gow refirió en su estilo decidido y con precisión todo lo que le habia pasado.

Interpelado despues el buen gorrero, comenzó su relato con cierto aire de importan-

cia. — En cuanto al tumulto terrible y extraño de la ciudad, no puedo, es cierto, decir como Enrique Gow que presencié precisamente su principio; pero nadie puede negar haya yo sido testigo de su fin, por lo menos de su mayor parte, y con especialidad de que no haya cuidado de recoger una pieza muy consecuente á la riña y un antecedente de importancia para descubrir el criminal ó criminales.

— ¿Y qué pieza es esa? dijo sir Patricio Charteris, no perdamos el tiempo en hablar: ¿qué pieza de convicción es ella? vamos á ver.

— Traigo yo aquí para presentar á vuestra señoría una prenda que dejó mal de su grado un pícaro de aquellos en el campo de batalla. Aquí está en mi cacerina, y verdaderamente puede llamarse un trofeo, debido no á la hoja de mi sable; pero sí que yo tuve cuidado de recoger con una presencia de ánimo, que tienen pocos entre un estrépito de armas y á la luz de las hachas. Me apoderé de ella, milor, y hela cual una pieza de convicción.

Al decir esto sacó de su cacerina la mano,

que hallara por tierra en el sitio, que fué teatro de la escaramuza.

— Como soy, amigo gorrero, dijo el preboste, salgo garante de que tienes todo el valor necesario, para recoger la mano de un hombre, separada del cuerpo; pero ¿qué buscas en el saco?

— Señor había en él... debía haber en él... una sortija, que había en un dedo de ese picaro. Preciso es que se me haya olvidado... tal vez se me ha quedado en casa. Habíala tomado para que la viera mi muger, visto que no quería ver la mano, porque las mugeres no gustan de ver tales horrores. Pienso por lo mismo que la volví á poner en el dedo de esa misma mano; vaya, sin duda debe estar en mi casa: yo iré á buscarla si Enrique gusta de acompañarme.

— Todos te acompañaremos, dijo el preboste, porque quiero ir yo mismo á Perth.

— Oíganme vms., dignos ciudadanos y honrados vecinos. Cuando se me han dado quejas sobre haber violado sus derechos, cazando furtivamente por el territorio de la ciudad, ó de que los del servicio y comitiva de algun baron

jugaban á la pelota en las calles, no me pareció debía tomar mucho interés en defender este ultrage, que siempre juzgué de poca importancia; mas ahora, ¡por el alma de Tomás de Longueville! no acusarán vms. á Patricio Charteris en un asunto de tanta gravedad. Esta mano, dijo, levantándola en alto, no es la de un hombre acostumbrado al trabajo. La pondremos en un parage, donde pueda ser conocida y reclamada, si es que conservan una chispa de honor los compañeros del que la perdió. — ¡Oye, Gerardo! — Manda que luego monten doce hombres á caballo, y que se pongan la coraza. Con todo eso, señores, si, como es muy probable, resulta de esto alguna pendencia, es preciso que nos apoyemos mutuamente. ¿Cuántos hombres presentarán vms. para socorrerme, caso de que ataquen mi pobre castillo?

Dirigiéronse todos hácia Enrique, como siempre lo hacian casi por instinto, cuando se trataba de tales materias.

— Yo, respondió Enrique, puedo presentar cincuenta valientes, antes que se toque la cam-

pana por espacio de diez minutos, y mil en el espacio de una hora despues.

—Grandemente, dijo el intrépido preboste, y en caso necesario acudiré al socorro de la buena ciudad con la tropa, de que puedo disponer: y por ahora montemos á caballo.

CAPITULO IX.

; No se me crea jamás:
Que yo pueda manejar
Negocios desarreglados,
A mis manos confiados.
SHAKSPEARE. *Ricardo III.*

Estaba el dia de San Valentin el prior de los Dominicos sentado en el confesonario, y oyendo en penitencia lo que le decia un personaje de poca importancia. Era este un hombre de buen parecer, de colores sonrosados que indicaban su buena salud, y de barba blanca y venera-

pana por espacio de diez minutos, y mil en el espacio de una hora despues.

—Grandemente, dijo el intrépido preboste, y en caso necesario acudiré al socorro de la buena ciudad con la tropa, de que puedo disponer: y por ahora montemos á caballo.

CAPITULO IX.

; No se me crea jamás:
Que yo pueda manejar
Negocios desarreglados,
A mis manos confiados.
SHAKSPEARE. *Ricardo III.*

Estaba el dia de San Valentin el prior de los Dominicos sentado en el confesonario, y oyendo en penitencia lo que le decia un personaje de poca importancia. Era este un hombre de buen parecer, de colores sonrosados que indicaban su buena salud, y de barba blanca y venera-

ble hasta el pecho. Ojos grandes de un azul bajo y la frente alta, indicaban la dignidad, dignidad mas apta para recibir los honores hechos voluntariamente que capaz de forzar á los que se negasen á prestarlos. Su fisonomia expresaba una bondad y sencillez que le dejaban indefenso, al tiempo que su caracter debil le hacia incapaz de resistir á la importunidad ó de vencer la resistencia. Tenia puesta una coronita de oro sobre un cerco azul; su rosario era de cuentas gordas de oro, toscamente trabajadas, y todo él adornado de perlas de Escocia, notables por su grueso tamaño y hermosura. No tenia mas alhaja que esta, y se reducía su vestido á un ropage de seda carmesí, acomodado al cuerpo por un cinturon del mismo color. Luego que acabó su confesion, se levantó con algun trabajo del almohadon bordado en que se arrodillaba, recostándose sobre un baston corvo de ébano; dirigióse con trabajo y cojeando al sitial de aparato, puesto debajo de un dosel, cerca de la chimenea del vasto y elevado aposento en que se hallaba.

Era el penitente Roberto tercero, de este nom-

bre, y el segundo de la mal afortunada raza de los Estuardos, que ocupaba el trono de Escocia. Tenia talentos y virtudes, pero consistía toda su desgracia, en que sus calidades personales no eran las mas propias para desempeñar el papel á que su nacimiento le obligaba, defecto casi general en todos los de su linage. Debía ser el rey de un pueblo belicoso, cual lo era en aquel tiempo el escoçés, un hombre guerrero, pronto, activo, liberal en premiar, severo en castigar los crímenes, y cuya conducta inspirase temor y afecto; y Roberto era el retrato de un hombre de un genio por el extremo contrario. Hallóse cuando mozo en diferentes batallas, y si no se portó de modo que debiera cubrirse de vergüenza, tampoco manifestó aquel ardor caballeresco, que le hiciera señalarse, arrostrando los peligros, é inmortalizarse por acciones arriesgadas, segun se deseaba, y aun se requeria de los de nacimiento ilustre, y de los que tenian derecho de autoridad sobre los demás, segun el gusto de aquel siglo.

Por otra parte, su carrera militar fué muy

corta, porque siendo joven y conocido con el título de conde de Carrick, tuvo la desgracia de llevar en la pierna un par de coces que le dió el caballo de sir James Douglas de Dalkeith, en un torneo; de cuyas resultas quedó cojo por toda su vida, y por consiguiente privado de concurrir, tomando parte activa en la guerra, y en los torneos ú otras diversiones, simulacros de la misma. Como siendo conde de Carrick no habia mostrado mucha inclinacion por los ejercicios violentos, tal vez no debió tomarse mucha pena por la imposibilidad en que se hallaba de no hacer papel en escenas tales. Las consecuencias de dicho accidente le hicieron menos apreciable á los ojos de una nobleza orgullosa, y de una nacion guerrera. Vióse precisado á confiar la direccion de los negocios públicos tanto á uno de sus parientes, quanto á un extraño, algunas veces con el título de lugarteniente, otras sin él, pero siempre con el amplio poder conveniente á tal destino. Su amor paterno le hubiera decidido á valerse de su hijo primogénito, mozo muy vivo y de buen talento, criado por su ternura duque de Roth-

say, dándole un destino el mas próximo posible al trono, que debiera ocupar algun dia; pero tenia este principe la cabeza muy ligera y la mano muy debil para manejar el cetro que se le hubiera confiado; y aunque le gustaba mucho mandar, preferia las diversiones y pasatiempos, de modo que traia la corte alborotada y escandalizado al pueblo por sus muchas intrigas y locuras amorosas, cuando por su rango debia dar á la juventud del reino ejemplos de regularidad y moderacion.

La vida licenciosa del duque de Rothsay era mucho mas reprehensible en él por ser casado; pero algunos que se hallaban prendados de su juventud, su genio festivo, gracias y natural afabilidad, pensaban que las circunstancias de su matrimonio hacian excusable su libertinage. Tenian muy presente que su boda fué obra de su tío el duque de Albany, por cuyos consejos se guiaba el rey enfermo y tímido, y de quien se pensaba inspirara en el corazon del rey pensamientos poco favorables á los intereses y esperanzas del joven heredero del trono. Las intrigas del duque de Albany pusieron,

por decirlo así, la mano del príncipe á pública subasta, dando á entender abiertamente que cualquier señor, que diése mayor dote á su hija, debía prometerse casarla con el duque de Rothsay.

En el concurso de pretendientes, que debió resultar de tal propuesta, Jorge de Dunbar y de March, dueño por sí, ó por sus vasallos de casi toda la frontera de Inglaterra, mereció la preferencia entre todos sus competidores, y su hija, de consentimiento propio y del joven príncipe, contrajeron esponsales.

En tal estado se hallaba el negocio al parecer concluido, y no del todo, faltando el consentimiento de otro señor, á quien no se había consultado, y era nada menos que un sugeto tan temible como Archibald, conde de Douglas, de quien se podía temer mucho por la extensión de sus dominios, los cargos y empleos que le condecoraban, y sus prendas personales de valor y prudencia, juntas con el orgullo indomable y una sed de venganza más que feudal. Estaba el conde tan cercano al trono como puede gloriarse estarlo, quien como él

había casado con la hija mayor del monarca.

Douglas se presentó, después de concluidos los desposorios del duque de Rothsay con la hija del conde de March, como si él hubiera tardado en tomar parte en el asunto para probar no podía concluirse sino con él, y que debía anularse el contrato. Ofreció á su hija Marjory y con ella un dote más considerable, que el admitido de parte de March; y Albany, llevado de la codicia, y del temor que Douglas le infundía, aconsejó al débil monarca, decidiéndole á faltar á su palabra con March, y á casar su hijo con Marjory de Douglas, muger á quien no era fácil amase. Dióse por disculpa de tal conducta, que como los desposorios primeros del príncipe no habían recibido aun, como debían, aprobación del parlamento, no eran obligatorios. Irritóse mucho March del insulto contra su hija, y generalmente se creyó cuidaría de vengarle, como se lo proporcionaba su influencia en las fronteras de Inglaterra.

Indignado por su parte también el duque de Rothsay, de que hubiesen sacrificado su mano y su inclinación á una intriga de Estado, ma-

nifestó su disgusto, despreciando no solo á su muger, sino á su formidable suegro, mostrando muy poco respeto ni aun á la autoridad del rey, así como, no haciendo aprecio de las reprehensiones del duque de Albany, su tio, á quien miraba como á su enemigo declarado.

La muger del monarca, Anabella, vástago de la casa noble de Drummond, habia sostenido por cierto tiempo al debil rey por sus consejos en lo mas fuerte de las disensiones intestinas de familia, que trascendian á los consejos y administracion de los negocios, é introducian por todas partes la incertidumbre y desunion. Dotada de una sagacidad particular y de gran firmeza de caracter, imponia cierto temor á las ligerezas de un hijo que la respetaba, y por estas calidades sostenia la tímida y vacilante resolucion de su real esposo. Muerta ya esta señora, quedó el soberano como navio sin áncoras, é impelido por las olas encontradas; pudiéndose decir le dominaba el cariño por su hijo, el respeto á su hermano Albany, de genio mas atrevido que el suyo, el terror que como por instinto le inspiraba Douglas, y la duda

sobre la fidelidad del atrevido é inconstante March. Los sentimientos que nutria por estos individuos, llegaron á mezclarse y complicarse de tal modo, que se mostraban enteramente distintos de lo que realmente fueran. El rey cedió por fin al último ascendiente que dominó su alma inconstante; se trasformó de padre indulgente en severo y aun cruel; la confianza en su hermano se volvió desconfianza; y este monarca tan suave se mostró tirano envidioso é interesado. Era su caracter parecido al camaleon, revistiéndose del color que quisiera darle una alma mas firme, cuyos consejos hubiera seguido y de quien pudiese recibir socorros. Se veia un cambio total de medidas, euando despreciaba los consejos de alguno de los suyos, y se guiaba por los de otro, lo que, sobre hacer muy poco honor al caracter del rey, arriesgaba la seguridad del Estado.

Resultó de aquí, segun era natural, un grande valimiento é influencia del clero católico sobre un hombre de buenas intenciones pero sin resolucion para nada. Hallábase Roberto no solo atormentado por el íntimo convencimien-

to de los yerros que habia cometido, sino despedazado por las inquietudes que afligen al supersticioso y tímido. Parece pues ocioso afirmar que los del clero secular ó regular tenían influencia sobre un príncipe tan fácil de dejarse llevar, aunque, á la verdad sabian sustraerse de ella, en aquel siglo, un corto número de personas, fuese la que fuese la firmeza ó resolución que fuvieran en sus negocios temporales. Con esto da fin nuestra digresion, sin la que no hubieran podido los lectores comprender lo que vamos á referirles.

Después de haber llegado con trabajo y con un paso muy poco gracioso á su silla real, se dejó caer en ella en ademan de indolencia, ó del que ha estado mucho tiempo en una postura incómoda. Después de sentado, todas las facciones del bueno y venerable viejo anunciaban la mayor benevolencia. El prior se puso y mantuvo de pie, frente del sitial del rey, en actitud la mas respetuosa, disimulando por ella su genio altanero y dominante. Era un hombre como de cuarenta á cincuenta años, pero entre sus cabellos negros no habia una sola cana.

Sus facciones expresivas indicaban bien los talentos de que estaba dotado, y su modo penetrante de mirar, la perspicacia de su entendimiento, á cuyos dotes debia el padre haber logrado el alto puesto en que se hallaba, mandando á su comunidad, y aun añadiremos en los consejos del reino, donde no pocas veces los habia empleado. Los principales objetos á que se dirigian sus deseos, con arreglo á su educacion y hábitos, eran el aumento de las riquezas y dominios de la Iglesia, la supresion de la heregía esforzándose para conseguirlo, por todos los medios que le proporcionaba su posicion. Pero daba honor á su religion por la sinceridad de su creencia, por su fiel observancia de las reglas de la moral, que eran la guía de su conducta en todas las ocasiones que se le presentaban. Los defectos que cometia el padre Anselmo, y los funestos errores en que caia, así como la crueldad á que propendia, eran propios de su profesion y del siglo en que vivia; pero las virtudes que practicaba eran propias de él.

— Esto hecho, le dijo el rey, y estando ase-

guradas por una carta á este monasterio las tierras de que acabo de hablar, ¿ creéis, padre mio, que yo debo estar en paz y buena amistad con nuestra santa madre la Iglesia, de modo que pueda llamarme uno de sus hijos respetuosos?

— Sin duda, señor, respondió el prelado, ¡ ojalá que todos sus hijos trajeran al sacramento de la penitencia un arrepentimiento tan sincero de sus errores, y tan buena voluntad de reparar los males por ellos causados! Pero yo dirijo estas palabras de consuelo, no á Roberto, rey de Escocia, sino á mi humilde y devoto penitente Roberto Estuardo de Carrick.

— Vos me sorprendeis, padre mio. Mi conciencia me acusa bien poco de haber faltado á mi deber como rey, porque me he guiado para obrar, menos por mi propio dictamen que por el parecer de mis mas sabios consejeros.

— Pues en eso mismo está el peligro, señor; el Padre Santo reconoce en cada uno de vuestros pensamientos, palabras y acciones, un obediente vasallo de la santa madre Iglesia.

Pero hay consejeros perversos, que siguen el impulso de sus pasiones y la inclinacion de sus corazones corrompidos, abusando de la bondad y confianza y aun de la facilidad del soberano, y quienes, con pretexto de mirar por sus intereses temporales, toman tales medidas, que pueden perjudicar á la felicidad de este por toda una eternidad.

Levantóse el rey con un aire de autoridad que le cuadraba perfectamente; pero que no le fué jamás habitual.

— Padre prior, le dijo, si habeis descubierto en mi conducta ó de rey ó de persona particular, alguna cosa que merezca una censura como la incluida en las palabras que acabais de pronunciar, es un deber en vos el explicarse claramente, y además yo os lo mando.

— Sereis obedecido, señor, respondió el prior, haciendo una inclinacion profunda, y enderezándose luego, tomó el tono de dignidad de su rango en la Iglesia, y le dijo: — Oid como salen de mi boca las mismas palabras de nuestro Padre Santo, sucesor de San Pedro, á quien se dieron las llaves para abrir y cerrar,

y con ellas el poder de absolver y ligar. — ¿Por qué, ¡ó Roberto de Escocia! no has instalado en la silla de San Andrés á Roberto de Wardlaw, recomendado por el pontifice para ocuparla? ¿Por qué hacen tus labios una profesion respetuosa de obedecer á la Iglesia, cuando tus acciones proclaman la desobediencia y obstinacion de tu alma? La obediencia vale mas que un sacrificio.

— Señor prior, dijo el monarca en un tono correspondiente á su rango elevado; podemos dispensarnos de responderos sobre tal punto, por tocarnos á nos y á los Estados de nuestro reino, y que en nada nos interesa la conciencia.

— ¡Ah! replicó el prior, ¿cuál será la conciencia que se interese en el dia del juicio final, y cual de vuestros poderosos lores ó de vuestros ricos ciudadanos se interpondrá entre su rey y los castigos de que se haya hecho acreedor, siguiendo su política seglar en materias eclesiásticas? Sabe ¡ó rey! que cuando toda la caballeria de tu reino se formara en batalla delante de su poderoso rey, para defen-

derle, presentando sus escudos al golpe de la justicia divina, se veria consumido como un pedazo de pergamino seco, tirado á un horno ardiendo.

— Buen padre prior, dijo el rey, sobre cuya conciencia siempre producía efecto este lenguaje; hablais con demasiado rigor de este negocio. Cuando el conde de Douglas mandaba en Escocia en clase de lugarteniente, á causa de mi última indisposicion, se presentó el obstáculo contra la instalacion del dicho prelado. No me reconveniais pues con lo que ha sucedido en tiempo que los negocios del Estado estaban al cuidado de otro; porque yo no podia menos de nombrar un delegado.

— Bastante habeis dicho ya, señor, en este asunto, pero si el obstáculo de aquel tiempo debió removerse tan luego como el rey volvió á tomar el mando, preguntará el legado de Su Santidad, ¿por qué no se hizo la instalacion? Douglas el Negro tiene no solo mucho poder, sino mas del que corresponde á un vasallo; mas con todo, no hasta ponerse entre Vuestra Magestad y su conciencia; no puede tampoco

desprenderos de las obligaciones que como rey teneis contraidas con la Santa Iglesia.

— Padre mio, dijo Roberto algo impaciente; vos tratais este asunto de un modo perentorio: deberiais esperar á un tiempo razonable, que nos proporcionara poner el remedio debido. Ya se suscitaron disputas como estas en tiempo de nuestros predecesores; y uno de ellos, el santo David de feliz memoria, no renunció de sus privilegios en calidad de monarca, sin haberlos defendido vigorosamente, y á costa de una disputa con Su Santidad.

— Esto mismo fué lo que no hizo ese rey ni justa ni santamente, habiendo sido abandonado á sus enemigos, que cargaron con sus despojos por haber hecho armar contra las banderas de San Pedro, de San Pablo, y de San Juan de Beverley en la guerra, que aun hoy se llama del Estandarte. Bastante feliz fué en que, como el rey hijo de Jesé, cuyo nombre tenia, sufrió el castigo de su pecado en la tierra, en lugar de haberse escrito para deponer contra él en el dia supremo.

— Muy bien, padre prior, muy bien, basta

por ahora en esto. No tendrá la Santa Silla, Dios mediante, motivo para quejarse de mí. Bien sabe María Santísima, no quisiera gravarme por la corona que llevo, con el pecado de causar el mas mínimo perjuicio á nuestra madre la Iglesia. Recelamos mucho que el conde de Douglas no mire con demasiado ahinco por la fama y por los bienes temporales de esta fragil vida, para que pueda importarle mucho lo de la otra venidera.

— Ahora, muy poco tiempo ha, dijo el prior, tomó alojamiento á viva fuerza, en el monasterio de Aberbrothock con una comitiva de mil hombres, y el abad está precisado á proveer para todos y sus caballos; y el conde dice es una hospitalidad á que tiene derecho por lo mucho que sus antecesores contribuyeron con donaciones grandes á la fundacion del monasterio. Mas valdria volverle á Douglas sus tierras que someterse á una exaccion, parecida mas bien á la licencia de salteadores salvages, que al porte de un baron cristiano.

— Douglas el Negro, dijo el rey suspirando, descende de una casta que no sufre se le diga,

no. Pero, padre prior; tal vez yo mismo soy aquí un intruso como él, porque mi morada en este convento es ya demasiado larga, y mi comitiva aunque no tan grande como la de Douglas, será bastante carga, por lo que diariamente consume; por esto tengo dada orden á mis proveedores, que os alivien á todo lo posible; pero si nuestra presencia puede ser onerosa, trataremos de partir de aquí cuanto antes.

Entonces dijo el prior, quien aunque muy amigo de mandar, no tenia nada de hombre bajo ni mezquino, y cuyo caracter generoso era ya magnificencia: — No lo permita Nuestra Señora. El convento de Dominicos puede dar á Vuestra Magestad el hospedage como le da á los viageros de toda especie, que le reciben de los pobres siervos de nuestro santo patron. No, señor; venid con una comitiva diez veces mayor que la presente, y no le faltará ni un grano de cebada, ni una saca de paja, ni un pedazo de pan, ni una onza de carne. Es muy distinto emplear las rentas de nuestras tierras, que son mayores de lo que pueden necesitar y desear los religiosos, en hospedar y recibir á Vuestra

Magestad con el decoro debido, de verse despojar de ellas por mano de hombres tan groseros y violentos, y cuya inclinacion á la rapiña no tiene otros limites que la extension de su poder.

— Grandemente, mi buen padre prior. Separándonos ahora de los negocios del Estado, puede Vuestra Reverencia decirme, ¿cómo han comenzado los vecinos de Perth el dia de San Valentin? Con mucha galanteria, muy alegres y con mucha tranquilidad. ¿No?

— Yo no entiendo mucho de galanteria, ni tampoco sé mucho de alegría; pero en cuanto á *tranquilidad*, esta mañana vinieron cuatro hombres, y dos de ellos heridos cruelmente, á pedir acogida en el santuario, viéndose perseguidos por una multitud de hombres en camisa y armados de dagas, picas, palancas, hachas y espadas que gritaban á cual mas podian, ¡matadlos, asesinaldos! — No se sosegaron, aunque nuestro portero y el guarda les dijeron que ya estaban en sagrado, sino que continuaron gritando y llamando á la puerta, pi-

diendo se les entregase los hombres que los habian ofendido. Yo temia que Vuestra Magestad hubiera despertado al ruido y se hubiese asustado.

— Muy bien pudiera, dijo el rey, haberme despertado el ruido, pero asustado.... ¡ Ah, reverendo padre, no hay en toda Escocia mas que un solo rincon, donde no se oigan los gritos de la víctima y las amenazas del opresor, y por desgracia no es otro sino la tumba.

Quedóse por un rato el prior en un silencio respetuoso, participando de los sentimientos de un monarca, cuyo corazon bondadoso se conformaba tan poco con las costumbres del siglo, y el genio de su pueblo.

— ¿ Y qué se hizo de los fugitivos? dijo el rey, despues de algunos minutos de silencio.

— Se les abrió la puerta como ellos lo pidieron, antes de amanecer, habiendo registrado todas las cercanias de la puerta para ver si alguno los aguardaba, y se fueron con Dios.

— ¿ Pero no se ha sabido quienes eran, ni por qué buscaron asilo?

— El motivo ha sido una pendencia con unos paisanos de la ciudad, pero no sabemos lo que puede haberla motivado. Es la costumbre de nuestra casa conceder asilo por veinte y cuatro horas sin interrupcion en el santuario de Santo-Domingo, antes de hacer una pregunta de modo alguno á los infelices que á él se acogen; y en caso que quieran continuar mas tiempo, se les pregunta el motivo y se escribe en un libro destinado á este fin.— Gracias á nuestro glorioso Santo, se libran por esta proteccion provisoria del rigor de las leyes muchos tan criminales, que si los conociéramos, no podriamos menos de ponerlos en manos de sus enemigos y perseguidores.

En tanto que el prior hablaba de este modo, se le ocurrió al rey la idea de que un privilegio de sagrado concedido tan á ciegas producía un obstáculo para que se administrara justicia en su reino, pero desechó el pensamiento como si hubiera sido una sugestion de Satanás, y procuró no dejar salir de su boca una sola palabra, por la que pudiese comprender el prior habia él dado entrada ni un solo instante á un

pensamiento tan profano, sino que por el contrario, trató de mudar conversacion lo mas pronto posible.

— Muy despacio camina el sol, padre mio. Con arreglo á lo que acabais de referirme, yo hubiera creído que los del mi consejo hubieran ya venido á tomar órdenes, y tratar de esa desgraciada riña. El mal está en que la fortuna me hace reinar en un pueblo, donde yo soy el único que de veras desea la paz y el sosiego.

— La Iglesia siempre desea la paz y tranquilidad, respondió el prior, por no permitir que una expresion tan general saliera de los labios del monarca desconsolado, sin insistir en que se hiciera una excepcion á favor de la Iglesia.

— Eso mismo pensamos, padre prior, pero debereis convenir conmigo, en que, cuando trata la Iglesia de apaciguar las contiendas, de lo que ciertamente tiene la intencion, se parece á la criada, que para quitar el polvo, le levanta y esparce, barriendo con mucha fuerza.

No hubiera dejado de dar el prior su respuesta; pero luego se abrió la puerta del aposento y un gentilhombre anunció la venida del duque de Albany.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

